

FRANCISCO MAYORAL

**HISTORIA
DEL SARGENTO
MAYORAL**



COLECCIÓN AUSTRAL

Biblioteca P. ... Tol ...

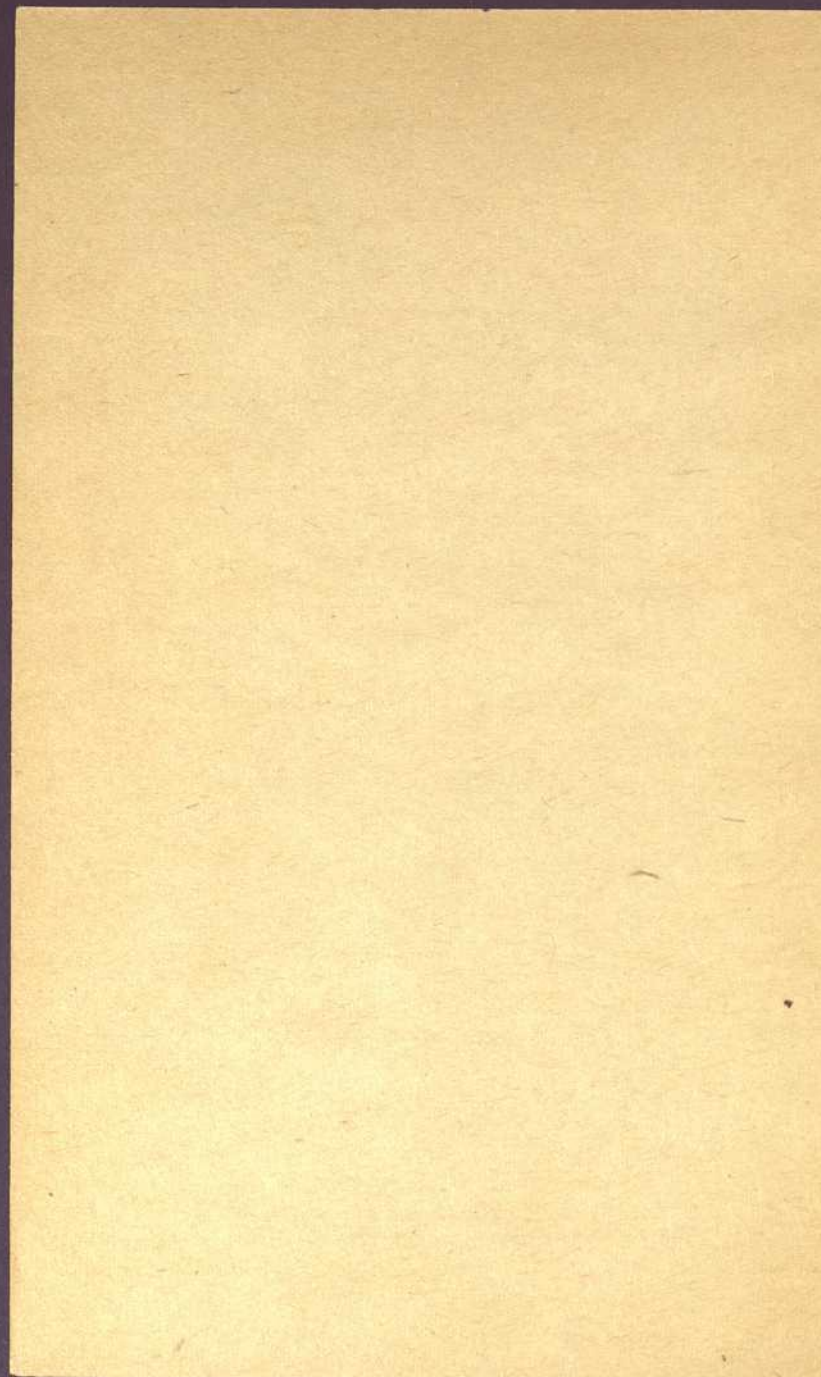
Sala _____

Estante ~~7-Pris-7~~

Signatura ~~9159~~

P.A. 5777

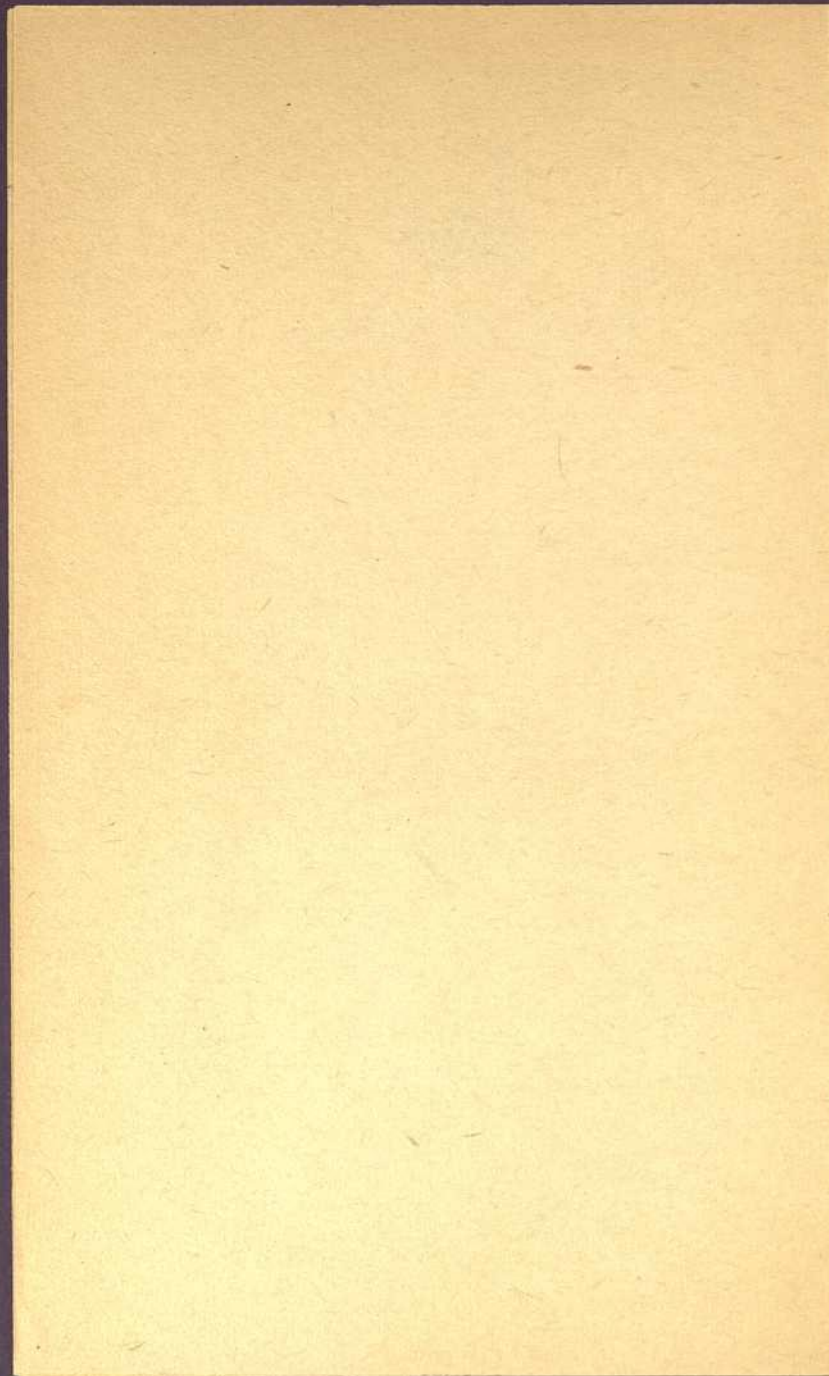
Imprenta Española S. A.
ESPASA-CALPE, S. A.
Carretera de Irún, km. 18,500
MADRID-20



HISTORIA DEL SARGENTO FRANCISCO MAYORAL



COLECCIÓN AUSTRAL



FA-5777

HISTORIA

VERDADERA DEL SARGENTO

FRANCISCO MAYORAL

NATURAL DE SALAMANCA

FINGIDO CARDENAL DE BORBÓN
EN FRANCIA

ESCRITA POR ÉL MISMO

MR-14946

~~R-12203~~



ESPASA-CALPE, S. A.

Primera edición popular para la
COLECCION AUSTRAL

Queda hecho el depósito dispuesto por la ley N° 11.723

*Todas las características gráficas de esta colección han
sido registradas en la oficina de Patentes y Marcas
de la Nación.*

Copyright by Cía. Editora Espasa-Calpe Argentina, S.A.
Buenos Aires, 1949

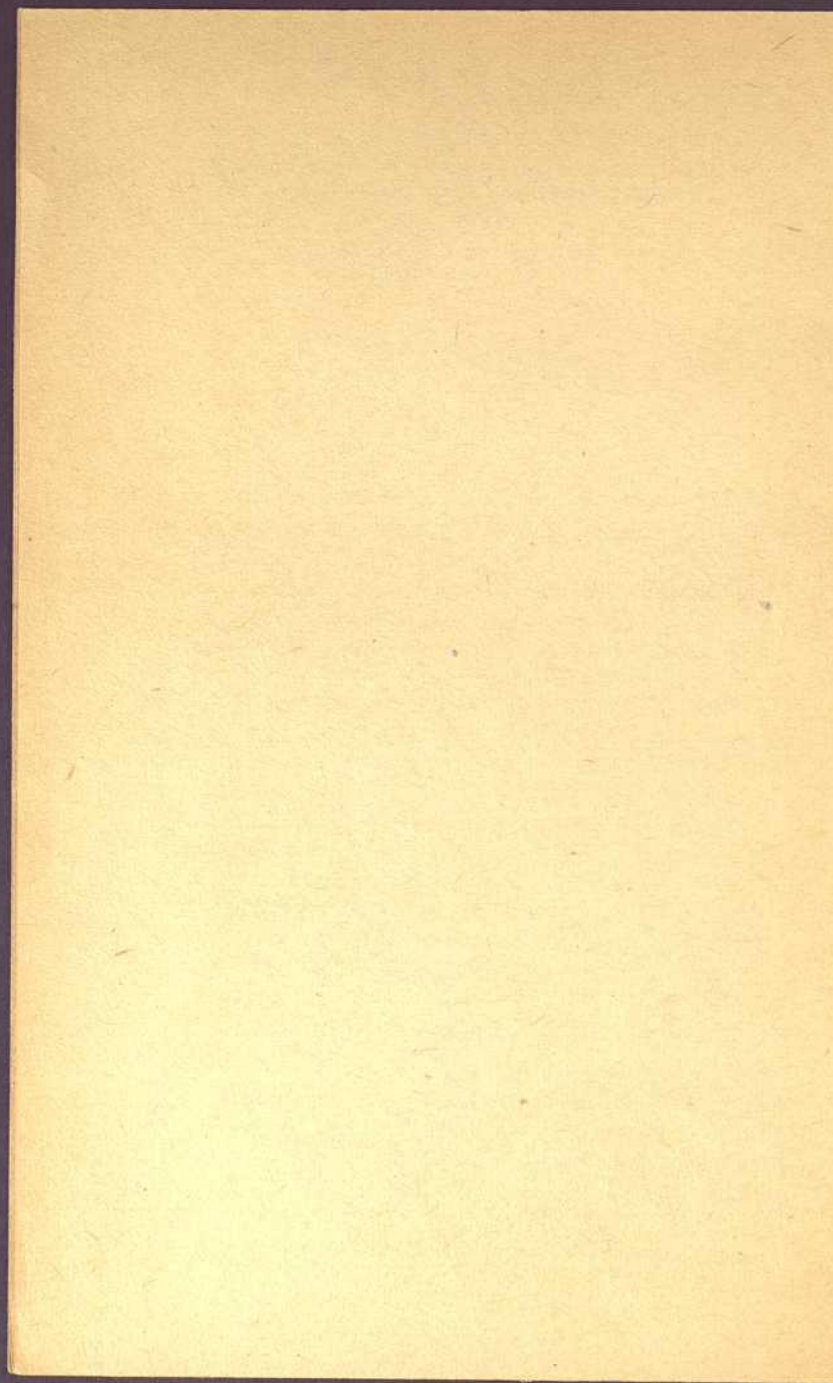
IMPRESO EN ARGENTINA
PRINTED IN ARGENTINE

Acabado de imprimir el 24 de junio de 1949

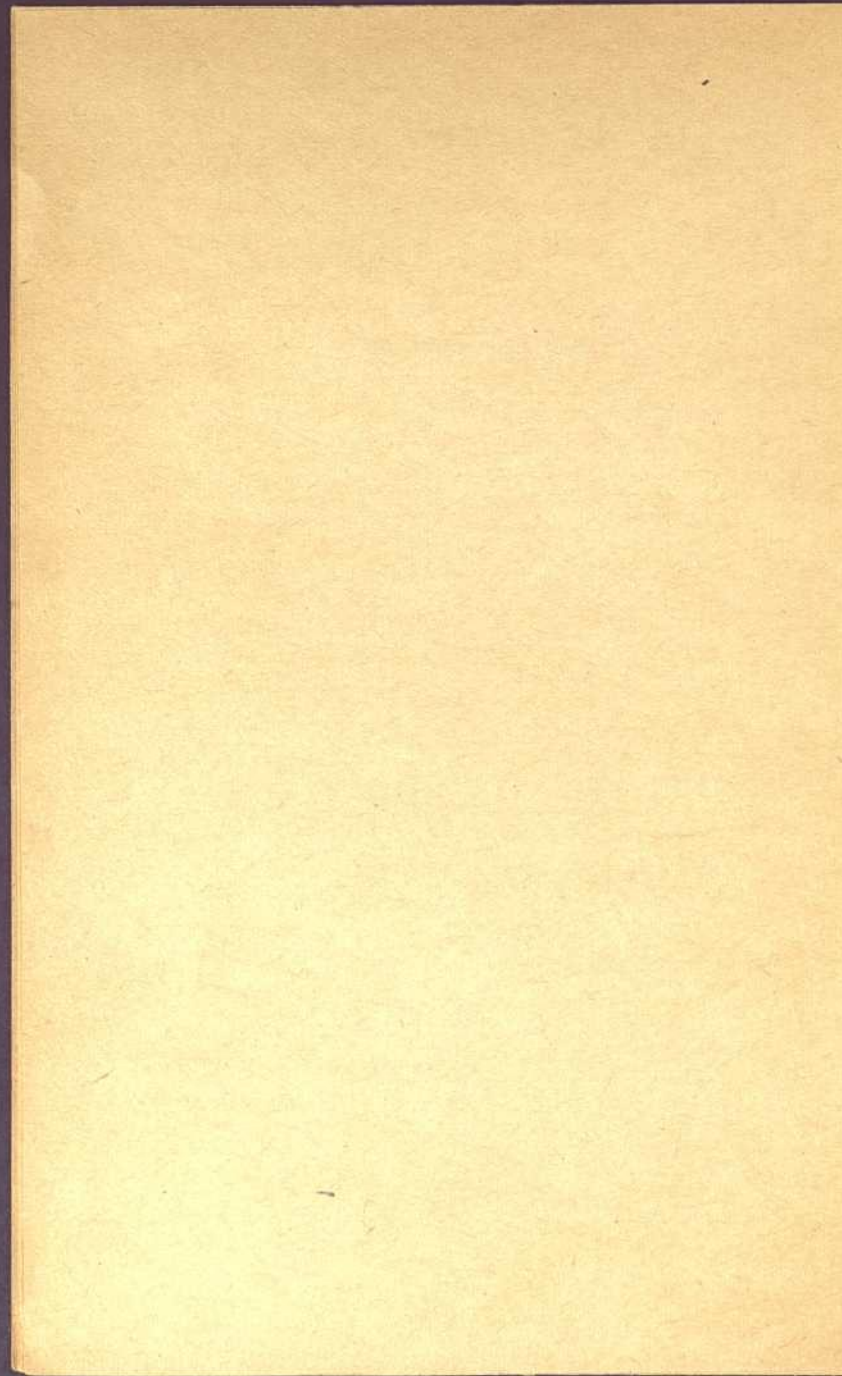
Cía. Gral. Fabríl Financiera, S. A. - Iriarte 2035 - Buenos Aires

Í N D I C E

	PÁG.
	—
PRÓLOGO	11
Prisión del Sargento Mayor. Decide fingirse clérigo	19
Conoce a la señorita Mavil y pone traza para ser tomado por el cardenal de Borbón	25
Reparte limosnas a los prisioneros españoles, recibe la visita del vicario general y visita al suprefecto, que le hace encarcelar	35
Estancia en Limoges y en el hospital de Sedán ...	47
Recepción de autoridades y nueva visita a prisioneros españoles	59
Es invitado a officiar de pontifical y burla el com- promiso	71
Se cartea con la emperatriz de Francia y es conmi- nado a trasladarse a la fortaleza de Lille	79
Traslado a Lille. Ponen en duda su condición de cardenal y escribe a Fernando VII	87
Traslado al fuerte de Lichtemberg y lo que en éste pasó	99
Recobra su crédito de cardenal	109
Es reconocido como sargento por sus paisanos	119
Rebaja su jerarquía eclesiástica a obispo sin púr- pura	129
Convierte a una hereje y parte para España	139
EPÍLOGO	147



PRÓLOGO





ADVERTENCIA

Apenas hay quien ignore que un sargento español, prisionero en Francia durante la guerra llamada de la Independencia, se fingió cardenal de Borbón, arzobispo de Toledo, y que bajo esta calidad recibió los mayores obsequios, así del pueblo como de las autoridades de aquel reino; pero hasta ahora habían sido absolutamente desconocidas las causas que produjeron aquel hecho o ficción, y las que lo sostuvieron.

Era sensible que careciésemos de todas las circunstancias y detalles de una historia que no podía dejar de llamar la atención por lo maravilloso y extraordinario del caso: nadie sino el mismo interesado era capaz de ejecutarlo; éste, empero, había fallecido en un hospital militar después de algunos meses de calabozo, donde fué metido luego de su llegada a España. No quedaba el menor antecedente de que hubiese tenido la curiosidad de escribir su vida. La creencia general era la de que había padecido tan craso descuido; y esto daba en verdad una idea poco favorable de él y no muy conforme con el espíritu travieso y con la ambición novelesca que debía suponérsele.

No faltaba, no obstante, un depositario de tan apetecido documento que en los últimos instantes de su vida lo puso en mi poder. El sargento Francisco Mayoral hizo una relación exacta de todo en cuatro cuadernos escritos de su letra: los dió antes

de morir al sacerdote del hospital militar que le auxilió, y este eclesiástico los tuvo guardados en secreto hasta la antevíspera de su fallecimiento, que los puso a mi disposición, asegurándome su autenticidad.

Esta historia no deja de ser uno de los sucesos remarcables de nuestra época. Si un extranjero hubiese temido el arte de engañar a nuestras autoridades militares, civiles y eclesiásticas en varios puntos del reino por el estilo que lo hizo el sargento Mayoral, se habría publicado el hecho por todo el mundo; no habrían faltado comentarios acerca de nuestra barbarie y ligereza; no hubiera quedado exenta de crítica nuestra falta de policía y de relaciones diplomáticas para averiguar la identidad de un personaje que figuraba al frente del gobierno, y una severa y exagerada pintura de la ignorancia y costumbres de nuestra nación habría, sin duda, sido el blanco de muchos escritores al contar aquella historia.

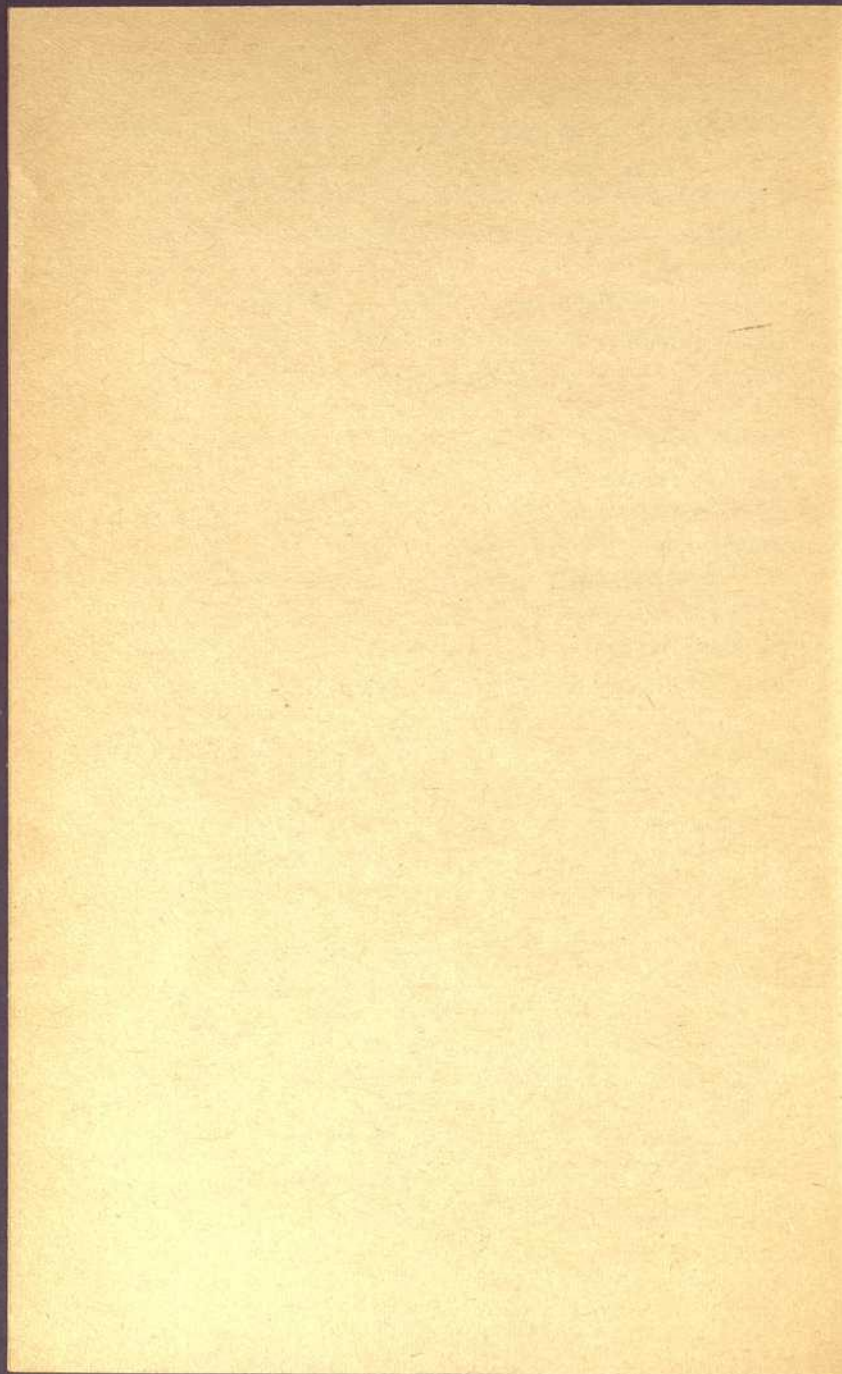
Más fué un español el sujeto que tuvo la habilidad de mofarse de Francia; un español fué el héroe del drama, y en España, sin requerimiento de parte de la nación chasqueada, se le encarceló y formó causa. Cuando en otros países se habría ensalzado su mérito, parece que en el nuestro se procuró hacer caer en el olvido aquel lance, del cual no se habló sino confusamente y con alguna variedad en conversaciones particulares, y aun con temor de persecución en el caso de no mostrar desprecio del autor en determinadas aventuras.

Parece increíble que un sujeto, de cuya instrucción no formará el mejor concepto quien haya visto

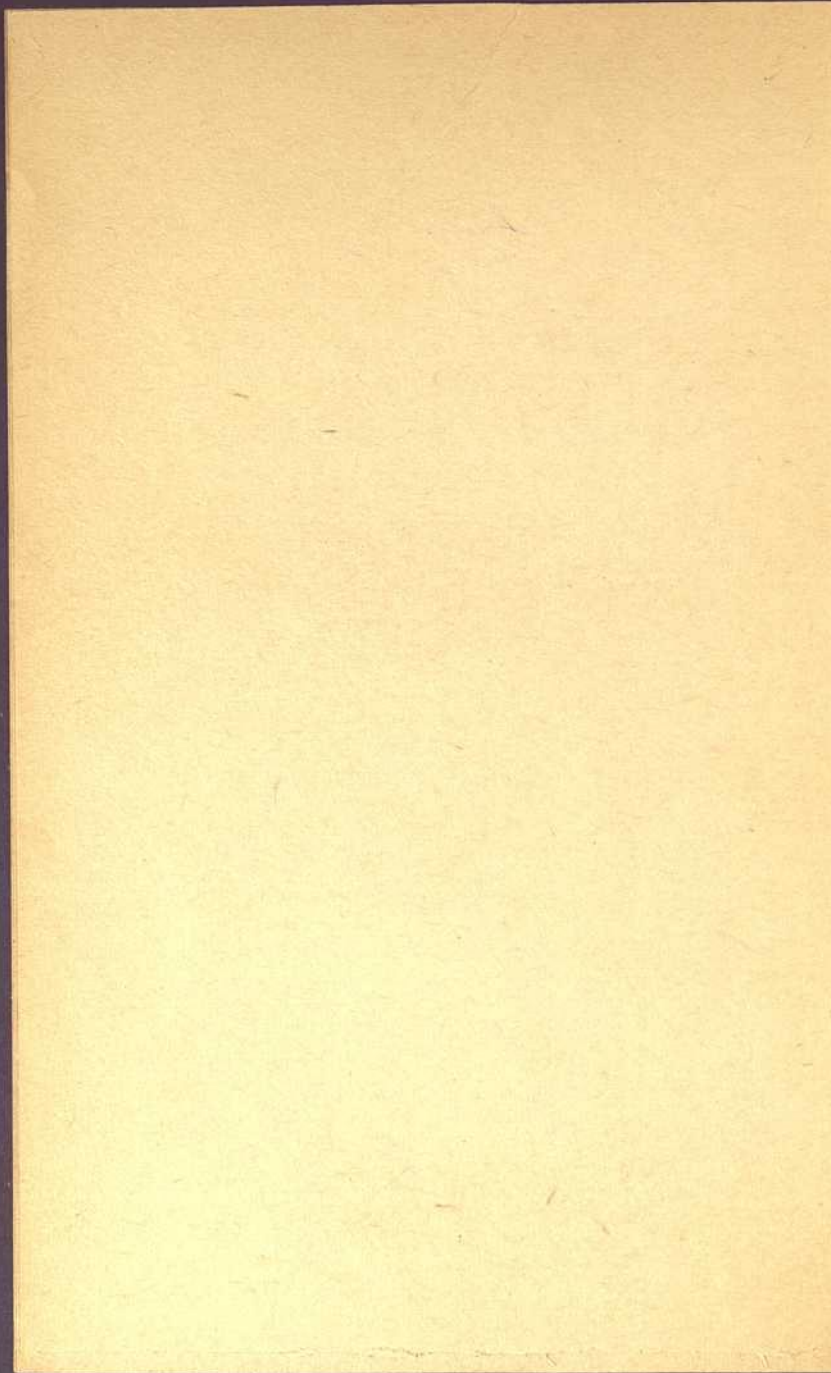
el original de su composición, tuviese habilidad para sostener la farsa tanto tiempo. Esto mismo, no obstante, realza su mérito y es la prueba de su talento natural, mayormente cuando la comedia se representó en los teatros de la culta Francia. Apenas habría quien no graduase de fabuloso el caso si nos lo contasen de un siglo atrás; pero viven todavía la mayor parte de los que vieron al sargento Mayoral hecho un arzobispo, los que recibieron sus bendiciones, los que sangraron sus bolsillos en obsequio suyo, y los soldados que de orden de sus jefes y generales sufrieron horas de plantón para hacerle honores.

Como no me he propuesto formar una novela, sino dar a luz lo escrito por el mismo interesado, no se encontrarán en esta historia bellezas de imaginación. He adoptado un estilo llano para que se aparte menos del original que he seguido en un todo, excepto en algunas cláusulas y expresiones pesadas o malsonantes. El orden de materias, los pensamientos, los hechos con todas sus circunstancias, y una gran parte de los períodos y palabras de la composición, es todo del original de nuestro sargento.

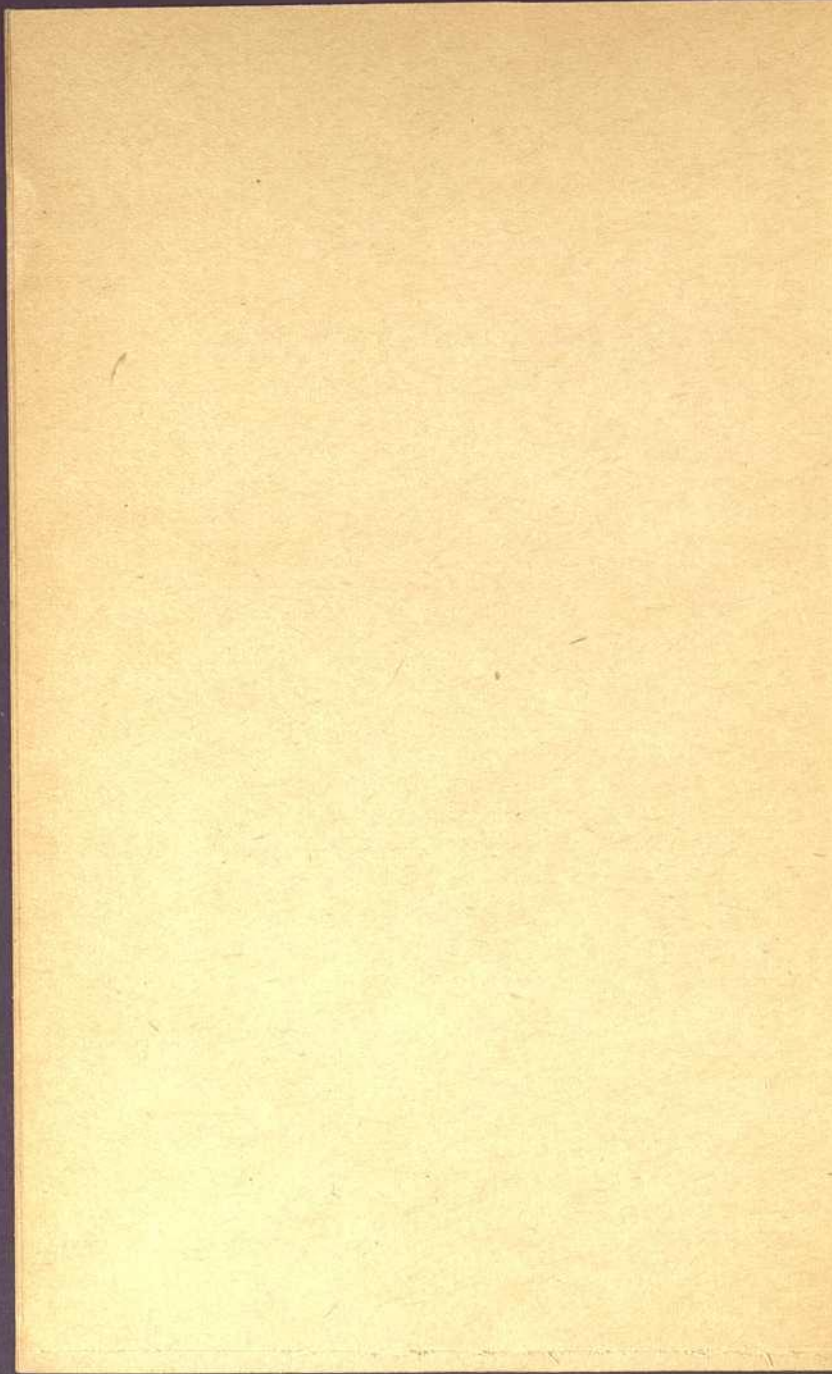
Así es que no salgo garante de la verdad de los hechos; van tales cuales se hallan en el manuscrito; sólo respondo de que realmente se encuentran consignados en él de su letra y puño, y bajo su firma y rúbrica; y aunque alguno parezca no muy verosímil al común de los lectores, no sucederá así a los que en aquella época tuvieron la misma suerte de prisioneros.



HISTORIA
DEL FINGIDO
CARDENAL DE BORBÓN



PRISIÓN DEL SARGENTO MAYORAL.
DECIDE FINGIRSE CLÉRIGO





Hallándome en la edad de treinta años de sargento primero en clase de distinguido de la sexta compañía del tercer batallón del regimiento de Ciudad Rodrigo, del cual era comandante el teniente coronel don Pedro Quintanilla, tuve la desgracia de ser hecho prisionero de guerra por las tropas de Napoleón Bonaparte en aquella plaza, a diez de julio del año mil ochocientos diez.

Conducido a Francia no muy humanamente, y con el maltrato que acostumbraban las tropas francesas mientras los prisioneros transitaban por territorio español, me detuve enfermo en el hospital de Bayona, donde permanecí cosa de un mes. Salí de allí para el depósito en compañía de unos soldados y de diez o doce frailes: llamó mucho mi atención a la primera jornada el ver que éstos recibían de toda clase de personas, camisas y dinero y cuanto necesitaban, al mismo tiempo que nada se distribuía al pobre Juan Soldado. Juré a Dios entonces en mi interior, que si segunda vez caía prisionero, por fraile me denunciaba.

Llegamos de esta manera a la villa de Pau, donde procuré quedarme en el hospital para dejar la compañía de los frailes que por dicha causa tanto me incomodaba. Logrélo en efecto, y a los tres días se me presentó un oficial de mi antiguo regimiento del Príncipe, llamado don Joaquín Rodríguez, con quien tomamos la resolución de fugar nos a Espa-

ña, como en efecto lo ejecutamos; mas al pasar el puente de San Juan de Luz fuimos detenidos por dos españoles que se hallaban al servicio de Napoleón y conducidos a la presencia del comandante de la gendarmería de Bayona.

No fué perdida para mí la lección pasada, ni tampoco olvidé mi juramento; así fué que, preguntándome dicho comandante cuál era mi estado, le respondí que el de religioso francisco; mi compañero oficial le dijo su clase y grado. Éste fué conducido al castillo, y yo a la cárcel civil.

Apenas había discurrido media hora y podido extenderse la voz de hállarme en aquel sitio, cuando una monja de la Caridad me trajo una camisa, dos pañuelos y unas medias; mandó al carcelero que me pusiese buena cama; y le dijo que a costa de ella me asistiese de todo lo necesario.

No me salió mal este primer ensayo, y principié a ver por experiencia cuánto mejor es en todos tiempos, y aun en Francia, la vida del fraile, que la del soldado; de tal suerte, que durante diez días que estuve en la cárcel de Bayona fuí visitado por varios curas y monjas y reuní 200 reales de limosnas.

Juntáronme luego con 20 religiosos valencianos y catalanes, cuya compañía me disgustaba porque jamás han hecho buenas migas frailes y soldados. Llegamos a Cahors; logré quedarme en el hospital, donde por el espacio de ocho días me dediqué mucho a la oración, asistiendo a todos los oficios divinos, por lo cual me encontraba muy bien entre las monjas. Vino cierto día una de ellas a buscarme en la capilla, diciéndome que me llamaba

el vicario general. Obedecí al punto; halléle con la priora, y me dijo:

—¿Conque, padre, usted no es más que subdiácono? — Respondíle muy humildemente que en realidad era así; y replicó: —Pues ¿en qué se ocupaba usted en el convento? — Le dije que era organista y constructor de órganos; y en vista de esto manifestó quedar satisfecho, añadiendo que, supuesto que las religiosas se interesaban tanto por mí, iba a hablar al obispo para que se empeñase con el comandante de la plaza a fin de que me permitiera quedar allí para encargarme de la recomposición del órgano y pudiese después ordenarme de sacerdote en su lugar y caso.

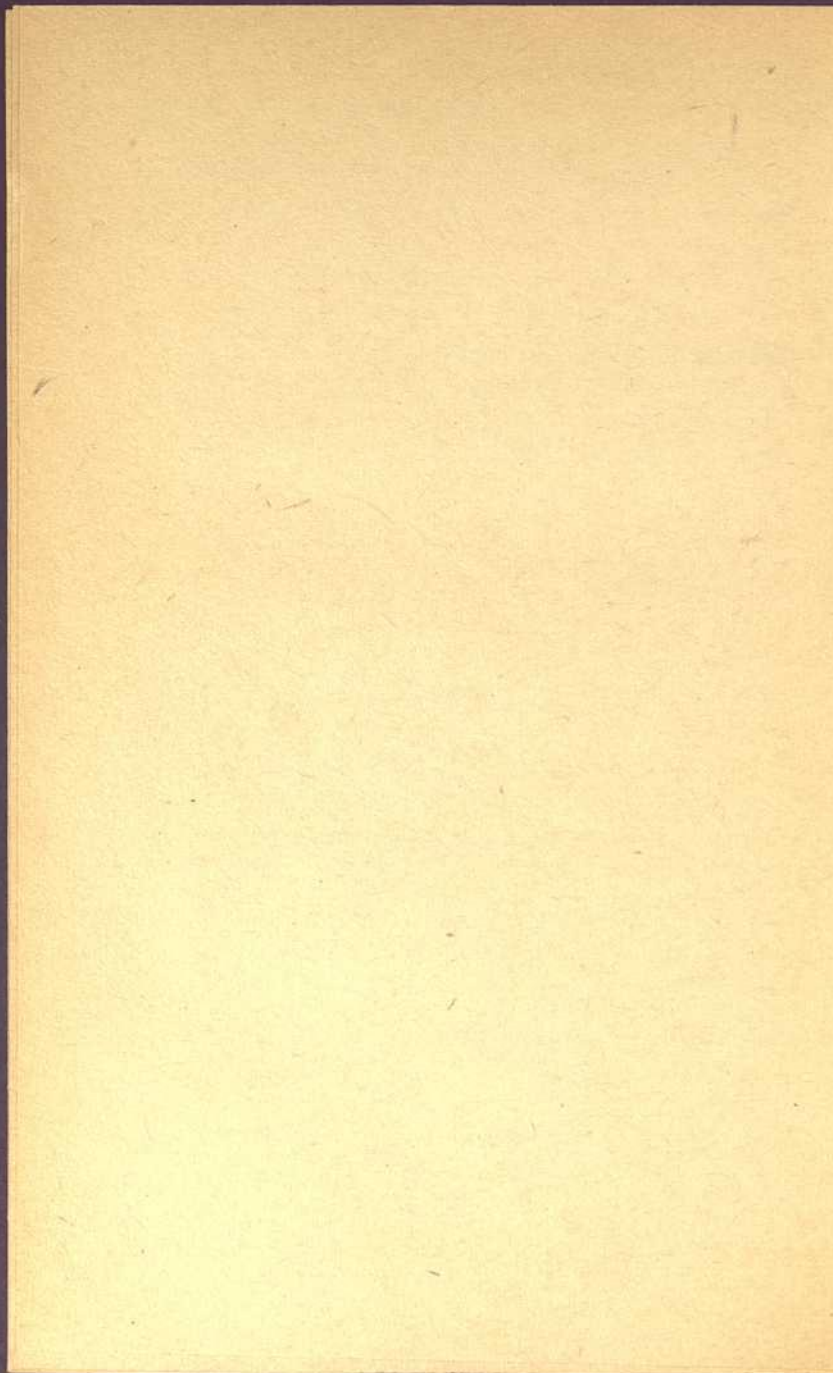
¡Qué confusión fué la mía, y en qué enredo me metí! A un pobre sargento le querían ordenar de misa sin saber una palabra de latín, y darle el encargo de componer un órgano cuando en su vida las había visto más gordas. No obstante, resolví no volver atrás de una proposición soltada sin advertir las consecuencias, cualquiera que fuese el desenlace.

A los dos días vino el vicario general en persona a notificarme el permiso para quedar allí con tres francos diarios mientras durase el trabajo del órgano, y que después trataríamos de ordenarme de sacerdote. La subpriora lo oyó con placer, y añadió que yo podría ahorrar los tres francos, pues las monjas tomarían a su cargo mi manutención, e inmediatamente, por disposición de éstas, recibí un vestido completo de eclesiástico.

Cátame aquí un fingido fraile vestido de clérigo a quien se encarga el arreglo de un instrumento

en que jamás ha entendido. Para salir airoso del lance busqué si entre los españoles detenidos en el hospital habría uno que supiese algo en aquel ramo; pero duró poco mi ilusión, pues a mi vez fui también engañado. Emprendimos la obra, mas ni uno ni otro acertábamos, y al cabo de cuatro meses de hacer y deshacer, lo echamos todo a perder en términos que, después de gastados dos mil francos con materiales y con mi salario, tomó el vicario general el buen partido de despedirme, entregándome el pasaporte que sacó para el depósito.

CONOCE A LA SEÑORITA MAVIL Y
PONE TRAZA PARA SER TOMADO POR
EL CARDENAL DE BORBÓN



No dejé de salir bien librado y de haber sacado mi provecho de este segundo ensayo, pues sobre haber bien comido y sido mejor obsequiado durante aquella temporada, salí sin pleito en razón de la estafa por falta de responsabilidad, y aun con 300 francos en el bolsillo para el próximo viaje que emprendí con espíritu y aguardando con impaciencia una nueva aventura, porque no podía dejar de haberlas en la carrera que había tomado.

Salgo para el depósito; y como mi interés consistía en no llegar a él porque allí debía descubrirse el pastel, logré tener entrada en el hospital de la villa de Brives la Gaillarde, fingiéndome enfermo. Trabé luego amistad con un caballero español, natural de Barcelona, llamado don José Ballmanya, el cual me preguntó si sabía tocar la guitarra. Respondíle que no, pero que entendía algo de piano, arpa y clarinete; y en consecuencia me aplazó para el domingo próximo, con el objeto de ir a la casa de una señora aficionada.

Dicho día, en efecto, después de vísperas, fuimos a la casa de una señorita llamada Mavil..., muy linda, ricamente vestida y en extremo amable. Nos recibió con sumo agrado; y concluído que hubo sus excusas al caballero español por la libertad que se tomó de presentarme en razón de ser aficionada a la música, nos introdujo en su gabinete. Al punto nos sirvieron bizcochos y licor, y después de los cumplimientos debidos y de un rato de conversación sobre música, nos trasladamos a un grande y

bien adornado salón en que había dos pianos, uno francés y otro inglés. Escogí el que me pareció mejor; toqué varias contradanzas, canciones patrióticas y algún vals; en seguida me levanté, rogando a la señorita Mavil... que se dignase darme el gusto de oírla, lo que no pude porque decía no atreverse a tocar delante tan buen maestro como yo.

Nos retiramos otra vez al gabinete, y al cabo de un rato el caballero español pidió permiso para marcharse a motivo de sus quehaceres, y me rogó que hiciese un poco más de compañía a la señorita Mavil... Me ofrecí gustoso a ello, si no era incomodarla; y contestó: «Muy al revés, tendré mucho placer en disfrutar de la amable compañía del Padrecito...» Tuvimos una corta conversación indiferente después de salido Ballmanya, y la señorita me manifestó al fin sus deseos de que me alojase en su casa para darle lecciones de música y piano. Respondíle que era un triste prisionero y que la falta de libertad me precisaba al sacrificio de no poder aceptar tanta dicha.

Repuso ella que no quería saber más sino si yo era gustoso de quedarme, porque en este caso corrían por cuenta suya las diligencias necesarias. A semejantes ofrecimientos de una beldad, ¿quién se habría de resistir? Le dije que desde entonces mismo me tendría por feliz siendo el último de sus criados; y en medio de la agitación que me causó esta nueva aventura, me despedí de la señorita Mavil..., la cual me encargó que no me moviese del hospital después de la comida.

Salí confuso y cavilando todo el camino sobre la clase de interés que podría yo haber inspirado

a dicha señorita; tan pronto lo atribuía a mis prendas personales, como a mi habilidad musical, y a veces a virtud o caridad en favor de un eclesiástico expatriado. Entré en el hospital, comí y a hora y media vino una monja y me dijo: —Padre, coja usted la maleta y luego baje conmigo. Obedezco y me conduce en un aposento en que estaban el comandante de la gendarmería, el «maire», la subpriora, la señorita Mavil... , su doncella y su criada.

Con los antecedentes que tenía, no presagí mal de aquel aparato, mucho menos viendo entre dichas personas a mi amable Mavil... «Padre — me dijo el comandante —, tiene usted permiso para trasladarse a la casa de esta señorita, a quien creo no dará usted el menor motivo de disgusto.» Apenas supe qué responder sino por medio de acciones; y tomando la criada mi maleta, me despedí junto con la señorita, del comandante y de las religiosas y nos dirigimos a su casa.

Un profundo silencio reinó hasta llegar a ella, pareciéndome un encanto lo que pasaba; y solamente lo interrumpí al llegar al pie de la escalera para pedir la mano de la señorita. No quiso, según expresó, que un religioso hiciese las veces de criado; y a pesar de mis reiteradas instancias, hube de ceder a su voluntad y orden, pues dijo por fin que así lo mandaba.

Entramos en su gabinete y encontrándonos solos me preguntó al cabo de un cuarto de hora: «Usted, padrecito, está muy triste. —No señora — le respondí —, únicamente estaba pensando cómo podría reconocer al Señor y recompensar a usted tantos beneficios que me ha hecho, y cómo pedirle

en mis oraciones que conserve en usted tanta virtud.» La señorita Mavil..., con las más tiernas expresiones, me aseguró que ninguna recompensa exigía; que dispusiese de todo lo que había en su casa; y que no creyese que me tenía en clase de criado, sino de amigo, pues le inspiré el mayor interés en el primer instante que me vió; añadió que la habían embelesado mi virtud, mi humildad, mi conversación tan cristiana; y que yo era el primer hombre del mundo por quien se hallaba encendida de amor. Contesté: «Muchas gracias, señorita», con apariencia de rubor, y luego, siendo llamados para la cena, nos acercamos a la mesa.

Por supuesto que fueron para mí los mejores bocados; y tantos obsequios me tenían absorto sin saber qué decir ni qué pensar; sólo de cuando en cuando bendecía mi feliz idea de haberme fingido fraile. Como en este estado me faltaba apetito, la señorita Mavil... lo atribuía a tristeza y tal vez a disgusto de hallarme en su compañía; conocí que estaba desazonada, y advertí que para sacarme de la pena en que ella creía que me encontraba llamó a la sirvienta Isabel para que preparase mi aposento. Tomóme ella de la mano y condújome hasta la puerta, donde me despedí, dándole las buenas noches como mejor supe; la contestación fué marcharse sin hablar, dándome un vivo apretón de mano.

Para un príncipe no se hubiera destinado una cama y habitación tan ricamente adornadas. Acostéme, pero en mucho rato no pude conciliar el sueño reflexionando que la fortuna me era propicia y que no debía ya esperar ser desgraciado en Francia. Desperté una infinidad de veces, y el desaso-

siego que esto me daba me movió una fuerte tos; la señorita Mavil..., que dormía en una habitación inmediata, dió algunos golpecitos en la pared por si se me ofrecía algo: y ya muy de mañana llamó la doncella a la puerta, y respondí que sólo necesitaba agua para lavarme. La trajo al momento y preguntéle si se había levantado su ama; dijo que sí y que venía luego a saber por sí misma cómo había yo pasado la noche.

Véola, en efecto, entrar, y después de habernos saludado y respectivamente preguntado por el bienestar se salió porque dije iba a rezar. Cogí un libro cualquiera a falta de breviario, y como noté que me observaban por una rendija de la puerta, tan pronto me arrodillaba, como me levantaba, y besaba luego el suelo haciendo las mayores demostraciones de devoción. Salí al cabo de media hora, y encontré a mi bienhechora que me esperaba para desayunarnos. Después de esto nos acercamos al piano; puse una lección bastante fácil; y en los intermedios del ensayo que hacía la señorita se animó un tanto la conversación, de modo que de allí en adelante no nos fuimos indiferentes el uno al otro.

Le merecí a ella la mayor confianza; y como depositario de sus secretos ofreció descubrirme uno de la mayor importancia. Díjome que no habría dejado de causarme admiración el verla joven, soltera y rica, sin padres y sin parientes, viviendo con total independencia; pero que era hija bastarda del obispo de Limoges, de quien había heredado ricas posesiones; me encargó el secreto, y ofrecí guardarlo.

En vista de esto me pareció que la escena actual de la comedia que iba representando exigía de mi

parte presentar algo de extraordinario y ofrecer asimismo el descubrimiento de un caso raro. Indiqué, por lo tanto, a mi señorita que a su tiempo le comunicaría también un secreto, y que por de pronto ponía en su noticia que yo no era fraile, sino una persona de mucha mayor distinción.

Bastante dije para picar vivamente la curiosidad de una mujer que de otra parte se había adelantado conmigo en punto a hacer confianzas; pero, a pesar de nuestra amistad que iba creciendo de día en día y de sus continuas importunaciones, nada consiguió. Se pasaron ocho días de esta manera, y viéndome estrechado, fué preciso salir del apuro.

Tanto quise elevarme en dignidad, que para merecer más crédito me valí de la siguiente estratagemas: Fuíme al hospital, llamé al barbero nombrado Martín, y le dije: «Toma esta carta; vé a mi casa; pregunta por mí, y como te dirán que no estoy debes replicar que traes un recado interesante; las criadas darán en seguida parte a la señorita; ésta saldrá al momento haciéndote una infinidad de preguntas; dile que ha venido un caballero de España que desea verme; y al descuido, con cuidado, de suerte que ella no lo vea, déjate caer en el suelo la carta y marcha». Le di por paga adelantada diez francos, y llenó perfectamente su comisión.

La carta llevaba el sobre dirigido a don Francisco Mun, español en Brives; y su contenido interior era el siguiente: «Madrid y diciembre 13 de 1810. Eminentísimo y Serenísimo señor. Noticio a V. Ema. y A. que hemos recibido carta de la mamá en que nos encarga decirle que se conserve y que no pase pena alguna. Los del consejo le suplicamos

que se mantenga incógnito y que bajo ningún pretexto descubra ser el cardenal de Borbón, pues practicamos las más exquisitas diligencias para sacar a V. Ema. y A. del cautiverio. Por el correo próximo remitiremos 40.000 francos por conducto del señor obispo de Bayona. Quedamos rendidos a los pies de V. Ema. y A. Por los S.S. del Consejo. El marqués de Mirabel».

Apenas se había despedido el barbero Martín, cuando la señorita Mavil... coge la carta; y al efecto de que la meditase di tiempo sobrado retirándome más tarde de lo que tenía de costumbre. Llego a la casa, quítome la sotana y me pongo la levita en ocasión que entra llorando la doncella y me dice: «¿No sabe Vm., don Francisco, que la señorita no hace más que llorar después que ha venido Martín el barbero, y se ha encerrado en su gabinete?» Salgo acelerado, llamo a las puertas vidrieras, y me quejo de que no quiera abrir, preguntándole los motivos que yo hubiese dado para no querer hablarme; añadí que pedía perdón si la hubiese ofendido, pero que tenía el desconsuelo de dejarla y partir sin saber la causa de tan extraño proceder; y la dije *adiós*.

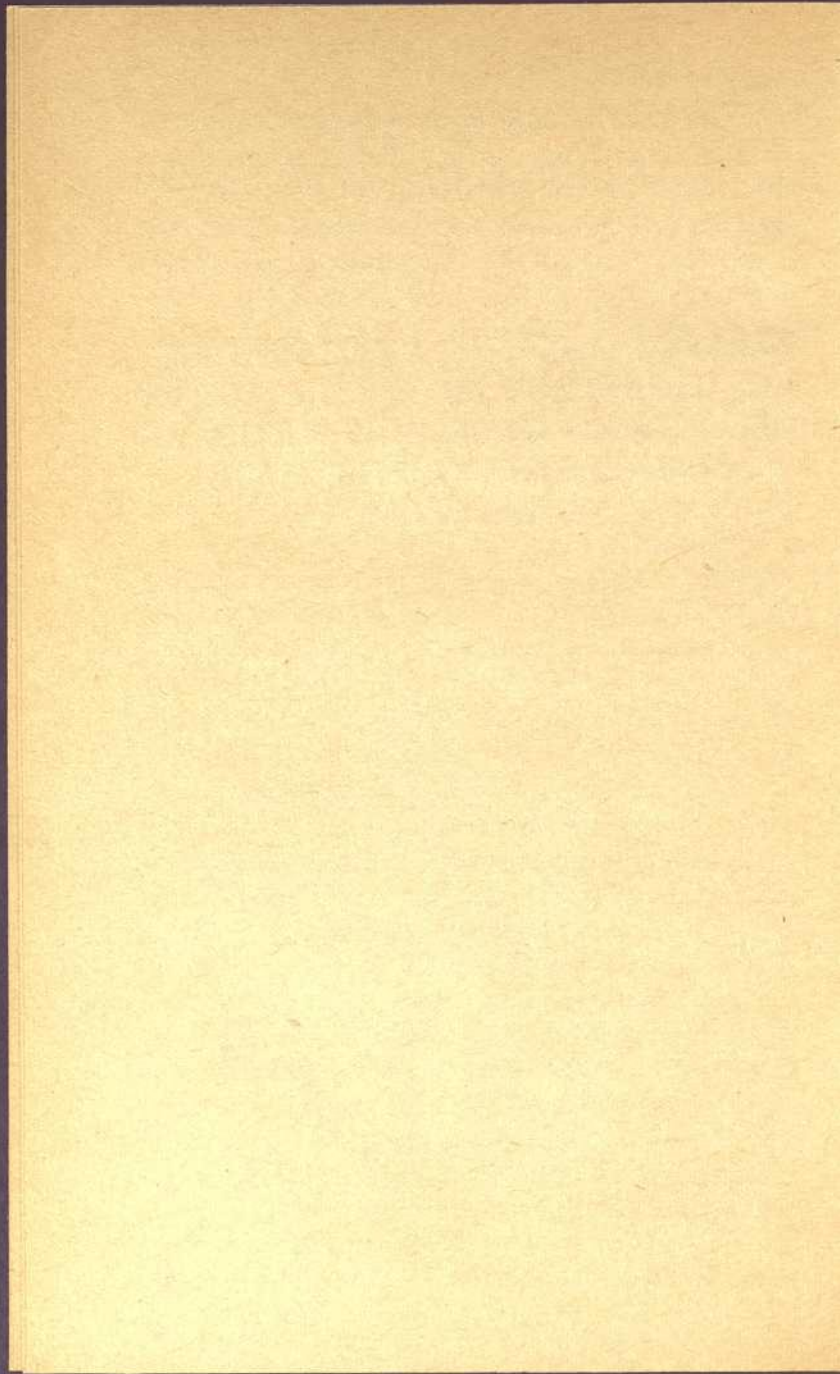
No bien acabé de pronunciar esta última palabra, que se levanta y abre la puerta llorando amargamente. Confieso que no pude resistir, porque al cabo yo era la causa de tanto dolor, y derramé también algunas lágrimas. Nos serenamos luego, y principié mis instancias, ponderándole mi confusión y asombro, y protestándole de que mi conciencia no me acusaba de haberle dado el menor que sentir: rogué, supliqué con ahinco y con amor;

y por fin mi querida prorrumpe otra vez en amargo llanto, se arrodilla a mis pies, y me dice: «V. Ema. me ha traído engañada». Cayó al propio tiempo aquella deidad en un fuerte desmayo; mi corazón se partía de pena y mis lágrimas bañaban el hermoso rostro de mi amiga, a quien procuraba volver en sí. Llamé a las criadas, y no sin trabajo pudimos lograr lo que tanto apetecíamos.

Sus miradas y suspiros indicaban sobrado el contraste de su interior; y después de un largo rato estando otra vez solos, usando de un lenguaje respetuoso que me era muy nuevo por lo que yo era y por de quien venía, me preguntó si le perdonaba la libertad que se había tomado de abrirme una carta: añadió que su corazón le decía ya desde un principio que tenía en su compañía a un príncipe, a un soberano: y que no se levantaría de mis pies hasta que le asegurase que estaba perdonada de todas las faltas cometidas contra mi real persona.

«Levántate, hija mía — le dije cogiéndola de la mano —, ya estás perdonada y cuenta conmigo mientras guardes inviolable secreto, pues el faltar a él acarrearía indudablemente grandes sinsabores a entrambos; y haz también que los criados hagan otro tanto en el caso de que hubiesen traslucido alguna cosa». — Así lo prometió de una manera que llegué a creerlo: llamó en mi presencia a los criados, quienes al verme dieron muestras de estar enterados de todo, de suerte que para obligarles al silencio dije que si lo guardaban estrictamente, y quedaba como hasta entonces ignorada en Francia mi persona, les señalaba a cada uno la pensión anual de mil francos.

REPARTE LIMOSNAS A LOS PRISIONE-
ROS ESPAÑOLES, RECIBE LA VISITA
DEL VICARIO GENERAL Y VISITA AL
SUBPREFECTO, QUE LE HACE
ENCARCELAR



Como los primeros pasos de la farsa no tenían más relación ni objeto que el de gozar de mayor reputación para con mi querida, y de aparecer como un héroe de novela, me vi en extremo comprometido con el hecho de ser sabedores de todo los criados, y no tuve otro recurso sino el de dar el segundo paso atrevido de asignarles dicha pensión, el cual podía, en efecto, cortar todo progreso al comprometimiento en que me hallaba, si bien podía asimismo contribuir a aumentarlo. Los criados se mostraron muy satisfechos, juraron no descubrir lo que había pasado, y puestos de rodillas besándome la mano se despidieron.

Debí por fuerza seguir representando el papel con mi niña, y prometí elevarla al rango de la primera nobleza de mi nación, casándola con el marqués de Sta. Cruz, grande de España. Me pareció que no le desagradaba semejante matrimonio, por más que no respondía sino con lágrimas, sollozos y exclamaciones acerca del estado de confusión en que se encontraba; y yo por mi parte la animaba manifestándole que todo eran disposiciones del Altísimo y altos juicios suyos incomprensibles.

Serenada un poco la señorita Mavil... dando un profundo suspiro que partió mi corazón, dijo: «Señor, en cuanto a lo que V. Ema. me ha dicho de tomar estado con el marqués de... debo decirle

que...; pero si V. Erna. es gustoso estoy pronta a hacer en todo su voluntad». Le rogué que me manifestase francamente sus sentimientos: y respondió que siempre abandonaría todas las grandezas del mundo para estar a mi lado, y que nuestra separación le causaría la muerte. Una tierna escena siguió a tan halagüeña declaración, mezclada de protestas del más acendrado amor y fina amistad, y concluyó poniendo a mi disposición toda la casa y las llaves del dinero y papeles.

Terminados así unos lances que tenían agitado mi espíritu y conmovido mi corazón tanto por traer tan altamente engañada a una mujer de quien no recibía sino beneficios, como por los disgustos que podría acarrearle mi ficción, me retiré a mi gabinete para tomar descanso. Verdaderamente lo necesitaba, pues representé el papel tan fuerte y vivo que cuasi yo mismo me hacía ilusión de que realmente era el arzobispo de Toledo.

Dado el primer paso al delito es muy difícil retroceder, y un crimen conduce ordinariamente a otro mayor. Puesto en silencio en mi retrete me burlaba de la sencillez de mi querida; y no discurrí sino cómo podría abandonarla y ponerme a salvo después de haberme bien regalado con sus caudales y hacienda, y dejándola en la miseria.

Tan bárbaros proyectos fueron interrumpidos por la señorita, que pidió permiso para entrar, y lo verificó con el sastre, a fin de hacerme vestidos de lujo y ropa blanca, cuyo coste fué de mil francos. Dueño de todo, compré carruaje con dos caballos; gasté con profusión; socorrí a mis compatriotas del hospital con camisas, zapatos y demás que les hicie-

se falta; y no pensé más que en divertirme durante el espacio de dos meses.

No dejaban, no obstante, de perturbar mi aparente sosiego los frecuentes temores del desenlace de aquella comedia: me puse triste y determiné irme al campo algunos días, sin más acompañamiento que el de una de las doncellas llamada Mariquita: marché a un pueblo distante una legua, donde venía cada día un criado con un billete de la señorita para saber noticias de mi salud; y a pesar de sus repetidas instancias para que la permitiese venir a verme, no lo consentí a motivo de que era algún tanto murmurada en la villa nuestra amistad y mi conducta y gasto extraordinario. A decir verdad, contribuyó también a ello el encontrarme muy bien solo con la doncella.

Regresé por fin a disfrutar otra vez de la amable compañía de mi bienhechora, precisamente el día mismo en que había entrado una columna de prisioneros españoles. La señorita Mavil... conocía mi natural inclinación a socorrerlos, y como también se consideraba de la misma familia, me invitó a que por la tarde fuésemos a visitarles: di orden para que a las cuatro estuviese puesto el coche; y llegada la hora nos dirigimos a la caserna o cuartel, llevando dos mil francos en un bolsillo.

Llegados a aquel sitio nos apeamos y pregunté a un sargento cuántos eran los prisioneros. Respondió que unos 2.000; y en seguida le dije que si podía formarlos les haría una limosna. Hízolo así inmediatamente, y la señorita misma les fué repartiendo la sobredicha suma y algunas camisas y zapatos que mandó traer de varias tiendas.

Al tiempo que esto sucedía se encontraba presente cierta señora de la villa, la cual parecía estar muy atónita y admirada. Esta misma señora fué por la noche a la casa del subprefecto, y contó a éste y a los tertulianos que aquella tarde la señorita Mavil... con su fraile habían estado en la caserna repartiendo muchísimo dinero, camisas y zapatos a los prisioneros españoles recién llegados. Esto fué causa de que se hablase también de las muchas limosnas que hacíamos a los enfermos, cuyo importe no bajaba de 40 ó 50 francos al día, y no faltó quien dijo que si esto duraba se consumiría muy en breve toda la hacienda de la señorita. Principió a murmurarse mucho de su conducta: y una dama que la apreciaba fué a visitarla al día siguiente por la mañana, y le manifestó cuánto se había hablado de ella por tener en su casa al prisionero don Francisco tratándole como si fuera un príncipe y permitiendo que gastase sus caudales con los compañeros de suerte.

Mi querida le respondió dándole las más expresivas gracias por el interés que le manifestaba: añadió que sabía muy bien lo que hacía; que en cuanto a su persona nadie mandaba en ella; y que por lo tocante a los caudales sería regular que yo los tuviese toda vez que los gastaba. A tan seca contestación no supo qué replicar dicha señora, sino excusarse en razón del cariño que la profesaba y asegurarla que había hablado siempre en favor suyo y tratado de disculparla.

Es tanto lo que puede el concepto en que deseamos que nos tenga la opinión pública, que la señorita Mavil..., sin embargo, de estar asegurada en

su propia conciencia, quiso justificarse con su amiga haciéndola partícipe del secreto: llegó a alucinarse hasta el extremo de creer que éste sería inviolablemente guardado y que guardándolo quedaría bien puesto su honor con aquellos que lo ignorarían. Después de una formal protesta de no revelar nada, le dijo mi querida que yo no era fraile, sino una persona de mucha distinción, cuya permanencia en Brives hacía mucho honor a la villa y a la casa en que me alojaba; en una palabra, que yo era el Eminentísimo y Serenísimo don Luis María de Borbón, cardenal y arzobispo de Toledo, primo del rey de España y de la emperatriz de Francia; y con esta ocasión añadió: «Vea V., señora, si tengo motivos para hacer lo que hago, y si debe darme mucho cuidado lo que se diga.»

La señora quedó absorta sin saber qué responder, y pidió que se la concediese el honor de besarme la mano; pero no se le otorgó por entonces para que yo no supiese que se había faltado al secreto que aquella nuevamente prometió guardar. Apenas había, empero, salido de nuestra casa se fué en derechura a la del vicario general eclesiástico, poniendo en noticia suya todo lo que acababa de saber, desconcertándose así mis planes y comprometiéndome hasta lo sumo.

El vicario general mismo se preocupó extraordinariamente con esta relación: creyó haber tenido presentimientos que le advertían el caso, se le figuró que mis modales desde el primer día que me vió le parecieron propios de una persona Real: y el comportamiento de la señorita Mavil... conmigo le era otra prueba de la verdad de lo que se le partici-

pó. Todo se principiaba a conjurar para hacerme tener por cardenal.

No se pasaron muchas horas sin que el vicario se viniese a visitar a la señorita Mavil. . . Le pregunta por mí, y la reconviene por no haberle confiado un secreto que en nadie podía mejor depositar que en su padre espiritual. Le pidió dónde podría hablar a S. Ema., pues estaba resuelto a no marcharse hasta haberle visto. Ella procuraba hacer el desentendido; mas por fin, habiéndole dicho el cura que todo lo sabía por la señora Depard, no tuvo otro arbitrio que confesarlo, encargarse nuevamente el secreto y rogar que yo no llegase a sospechar que había sido descubierto.

No hubo remedio: el vicario general se hizo acompañar a mi aposento: entró con su sobrino; y ambos se postraron de rodillas a mis pies, pidiendo mi bendición. Confuso y absorto, yo no sabía qué hacer ni qué decir; y este mismo estado violento y de angustias hacía creer a los circunstantes lo que no era verdad y yo no cesaba de negar. En vano procuré persuadirles de su error, hasta llegar a insinuarles que con sus demostraciones inopinadas me hacían creer algún desarreglo en su imaginación. Todo fué inútil: hube de seguir mi papel; y resistiéndose los dos eclesiásticos a levantarse sin mi bendición, fué preciso dársela junto con un abrazo.

Quedaron sumamente satisfechos, y yo cada vez metido en nuevos atolladeros sin poder retroceder de mi fingido Cardenalato. Ofrecíles que comiesen aquel día conmigo; lo aceptaron gustosos; y habiendo mandado llamar a la señorita para participárselo me dijo la doncella que no hacía sino llorar en su

retrete. Enviéle nuevo recado manifestando que no temiera; y en efecto vino, y echándose a mis pies me pidió perdón por haber faltado a la confianza que en ella deposité. Hícela levantar asegurándola de que no me quedaba el menor resentimiento; y le dije que me disimulase la libertad de añadir dos personas más a nuestra mesa.

Desde entonces toda la casa y concurrentes me dieron el tratamiento correspondiente a mi alta clase; y el vicario general me ofreció todos sus bienes y persona. Respondí que no los aceptaba porque nada me hacía falta y aguardaba cuanto antes recibir fondos de España. Me precisó, no obstante, a darle mi palabra de admitir un cubierto de oro, expresando que era una joya preciosa que yo no podría rehusar por haber pertenecido a S. M. Luis XVI, mi pariente.

Comimos en una mesa opípara; fuimos después a paseo; y al separarnos permití al vicario general que con disimulo me besase la mano, encargándole muy estrechamente el secreto.

Vuelto a casa, quedéme otra vez solo con la niña; y al cabo de media hora vinieron con recado del vicario general dos muchachas trayendo una docena de botellas de vino de Alicante y una bonita caja con su cubierto y cuchillo de oro. Todos los días venía a visitarme, y salíamos juntos a paseo; y las cosas siguieron así en secreto muy cerca de dos meses.

Como durante éstos viese el pueblo lo mucho que me obsequiaba el vicario general, y hubiese alguna vez reparado que me besaba la mano, principiaron las gentes a formar cálculos diversos y preguntarse

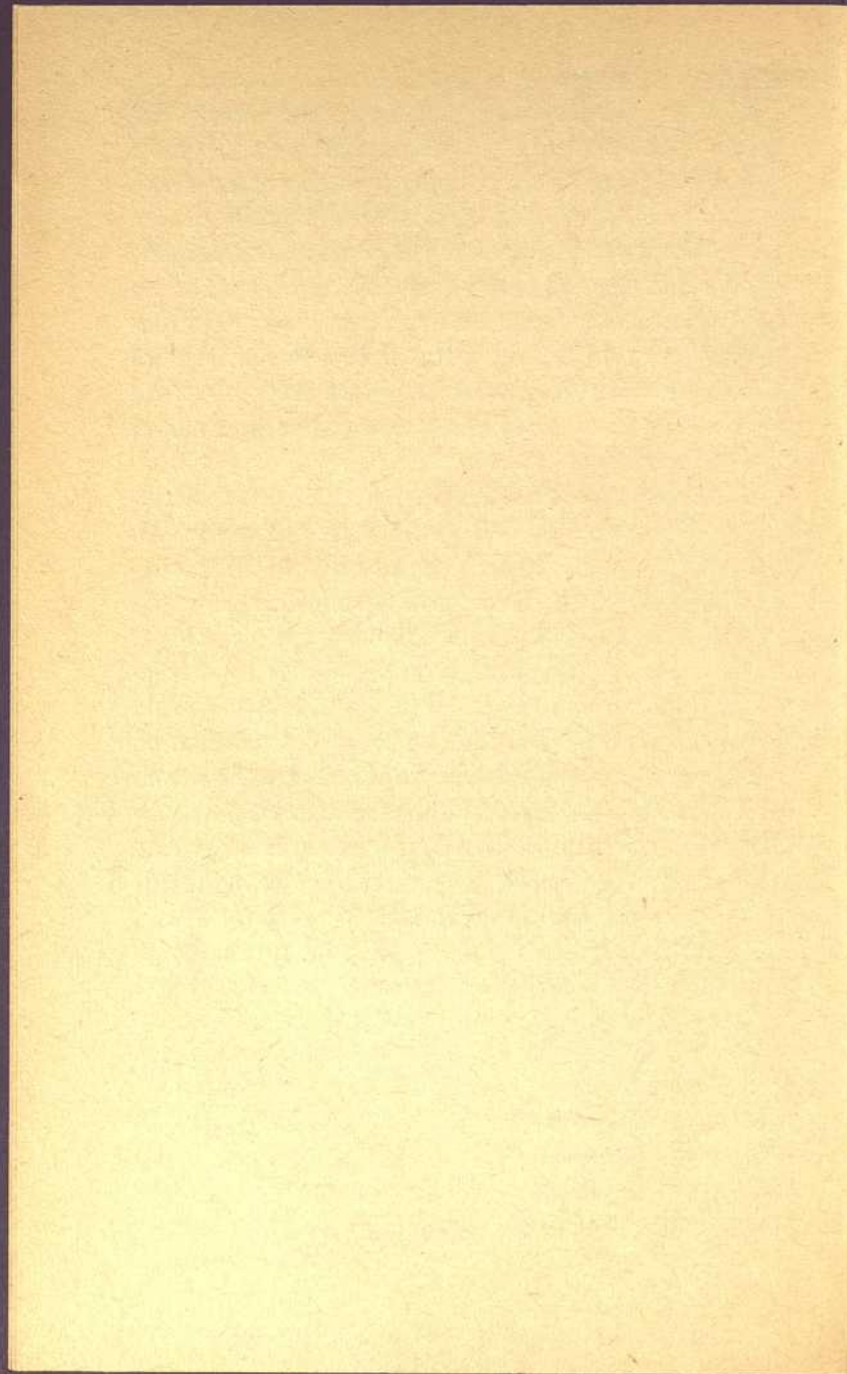
unos a otros sobre la calidad del extranjero. Llegó también a oídos del subprefecto, a quien se dijo en los informes que tomó que yo era el cardenal de Borbón y que el vicario eclesiástico estaba en el secreto, añadiéndole que iba a marcharme ocultamente a España con la señorita Mavil... en tanto que ésta había dado a componer el coche de viaje.

No fué menester nada más para excitar la curiosidad y vigilancia de aquella autoridad. Envié orden a mi protectora para que yo fuese a su casa lo más pronto posible. Me puse en cuidado por el nuevo aprieto que me aguardaba, mayormente habiendo sabido que hallándome en el paseo había estado a visitarme el procurador imperial. Vime perdido; pero para no dar que sospechar a mi Mavil... aparenté serenidad y majestad.

Muerto de miedo, como cualquiera podrá figurarse, llego a la casa del subprefecto. Éste me recibió con mucho agrado, me mandó sentar; y después de haberme preguntado por mi salud y por la de la señorita Mavil... me habló de esta manera: «No extrañe V. que le haya llamado, porque deseo salir de cierta confusión en que me veo: pretendo saber quién es usted y su estado, no quiero faltar a los respetos y honores que le sean debidos: sé que no es usted un simple religioso, y que no es suyo el nombre de que usa: usted es persona de mayor distinción: y así espero me sacará de toda duda.» Mi contestación fué la de asegurarle que yo no era sino un religioso franciscó subdiácono llamado Fr. Francisco Fernández, natural de Salamanca; y que su señoría había sido engañado si me suponía otro nombre y estado.

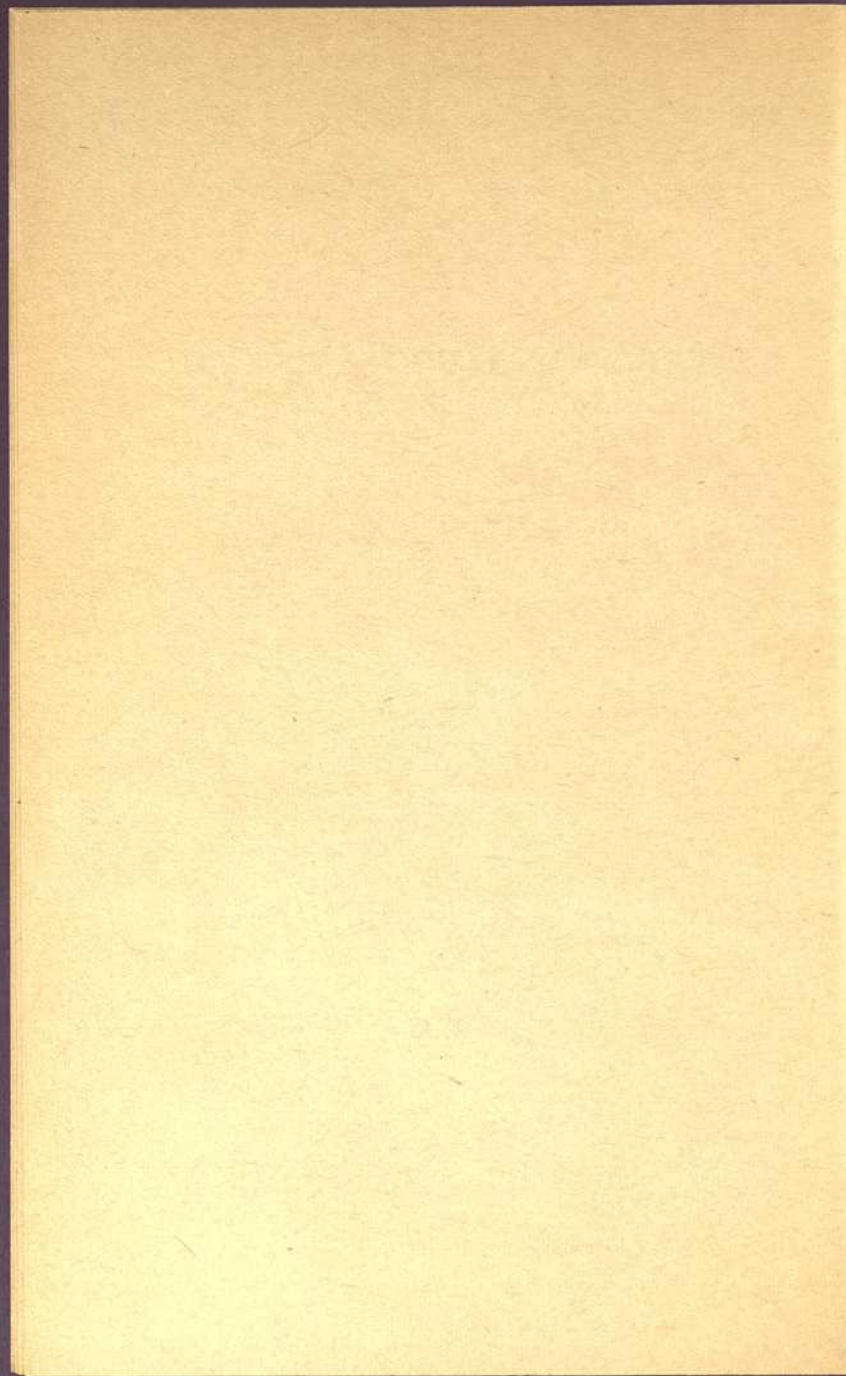
Cuanto más traté de persuadirle, tanto menos me creyó: y por fin me dijo: «No, señor; yo estoy muy bien informado de su persona y nacimiento: no sé qué fines le llevan a S. Em. a no querer declararse por el cardenal de Borbón: me consta la correspondencia que por expreso ha recibido de España: no ignoro las limosnas que ha prodigado a sus compatriotas prisioneros, las que no se avienen con el hábito de fraile francisco: y sé que trata usted de fugarse con la señorita Mavil... para casarla con el marqués de Sta. Cruz».

¡Qué apurada era mi situación! ¡Cuánto trabajaba mi imaginación! No sabía qué responder. Si sostenía mi papel, malo, porque no podía durar; si descubría el pastel, peor, porque me hubiera caído de vergüenza delante de mi amiga y del vicario general. Pero, en fin, adopté el medio de repetir al subprefecto que le habían informado mal y que no debía darme más honores que los que constaban en mi pasaporte. Replicó el subprefecto si me afirmaba a lo mismo; y respondíle secamente: «Señor subprefecto: mi palabra no es más que una». En este estado me mandó llevar a la cárcel, previniendo que se me tuviera sin comunicación en el cuarto más decente, sin faltarme nada; y dispuso que la señorita Mavil... guardase arresto en su casa hasta nueva orden.





ESTANCIA EN LIMOGENES Y EN EL
HOSPITAL DE SEDÁN



Pensamientos encontrados llenaban sucesivamente mi imaginación; lloraba sin cesar; y maldecía el instante que formé el proyecto de ser un héroe de novela, pues con haber declarado a la señorita Mavil... mi verdadero estado habría conservado su amistad, ganado mucho más su amor, y disfrutado sus riquezas de una manera más estable. No padecía yo menos pensando en el concepto que ella habría formado de mí; y me consoló algún tanto un billete suyo que recibí asegurándome de su afecto y entregándome su corazón para siempre, junto con un bolsillo que contenía la suma de dos mil francos.

Sin que se me hiciesen más preguntas, al cuarto día a medianoche llega un carruaje a la puerta de la cárcel; el carcelero me avisa que tome mi equipaje para salir de la villa; y bajo la custodia de ocho gendarmes soy conducido a Limoges.

Muy diverso fué el recibimiento de lo que esperaba. Se detuvo el coche a la puerta de la casa del general, y al apearme me abrazó la autoridad eclesiástica que me aguardaba, y me dijo: «Monseñor, no hay más que conformarse con la voluntad de Dios»; me tomó la mano y puso en ella un bolsillo con la suma de tres mil pesetas en moneda de oro española, añadiendo que él se encargaría de recoger las letras que me vinieran de España. Entramos juntos al gabinete del general, debiendo yo llevar

pintada en mi rostro la congoja y confusión en que me veía. Hubiera con gusto preferido quedar para siempre encerrado en un castillo, a haber de volver a recibir tantos obsequios; pero fuerza era seguir el empeño en que a pesar mío y por chanza me encontraba metido, bien que siempre con la misma resolución de negar para no resultar impostor y para poder decir que de los otros era la culpa de haberme creado cardenal.

Al vernos entrar el general, se dirigió a mí con velocidad, me dió un abrazo y me preguntó: «¿Qué miras puede tener V. Ema. en pasar trabajos manteniéndose incógnito?» Me rogó que no le tratase como a un superior sino como haría a un súbdito y leal vasallo de los Borbones, a quienes apreciaba, aunque en el día se hallaba bajo el Gobierno de...; y me suplicó que descubriese mi persona, pues estábamos solos con el vicario general, el cual se retiraría también si yo lo deseaba.

Respondíle: «mi general, me sorprende el tratamiento que V. E. me da; no soy el sujeto que V. E. cree; los papeles que V. E. tiene no son verídicos; el subprefecto está engañado: yo no puedo decir a V. E. otra cosa más.» A esto repuso con vigor el general: «No, Emo. señor; estoy muy bien enterado de todo, y bajo mi palabra de honor le prometo guardar el secreto si no quiere descubrirse al Gobierno; yo mismo le favoreceré con caudales y pasaportes para que nada sufra no descubriendo su persona».

Este lenguaje que creí sincero, bajo la esperanza de que no se hablaría más del asunto, de regresar luego a mi patria y salir de una vez de aquel be-

renjental, me hizo tomar la atrevida resolución de hablar al general en estos términos:

«General, bajo la palabra de honor que acabas de darme, pongo en tu noticia que soy el verdadero cardenal de Borbón; pero prefiero la suerte de simple eclesiástico a la que ha cabido a los príncipes mis primos».

El general guardó su palabra: y dándome las gracias por la confianza que acababa de hacerle, me manifestó que no le quedaba otro sentimiento sino el de no poder disfrutar de mi compañía, y el de haber de noticiarme que bajo la calidad de simple religioso, según las órdenes que tenía comunicadas, debía salir al día siguiente sin falta para Montmedy; añadió, no obstante, que no me afligiese porque el pasaporte llevaría la nota de que yo era un eclesiástico de distinción, en vista de lo cual sería mejor tratado; y me presentó para socorrerme la cantidad de 3.000 francos.

Dime mil enhorabuenas por el feliz éxito de mi última travesura; y llegué a creer que con esto daba fin a mis zozobras viviendo confundido entre los religiosos prisioneros; pero desgraciadamente a cada paso ocurrían nuevos lances que me comprometían seriamente. Se había divulgado la voz de que yo era cardenal; y cardenal debí ser, quieras o no quieras.

A las cuatro de la madrugada de aquel mismo día salí en un carruaje con la escolta de ocho gendarmes hacia la villa de Sedán, donde fui muy bien alojado en una de las mejores habitaciones del hospital, en virtud de recomendación que traía para las monjas de la Caridad. Dos días estuve sin

ver más que a una religiosa llamada hermana Francisca, hasta que vino a visitarme un español conocido por Salvador, sargento que había sido de las tropas del marqués de la Romana y casado entonces en dicha villa, por habérselo instado dicha religiosa, diciéndole que yo era una persona distinguida de España.

Entró, en efecto, junto con dicha hermana en mi aposento, hallándome en cama con motivo de una pequeña indisposición; no habló una palabra; se puso a mirarme hito a hito con la mayor atención; y al cabo de dos o tres minutos prorrumpió de esta manera: «¡Qué desgracia es la de V. Ema.! ¡Cómo! ¿V. Ema. en un hospital?...»

Recibí con estas palabras otro golpe fatal por los nuevos apuros en que iba a verme. Contesté al español: «Caballero, usted se engaña, pues yo no tengo semejante tratamiento, y soy un humilde religioso». Replicóme por el mismo estilo, diciendo que me conocía muy bien porque era hijo de Toledo y su familia vivía frente del palacio arzobispal, habiéndome visto más de cuatro veces en el paseo y en la iglesia. En esto la monja, conociendo que nos empeñábamos en algún asunto de interés, se retiró, dejándonos solos.

Apenas hubo ella salido, volvió a decirme con la mayor firmeza el español que no dudase de que me conocía tanto como a su padre. Negué una y mil veces; pero, viendo la inutilidad de mis persuasiones, y recordando que me salió bien la confesión pocos días antes hecha al general, adopté el mismo plan. Hícele prometer guardar secreto, y me di a conocer por el cardenal de Borbón.

Este segundo depositario de un fingido secreto, no se portó con la lealtad del primero. Las monjas, advertidas por la hermana Francisca de que mi persona encerraba algún misterio por lo que había presenciado, estuvieron espiando el momento de la salida de Salvador para interrogarle. Éste salió perturbado y no pudo ocultar su agitación; esto avivó más la curiosidad de aquellas buenas mujeres; las preguntas se sucedían rápidamente; se vió apurado entre una docena de mujeres preguntonas, como buenas monjas; y para desprenderse de ellas ofreció revelar el secreto a la sola superiora, bajo palabra de que ella lo guardaría, y le dijo que yo era el Emo. D. Luis María de Borbón, arzobispo de Toledo y cardenal de la Escala, primo del rey de España y de la emperatriz de Francia. Repitió en prueba de su aserto todo lo que me había dicho poco antes, corroborándolo con la sorpresa que mi vista le causó; de lo cual anticipadamente había tenido noticia dicha superiora por la relación de la hermana Francisca.

En seguida Salvador y la superiora discurrieron cómo cambiarme de habitación sin que yo advirtiera el motivo, y sin que sospechara que aquél faltó a lo prometido. La hermana Francisca y otra viejecita vinieron a decirme que me vistiese para trasladarme a otra parte; y se marcharon diciendo que volverían dentro de un rato. Cumplieronlo así, y me llevaron a un salón donde había varias religiosas. Sentéme en una silla destinada para mí, y quedé asombrado mirando a todas partes y esperando el objeto de aquel congreso. La superiora conoció mi turbación, y trató de disiparla pre-

guntándome, con sonrisa, si me incomodaba la compañía; contesté que me sucedía todo lo contrario.

En este estado llegó una linda monja de dieciocho años, y dirigiéndose a la superiora le dijo que todo estaba preparado. Ésta me cogió entonces de la mano, y junto con dicha monjita me condujeron a una muy adornada habitación que rehusé aceptar, por no convenir a un religioso. Quise volverme a la que acababa de dejar; y he aquí que la superiora se hinca de rodillas, y dándome el tratamiento de Eminencia, me suplica que la acepte, aunque no era la que me correspondía; añadió ser la que ocupaba la hermana María, sobrina del general Mach..., presente en aquel acto.

Echéle una buena mirada, y le hice un cumplido; me pareció aún más hermosa que la vez primera que le dirigí la vista; y quedé muy gozoso de que la superiora dejase a su cargo mi asistencia. Hablaron ambas sobre las disposiciones que debían tomarse para que yo estuviese bien servido; y cuando hubieron concluído, pregunté a la superiora quién había descubierto mi secreto. No me pareció regular entrar de nuevo en el empeño de negar; y me convenía ya un tanto el ser tenido por cardenal para ver y hablar de cerca a la hermanita María.

Nada contestó la superiora; y prorrumpiendo yo en agrias quejas contra Salvador porque había faltado a una promesa hecha a mi real persona, se postraron a mis pies las dos monjas pidiendo que le perdonase, pues reveló el secreto importunado por ellas: «Levantaos — les dije —, hijas mías; ya está perdonado; pero con tal que vosotras y él lo guardéis inviolablemente, porque tengo podero-

sísimos motivos para permanecer incógnito». Así me lo aseguraron; y la superiora disculpó a las otras monjas de no haberme dado el tratamiento que me convenia por no ser sabedoras de mi alto rango; solicitó luego permiso para presentarlas a recibir mi bendición, diciendo que más valía enterarlas de todo y mandarles guardar secreto por obediencia, que dejarlas en las sospechas concebidas de que en mí había algo de extraordinario. No me agradó demasiado tanta publicidad, ni fié mucho en el voto de obediencia; pero, una vez empeñado por mil, dije en mi interior, empenémonos por mil y quinientas, y acordé el permiso solicitado.

La madre superiora se salió inmediatamente de mi cuarto y me quedé solo con la hermana María. Estuvimos un rato silenciosos, hasta que buscamos conversación en lo apacible de la estación, y en lo ameno del sitio; y cuando principiaba yo a particularizarla sobre lo que pudo inclinar a una niña de tantas prendas a abrazar aquel género de vida, entró la superiora con doce religiosas, la mayor parte muy agraciadas; y puestas todas de rodillas me pidieron la bendición y que las reconociese por hijas.

Hube cuasi de pellizcarme para no perder la gravedad; me armo de todo el valor que necesitaba para no echarlo más a perder; les doy con majestad mi bendición; y alargándoles la mano para que la besasen, les ayudo a levantarse, y les pido que rueguen a Dios me saque del cautiverio, ofreciéndoles una buena pensión anual durante mi vida.

Me dejaron por fin solo; y yo prorrumpía en risas de cuando en cuando, como si me hubiese vuel-

to loco. Pensaba con lo que dirían en mi regimiento si sabían la comedia; no menos me entretenía el discurrir sobre las cruces que se harían las monjas al descubrirse tanto enredo; y me divertía con las escenas que aún me aguardaban. Eché, por fin, mi capa al toro, y «al menos — dije —, nadie me quitará el haber salido de la miseria y pasádoelo mejor que el mismo Rey Fernando, y haberme burlado de una nación que ha causado la desgracia de mi patria».

Llegó, entretanto, la hora de comer, de la que fuí avisado por la superiora en persona; y habiéndola rogado que me acompañase, lo rehusó bajo pretexto de que no podía hacer falta en el refectorio, pero añadió que daría orden a la hermana María para que lo hiciese en su nombre. A decir verdad, no me desagradó el cambio. Llegó, en efecto, a poco rato; y después de los cumplidos debidos a mi alta clase y de un intervalo de conversación indiferente, me dijo muy lastimosamente: «¡Ah, señor; si V. Ema. me permitiera decir lo que mi corazón siente!»

Me prometí una nueva aventura, sin poder, empero, adivinarla por el respeto que mi dignidad debía infundir a aquella inocente niña. Le contesté con majestad mezclada de galantería que hablase y obrase, no siendo cosa contraria a la obediencia debida a la superiora y a los preceptos de la religión. Tomó entonces la palabra y dijo que a ninguno de estos sagrados objetos creía faltar poniendo conforme ponía a mi disposición los caudales y un reloj de oro que le remitió su tío. Acepté esta última prenda, pero no el dinero por en-

tonces, porque, aunque no lo tenía, tampoco me hacía falta y esperaba muy en breve letras de España con todos mis equipajes.

No quedó mi monjita satisfecha con esto, porque su ofrecimiento era hijo de sincera y buena voluntad. Exigió que permitiese llamar a un sastre porque mis ropas no eran las que me convenían; y para vencer mi resistencia, me recordó el permiso de hacer lo que no se opusiese a la religión. ¿Quién a la vista de tan dulces súplicas fuera capaz de no ceder, aunque hubiese sido un cardenal verdadero y no *in partibus* como yo?

Concluído esto, nos sentamos a la mesa, y procuré obsequiar a mi compañera todo lo que supe y era compatible con nuestro estado respectivo; ella se retiró luego de haber comido, y una hora después volvió a entrar junto con un caballero que, haciéndome un saludo con la cabeza, se quedó mirándome de arriba abajo y se salió haciendo otra igual demostración. Poco pensaba yo que este sujeto fuese un sastre; pero me lo persuadió su segunda visita que hizo al cabo de dos días, trayendo un paquete de ropa que expresó dejaba por disposición de la hermana María.

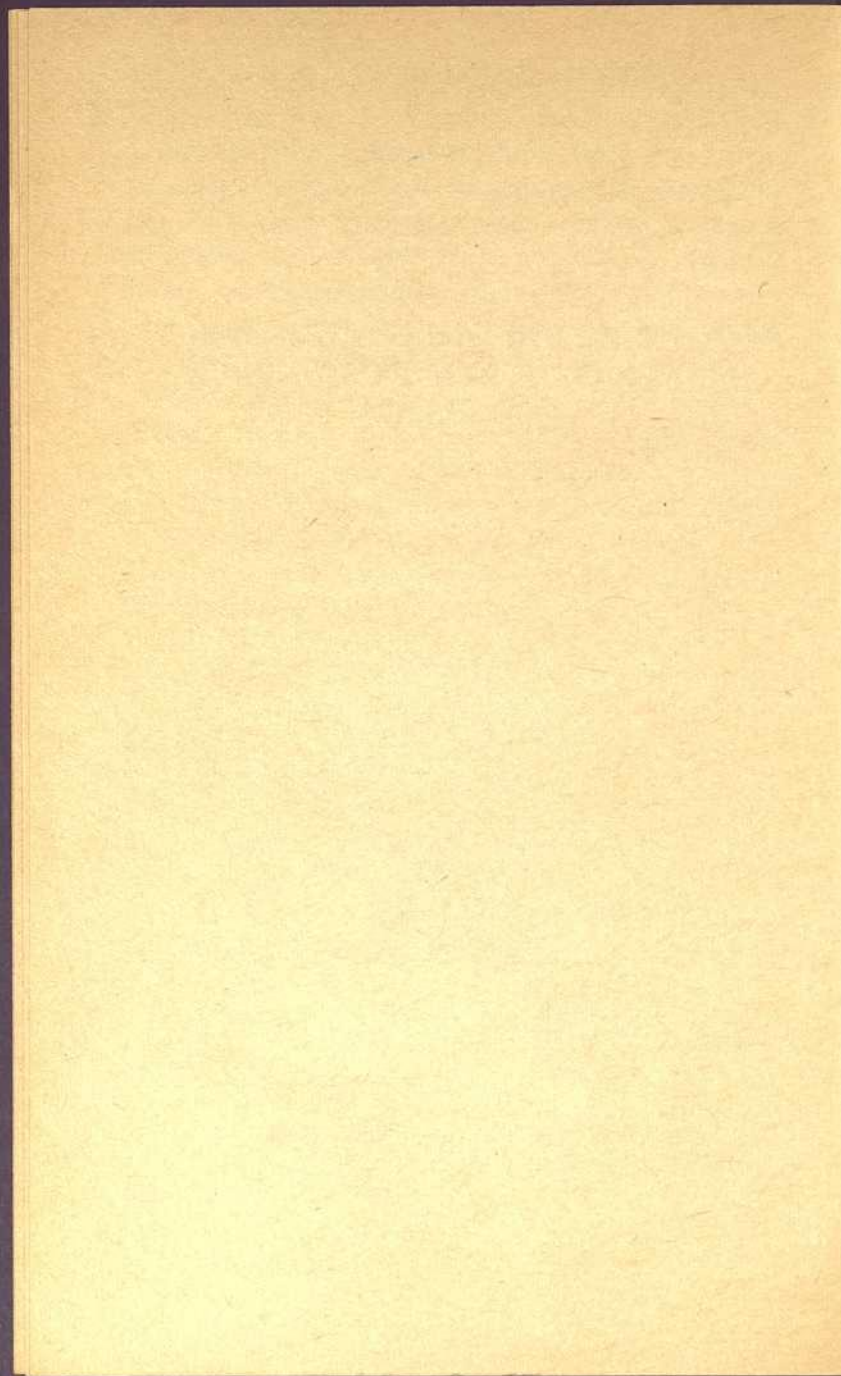
Confieso que fui curioso de examinar lo que contenía: ¡y cuál fué mi sorpresa al ver un traje completo de cardenal!

«Adiós — dije —, secreto; todo se ha hecho público ya; y no hay más remedio que seguir el viento y la tormenta». Consolábame no poco el saber que en aquel reino no había Inquisición, y el pensar que no era probable se me aplicase pena de muerte.

Al entrar después mi monja, hice el ignorante de lo que contenía el paquete y tomándolo ella, me dijo: «Aquí tiene V. Ema. la ropa que le corresponde». La tomé y miré afectando sorpresa, e hice a su autora mil reconvenciones por haberlo dispuesto sin mi autorización, asegurándola que de ningún modo vestiría dichos ornamentos porque era forzoso permanecer incógnito.

Se redoblaron extraordinariamente los ruegos y súplicas de la monjita; yo deseaba de otra parte complacerla y ganar su afecto; llegó en esto la superiora, que instó lo mismo; y persuadido de que la casa del sastre había sido un público pregón, me decidí a usar el nuevo traje, abandonándome enteramente a la suerte, resuelto a todo.

RECEPCIÓN DE AUTORIDADES Y
NUEVA VISITA A PRISIONEROS
ESPAÑOLES



Se retiró la hermanita para darme tiempo de vestirme; por si me observaban me arrodillé como quien hace un rato de oración; deslié en seguida el paquete y encuentro por primera prenda una preciosa cruz de oro y un anillo con un diamante; saqué lo demás que registré de arriba abajo dándole vuelta: no sabía cómo ponerme los vestidos ni por dónde empezar, porque en mi vida las había visto más gordas, y me arrepentí de mi arrojó, pues iba a quedar mal en lo que al parecer debía presentar menos dificultad.

Afortunadamente hice memoria de que en una antesala, aunque bastante obscura, existía un retrato o imagen de algún santo cardenal; y por él saqué el orden de mis vestiduras. Héteos aquí a un pobre sargentillo hecho de repente un prelado de la Iglesia. Sólo me faltaba poner la cruz y el anillo, cuando entró la monjita; y ella, según dijo, quiso tener el honor de ponérmelo por sí misma.

Llegaron en esto la superiora y demás monjas, que quisieron recibir mi bendición, y se la di sin hacerme rogar. Todas me ofrecieron sus personas y escasas facultades; y dándoles por ello las más expresivas gracias, les pedí que rogasen al Señor en sus oraciones por mi salud, y para que me restituyese cuanto antes a mi silla, en cuya ocasión sabrían quién era el cardenal de Borbón, señalán-

doles por de pronto la pensión de mil francos a cada una durante mi vida.

Es inexplicable el gozo de aquellas buenas mujeres. Se pasó aquel día sin ofrecerse otra cosa remarkable. Al siguiente entró la superiora en mi habitación junto con dos señoras, la una de las cuales era la baronesa de... y la otra había sido camarista de la reina Antonieta de Francia. Leyó la superiora en mi interior la sensación que me había hecho aquella visita, y principió excusándose con la calidad de las personas y con que eran de toda confianza y podían, con su amena conversación, disminuir el fastidio que debía causarme la soledad. No había ya remedio; y fué preciso dejar de mostrarse enojado.

Se arrojaron ambas a mis plantas: la camarista prorrumpió en amargos sollozos, recordando las desgracias de su ama, y manifestó satisfacción al mismo tiempo por habérsele proporcionado la ocasión de besar la mano de un Borbón. No pude menos de enternecerme, y la levanté cogiéndola de los brazos, suplicándole que no se afligiese ni contristase más mi corazón.

Serenados los ánimos, sacó la baronesa de su bolso una caja de oro para tabaco con un retrato de Luis XVI, y me dijo le perdonase la libertad que se tomaba de ponerla a disposición mía, no por su valor, sino para que yo tuviese el gusto de besar la imagen de aquel mártir de la Iglesia y primo mío. Tomé la caja; miré el retrato; y como hubiese principiado a fingir era del caso hacerlo bien, saqué mi pañuelo y figuré enternecerme. Entró cabalmente la monjita en el acto que hice la demostra-

ción de acercar mi pañuelo a los ojos, y me quitó la caja de la mano para hacer cesar mi aflicción.

La tenía, en verdad, pero era porque no consideré bastante pagado el peligro a que me exponían tales enredos. Se marcharon por fin aquellas señoras pidiéndome licencia para visitarme diariamente y se la concedí, encargándoles estrechamente el secreto. Lo prometieron, mas no esperé demasiado que lo cumpliesen, aunque eran señoras de calidad: secretos confiados a mujeres me engolfaron en un plan que por fin de fiesta terminó con mi prisión. El sastre fué el único que calló; y el haberlo yo creído al revés, fué la causa de que tomase el traje de cardenal y me comprometiese hasta un grado que ya no fué posible retroceder.

Se pasó un mes de esta manera; recibiendo visitas de dichas señoras y de otras agregadas que me regalaban fondos. Cierta sábado que el vicario general había venido para confesar a las monjas, la superiora le dijo que no se fuese sin subir a visitar a una persona que había en la habitación de la hermana María. Le acompañó dicha superiora, sin advertirle previamente la menor cosa, y fué grande su sorpresa al encontrarse en la presencia de un cardenal, sin saber cómo ni por dónde había llegado a la villa.

No es fácil ponderar el aturdimiento de dicho eclesiástico, anciano que contaba por lo menos la edad de sesenta y cinco años; me causó verdadera compasión; y ésta es la vez que cuasi me pesó más el haber usado de tanto fingimiento. Procuré darle espíritu y le ayudé a levantarse de mis pies: en este estado le preguntó la superiora, sonriéndose,

si sabía con quién estaba y a quién había pedido la bendición. Respondió que bien sabía que era un príncipe de la Iglesia, pero no tenía el honor de conocerme. Y al saber mi nombre y cualidades volvió a arrodillarse pidiendo le disimulase la libertad que se había tomado de entrar en mi gabinete, aunque acompañado de la madre superiora. Después de un rato de conversación, durante la cual quedó el cura muy satisfecho de mis fingimientos, se retiró afreciéndome con vivas instancias sus bienes y persona.

Apenas había bajado la escalera, entró riéndose mi monjita de lo mucho que el cura había reñido a la superiora por no haberle avisado de antemano; y me dijo que no tardarían a llegar por disposición suya una docena de botellas de vino generoso; como, en efecto, así se cumplió.

Otros quince días se pasaron sin más ocurrencias particulares, sucediéndose las visitas y regalos de las señoras y del cura iniciado en tan altos misterios. Durante aquéllos se divulgó el secreto en el depósito de prisioneros españoles que había en un pueblo distante cuatro leguas. Vinieron a tropel algunos sargentos y varias mujeres, presentándome memoriales para que les socorriese; y ninguno se marchaba desconsolado.

No tardó a llegar todo esto a noticia del Gobierno. Cierta día, hallándome con el vicario general y la monjita, vino la superiora muy ufana, cómo si hubiese ganado un jubileo, y nos contó que acababan de estar en su habitación el general y el prefecto a informarse de la verdad del hecho, y que

no había podido menos que hacerles una explicación minuciosa de todo, sin descuidar la advertencia de que S. Ema. se hallaba de incógnito. Añadió que en vista de todo esto le habían manifestado que al otro día vendrían a tributar el debido homenaje a mi real persona; que le señalase la hora.

Recibí un golpe fatal. Fluctué sobre lo que debería practicar, y por todos lados se me ofrecían terribles escollos. Reflexionaba que si entre las personas que viniesen a obsequiarme había alguna que conociera al verdadero cardenal estaba perdido, y la vergüenza y la desesperación serían el pago de mi atrevimiento, y que si me resistía a recibir a las autoridades daba que sospechar a las monjas, al vicario general y las demás personas de quienes me era sumamente grata y útil la amistad y confianza. Es inexplicable mi confusión. como podrá imaginárselo cualquiera poniéndose un momento en mi lugar: jamás el negocio había tomado un carácter tan serio; pero por fin, llamado a mi socorro todo el valor y constancia que había aprendido en los combates y fatigas de la guerra, resolví sostener mi papel y mi palabra. Dije en consecuencia a la superiora que hiciese saber de mi parte al señor general y al prefecto que a las once de la mañana me encontrarán dispuesto a recibirles.

No dormí ni descansé un instante aquella noche; toda entera la pasé cavilando sobre mi futura suerte, y a veces me pareció que desde el besamanos iba sin remedio a un calabozo. La dificultad estaba principalmente en el modo de evadir algunas preguntas que indefectiblemente se me harían, pero creí vencerla mediante afectar ignorancia del idio-

ma; responder bien chapurradamente de manera que no me entendiesen ni se atreviesen a repreguntarme; y revestirme de un aire majestuoso e imponente que les retrajese de importunarme con demasiadas cuestiones. Formada así mi resolución, me levanté a la hora acostumbrada.

Llegó al cabo de poco la monjita encargada de mi servidumbre y me rogó que me retirase a la habitación de la superiora, a fin de adornar la mía para el recibimiento del general y del prefecto. Obedecí, pero con un corazón tan oprimido como pueda tenerlo un reo al trasladarse a la capilla.

Después de hora y media viene mi monjita, y tomándome la mano me conduce otra vez a mi aposento, que encontré adornado con colgaduras de seda, un dosel de terciopelo morado con tres sillas poltronas de lo mismo, una rica araña de cristal, candeleros que parecían de oro, y ramilletes de flores por todas partes. Me pareció entrar en el paraíso; mas mi espíritu no estaba dispuesto a gozar sus dulzuras: todo mi anhelo era mirar el reloj y contar los minutos que faltaban para las once.

Estaba también conmigo la superiora, y entrando la portera le dijo que el general y demás autoridades acababan de llegar y la aguardaban en su habitación para hablarla. Se fué corriendo: el general la encargó me entrase recado para saber si estaba dispuesto a recibirle, y respondí que pasasen adelante.

En ninguna acción de guerra necesité tanta serenidad y valor como en esta ocasión. Entran el general y el prefecto con toda su corte compuesta de unas veinte personas; me levanté de mi sillón

colocado bajo dosel; hice señal de venia al general, destinándole la silla que estaba a mi derecha; luego ejecuté lo mismo con el prefecto, colocándolo a mi izquierda; y en seguida dirigí la voz a los demás para que se sentasen, conforme así lo ejecutaron.

El que primero me habló fué el general, diciéndome que había quedado absorto al tener la noticia de mi desgracia y que deseaba saber la historia de este suceso extraordinario. Aquí fué preciso aguzar mi ingenio, y para ganar tiempo y prevenirme le contesté: «General, es muy largo de contar, y únicamente hallándonos solos podré explicártelo...»

Después de esto, y mientras estábamos en conversación sobre puntos indiferentes, entró una monja el recado de que las señoras del general y del prefecto deseaban besarme la mano; di, acto continuo, mi permiso, y vinieron acompañadas de la misma monja; me levanté al divisarlas, y al llegar cerca de mí se arrodillaron a mis pies, tomándome la mano para besarla, y se lo permití. El general cedió la silla a la señora del prefecto, y éste a la del general; y héteme aquí colocado en medio de dos damas principales y no malas mozas.

Se retiraron las autoridades con su comitiva, besándome todos la mano y diciéndome el general que volvería después de comer. Quedé solito con las dos señoras, que por cierto no me desagradaban, muy contento de haber salido de aquel paso con felicidad, aunque con zozobra por el que me esperaba dentro pocas horas. Ambas señoras se despidieron por fin también, ofreciéndome sus personas y cuanto poseían.

Se acercó la hora de comer y me senté a la mesa con mi monjita, como era de costumbre, y estando comiendo, llegó una guardia de honor de un sargento, un cabo y ocho soldados que me mandó el general, junto con una ordenanza de gendarmería que estuviese a mi disposición. Todo iba bien, subiendo yo a cada paso de tren y ostentación para que fuese de más alto y más peligrosa la caída.

Apenas nos habíamos levantado de comer, llegó otra vez el general; nos quedamos solos; principié la historia de mi desgracia, que procuré fuese corta y enigmática, y el general demostró quedar satisfecho, tal vez por política, y creído quizá también de que yo, por la misma causa, nada refería de interesante. Sea como quiera, no vaciló un momento en orden a creer que yo era el cardenal de Borbón. Me convidó a dar un paseo; llamó a la ordenanza para que la generala viniese a buscarnos con el coche, y al parecer estaba ya todo prevenido de antemano, pues al instante llegó dicha señora con el coche y sus cuatro caballos ricamente enjaezados. Al mismo tiempo se presentaron a la puerta ocho coraceros con un sargento y un cabo.

Más habilidad había en contener la risa que de cuando en cuando me acometía con vehemencia, que en representar tal alto puesto. ¿Quién era capaz de contenerse al ver los batidores preparados? El general pidió mi beneplácito para dirigirnos a un pueblecito distante media hora, levantado por los españoles prisioneros; y se lo acordé; hizo en seguida adelantar cuatro coraceros a todo escape hacia el pueblo, a fin de avisar a las autoridades

que nos recibiesen conforme correspondía; y caminando nosotros despacio para dar tiempo, el general obsequiaba a mi monjita que me servía de paje, y yo a su señora.

Fuimos recibidos con repiques de campanas, y sólo se oían repetidos gritos de ¡viva el cardenal de Borbón! Las autoridades y personas de distinción nos salieron al encuentro; bajamos del coche, y era preciso que los coraceros nos hiciesen paso entre la multitud que se agolpaba para verme y besarme la mano. Nos condujeron en derechura a la iglesia, y de allí a visitar lo más precioso de la población. Repartí bastante dinero entre los españoles que trabajaban en obras públicas, y no fui menos generoso con algunos pobres franceses.

Regresamos antes de anochecer; y durante el camino yo mismo estaba admirado de mí por la seriedad con que me portaba, y por el engaño que tenía a tantas personas respetables. Nos apeamos en el palacio del general, donde entramos, y después de sentados en un gabinete, me preguntó la generala si estaba fatigado, porque el carruaje no era muy cómodo; respondí con el cumplido adecuado a tanta cortesía. Era una señora de treinta y tres años de edad, bastante bien parecida; su marido pasaría, sin duda, de los sesenta; su amable conversación y trato me interesó en extremo, y llegué a formar el atrevido concepto de que yo no le era indiferente, en tanto que tuve motivos fundados de sospechar que hubiese causado celos a su esposo.

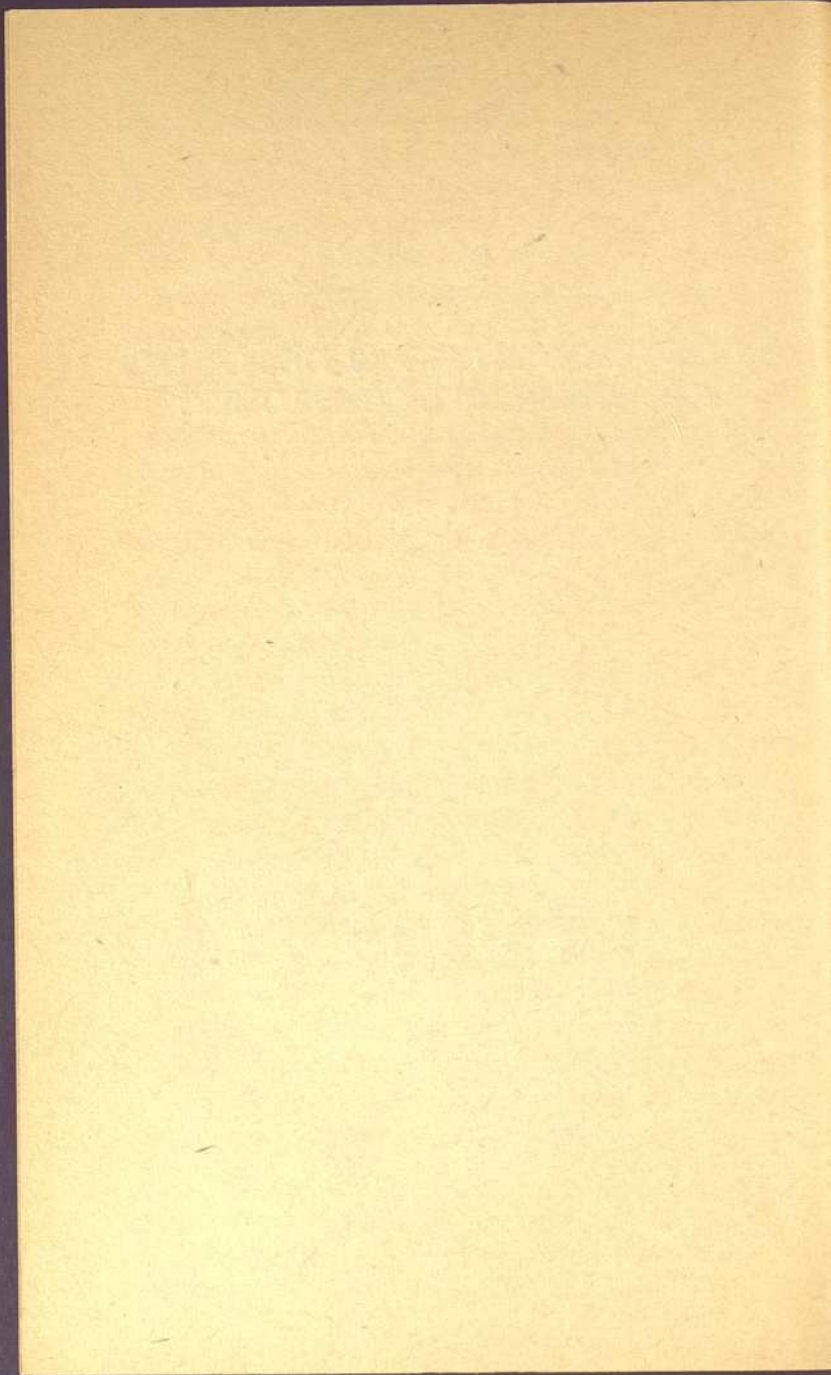
Nos retiramos, por fin, al convento a las once de la noche, acompañándonos el general y varios oficiales que estuvieron de tertulia. Quedé libre de

tanto cortesano que me rodeaba y abrumaba; y solo con mi monjita, a quien observé bastante mal humor durante la tarde y noche, le dirigí la palabra, y me respondió con un tono grave y no acostumbrado. Luego conocí que esta seriedad era causada de celos; pero quise saberlo por ella misma; no fué difícil, porque eran todavía más sus ganas de decirlo. Contestó a la pregunta, que todos mis obsequios habían sido para la generala, con quien me había divertido perfectamente sin hacer caso alguno de ella; y aunque traté de persuadirla de que nadie más poseería mi estimación, y que era preciso entre las personas de alto rango usar de aquellos cumplimientos, no creo que quedase satisfecha. Manifestó, sin embargo, estarlo al despedirse para trasladarse a su habitación.

Agitada, en consecuencia por otro estilo, se pasó aquella noche. Era muy temprano todavía, pues apenas serían las ocho de la mañana del día siguiente, cuando vino el general y me hizo darle la palabra de comer con él: lo cumplí; y se repitió lo mismo otras veces. Igualmente le tuve yo convidado; y de este modo, sin acontecer novedad notable, se pasó cosa de un mes, visitándome con frecuencia las personas principales de la villa y recibimos de ellas muchas cantidades de dinero.

Parecíame ya que esto debía durar siempre así, sin ocurrencia alguna que me comprometiese; y sobre todo estaba muy lejos de recelar que me esperase una de tanta gravedad como la que se oirá.

ES INVITADO A OFICIAR DE PONTIFI-
CAL Y BURLA EL COMPROMISO



Cierto día por la mañana me entró recado la monjita, de que estaban allí el general y el prefecto, quienes querían hablarme. La visita de los dos juntos me pareció tenía algo de extraordinario, y se aumentaron mis zozobras cuando principiaron diciendo que venían para que les acordase una gracia en la cual ellos y la población tenían el mayor empeño. Exigieron antes mi palabra de que les complacería; y habiéndola obtenido mientras de ello no resultase perjuicio a mi salud y a mi estado, dijo el general que venían en nombre de las autoridades y del pueblo a rogarme que el día siguiente celebrase los oficios divinos, por ser el del santo patrón de la villa. Añadió que era costumbre solemnizarlo con pompa, y que aquel año sería completa haciéndoles yo tanto honor.

Recibí un golpe mortal: no sabía qué responder; buscaba excusas, y por todos lados eran soltadas las dificultades. Me veía altamente comprometido, y confiando en mi travesura de ingenio determiné contestarles que lo haría. El caso era salir del apuro del momento y ganar tiempo para resolver después con más acierto cuando me encontrase metido en un ceremonial acerca del cual no entendía palabra. Traté, sin embargo, de tranquilizarme en la parte que pudiera esto parecer un desprecio de la religión, diciéndome a mí mis-

mo que no lo hacía sino para aliviar mi desgraciada suerte, para auxiliar a mis compatriotas, y para vengarme de esta manera, ya que no podía con las armas, de una nación que causaba la ruina de mi patria.

Me dejaron por fin solo; y esto era lo que yo deseaba para entregarme enteramente a discurrir los medios de salvarme de aquella tormenta. Ningún pensamiento me parecía bien; y tan pronto me ocurría una idea, como las dificultades que la hacían impracticable o poco verosímil. Mi agitación fué extremada todo aquel día; y la noche la pasé sin cerrar los ojos un instante. Era muy de mañana que me levanté sin haber todavía resuelto cosa alguna, y entre las muchas que me ocurrieron como mejores dejé la elección para el momento más crítico, según las circunstancias.

A las ocho y media se presentaron tres ricos coches a la puerta; toda la guarnición estaba formada; a las nueve y media llegaron las autoridades a buscarme para acompañarme a la iglesia; se me dijo que todo estaba preparado; el general expresó que a la vuelta iría a su casa a comer con él, y que también vendrían la superiora y la monjita, y di en consecuencia, la orden para marchar.

Salimos atravesando por medio de un inmenso gentío que había acudido de todos los pueblos situados a tres leguas en contorno, con música, gritería y repiques de campanas. Llegamos a la iglesia, habiéndonos recibido en la puerta seis capellanes y el vicario general, quienes me condujeron al altar mayor, donde hice oración por mucho más tiem-

po del regular, a fin de discurrir lo que debería hacer. Apurada era la situación del pobre cardenal, y confieso que se hallaba deprimido mi espíritu.

Como la iglesia no era muy grande y estaba, de otra parte, sobrecargada de gente, me pareció que lo mejor era fingir una congoja, de cuya realidad no estaba muy distante por lo combatida que se encontraba mi imaginación, y por lo poco que había comido el día anterior. Tomada esta determinación, me dirigí a la sacristía y me dejé caer encima de unas tablas. Los circunstantes se disputaban el honor de socorrerme; otros fueron a avisar la novedad al general; luego corrió la voz entre la gente que había en el templo, y lejos de haber nadie sospechado que fuese una ficción, todo el mundo fué de dictamen que así debió suceder, atendido el mucho gentío y el grande calor que hacía.

Me frotaron las sienes y labios con espíritus, y cuando principié a dar muestras de un poco de alivio, pedía agua. No hubo quien se atreviese a recordarme que debía ir a celebrar, y esto era lo que yo quería; bebí, y en consecuencia se dispuso que supliese mis veces el capellán destinado para decir la misa postrera.

Permanecí en la sacristía muy obsequiado del general y de otras personas que no me dejaron. Yo me iba aliviando a proporción que se concluía la misa; el general deseaba que nos retirásemos; yo, para mejor representar el papel, y con el objeto de no dar que sospechar contra la identidad de mi persona, dije que quería salir a dar la bendición al pueblo. El general y su esposa lo resistían por temor de un nuevo accidente; pero en vista

de mi resolución, manifestaron agradecer tanta bondad.

Tomé, en efecto, la sobrepelliz y la capa, y agarrado de las manos del general y del cura, me coloqué en el centro del altar mayor y di mi bendición; después de lo cual volví a la sacristía aparentando hallarme muy fatigado. Todas las personas que me rodeaban elogiaron como un acto de valor el simple hecho de haber andado media docena de pasos para bendecir al pueblo; y me lo agradecían como un favor extraordinario y singular.

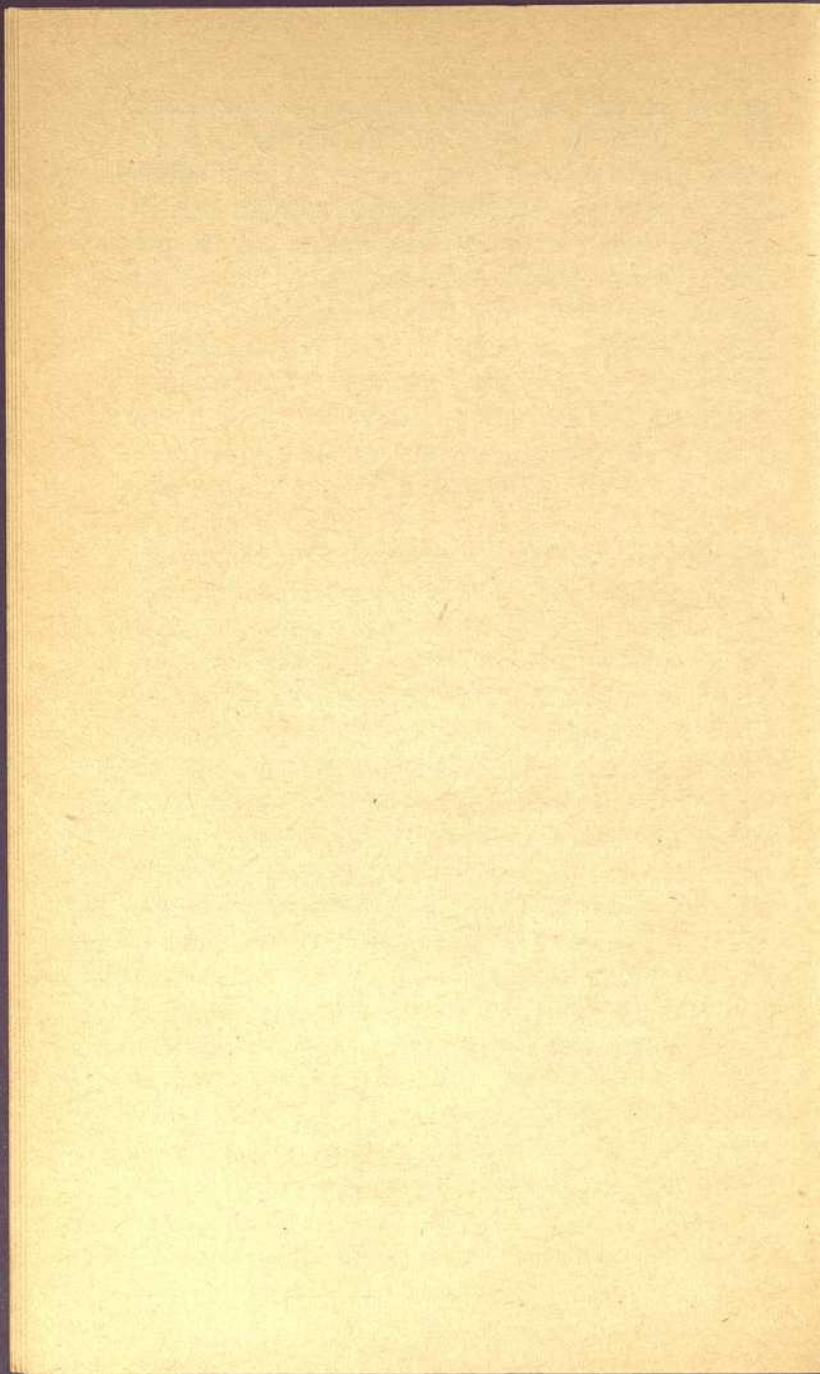
Yo quedé todavía más satisfecho que ellas de esta memorable jornada; me parecía un sueño lo que estaba pasando, y a pesar de verlo, no podía cuasi creer que nada se sospechase de mi farsa. Salimos por fin de la iglesia y llegamos a la casa del general, donde había una fuerte guardia que me hizo los honores correspondientes a una persona real. Continué haciéndome el fatigado, y las dos monjas y la generala no cesaban de observarme y preguntar por mi bienestar.

Procuré, no obstante, mostrarme poco a poco enteramente restablecido, porque se acercaba la hora de comer y debía reemplazar lo perdido durante las veinticuatro horas de terribles angustias. Veintidós personas nos sentamos a la mesa, habiendo durado la comida desde las dos hasta las seis; y luego fuimos a dar un paseo, acompañando yo a la generala, y el general a la superiora y a la monjita, viniendo además un séquito de oficiales y otras personas de distinción.

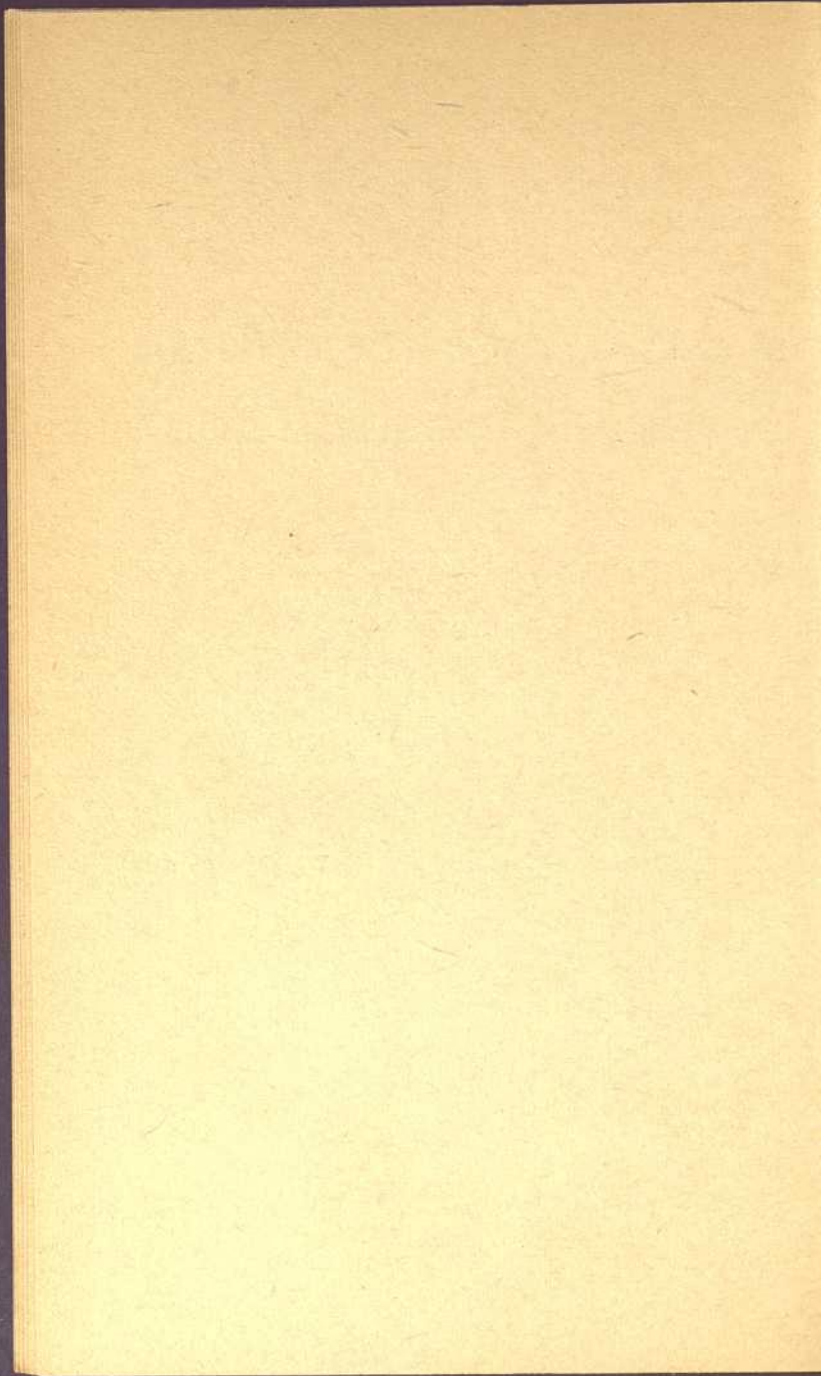
Hubo aquella noche gran tertulia en la casa del

general. Había preparada, entre otras diversiones, una orquesta, que según me dijo estaba expresamente destinada para obsequiarme. Le di a entender que otra vez podría excusarlo porque esto no convenía a mi estado ni lo permitían las circunstancias de una guerra tan sangrienta como era la que se hacía en mi país. Replicó entonces el general: «Si S. Ema. gusta, se mandará suspender, porque no tengo aquí otra persona a quien obedecer más que a S. A.»; pero yo respondí que no quería privar a los concurrentes de aquella diversión.

Entramos en seguida en el salón de música, adonde se trasladó también lo más escogido de la reunión. Avistarme, levantarse todo el mundo, y romper la música, todo fué obra de un momento. Luego después de este saludo, parando la música, me pidieron las señoras mi bendición, que les di levantándome y poniéndose ellas y demás personas de rodillas: y consecutivamente, previo permiso que me pidió el general, principió el concierto. No se tocaba ni cantaba pieza alguna sin que antes se me pidiese la venia; y tuve la satisfacción de concederla a una linda niña de dieciséis o diecisiete años que cantó a maravilla, a lo que en demostración de lo que me había gustado le prometí dos mil francos de pensión anual durante mi vida y la convidé a comer para el día siguiente, conforme lo ejecutó y obtuve con aquella ocasión su buena amistad.



SE CARTEA CON LA EMPERATRIZ DE
FRANCIA Y ES CONMINADO A TRAS-
LADARSE A LA FORTALEZA DE LILLE



Al cabo de tres o cuatro días se presentó otro lance no menos serio que el anterior: el feliz resultado de éste me había hecho más atrevido: no había cosa que me arredrase; y llegaba a desear fuertes comprometimientos para tener el gusto de vencerlos. Vino por la noche el general a visitarme y dijo que me participaba que la Emperatriz venía de Mayence y llegaría al día siguiente a Messieres, pueblo distante cuatro leguas de allí; y añadió haber pensado que no fuera malo que yo le escribiese poniendo en conocimiento suyo mi desgracia y suplicándola al mismo tiempo la merced o permiso de residir fijamente en aquella población.

Respondí al general que aprobaba su idea, y que no se me ofrecía otra dificultad sino la de no saber por quién hacer entregar la carta en sus propias manos... «Esto corre por mi cuenta — replicó el general —, y la llevará el coronel comandante de los lanceros.» Ya no hubo medio para dejar de hacerlo, y al día siguiente, a las siete de la mañana, envié al general un escrito que decía así: «Sedán, agosto 13 de 1813.

»A los pies de S. M. la Emperatriz.

»Querida prima: Te noticia que mi desgraciada suerte me ha colocado en la de prisionero incógnito en calidad de religioso, y me valgo de la ocasión de tu paso por esa para escribirte, suplicándote

que alivies mi suerte luego de tu llegada a París, donde sabrás cómo ha sido: sólo te ruego el honor de ver tu contestación y firma.

»Tu primo rendido a tus pies.

»Luis María de Borbón,

»Cardenal de Escalar».

Esta carta fué entregada a la Emperatriz en medio del camino, y así que vió la firma dió la orden para que el portador siguiese la comitiva hasta llegar a Reuss..., donde debían hacer descanso. Siguió, en efecto, hasta allí el comandante de lanceros, a quien llamó después la Emperatriz y poniendo en sus manos una carta le dijo que la entregase a su primo; y acto continuo le dió otra para el general.

Eran las diez de la noche del mismo día 13 que regresó aquel oficial, y entrando en mi gabinete, previo el recado de etiqueta, me entregó una carta substancialmente concebida en estos términos, pues la original me fué quitada en las aventuras que más adelante se verán:

«Re... (1) agosto 13 de 1813.

»Querido primo: A la distancia de seis leguas de ésa he recibido tu apreciable carta, que me ha causado mucho dolor viendo tu situación. Por ahora no puedo aliviar tu suerte, pero ordeno al general que te dé los honores que te pertenecen. Luego de llegada a París procuraré aliviarte.

(1) No siendo posible leer en el original el nombre entero de esta población y de alguna otra de que se hace mención más adelante, ha parecido mejor poner tan sólo las letras legibles para no exponerse a faltar a la exactitud.

- »Tu prima,
- »María Luisa,
- »Emperatriz de Francia».

Aunque todo era una farsa, no dejé de tener cierta satisfacción al recibo de esta respuesta, y parecíame que era yo realmente el cardenal de Borbón. Mi fantasía me llevaba hasta el extremo de creer que si en las reyertas de España venía a morir el verdadero cardenal de una manera que ofreciese duda, como sucede en batallas y en revoluciones, sería yo reconocido por tal hasta mi muerte. Conozco ahora que comenzaba a estar tocado de cierta manía sobre el particular.

Apenas se difundió la voz de este hecho vinieron gentes de todas clases a festejarme: tuve guardia de honor con oficial y cuarenta hombres: me hallaba lleno de gloria viendo formarse la guardia con tambor batiente cada vez que entraba y salía: y muy a menudo exclamaba yo: «¡Ah tontos, cuán engañados vivís!», y también con igual frecuencia decía: «¡Ah, pobre Mayoral, si se llega a descubrir, tu cabeza saltará del cuello!» Vino el día siguiente por la mañana el general a decirme que tenía órdenes de la Emperatriz para que nada me faltase.

Diez días se pasaron con obsequios, siendo yo públicamente reconocido por el cardenal de Borbón, cuando el undécimo, a las dos de la madrugada, vienen al convento el general y el prefecto, y llamando a la superiora le dijeron que viese cómo podría hacerse saber a su Eminencia la muy funesta noticia de la orden llegada de París para que inmediatamente marchase a la fortaleza de Lille

en Flandes; añadieron que todo estaba prevenido y que era preciso avisármelo sin dilación.

Tan inesperada novedad llenó a las monjas de consternación: entraron muchas de ellas a tropel junto con dichas autoridades en mi aposento; me sobresalté al ver tanta gente con luces, y al oír sollozos: la monjita me abraza; otra me besa la mano; y el general, acercándose, me dice: «Emo. y Sermo. señor, tengo el dolor de comunicar a V. Ema. la orden de S. M. I. para que marche inmediatamente; y todo está prevenido, debiéndose levantar testimonio de la hora de la salida».

Sorpresa semejante no es fácil describirla; pero me quedó todavía un rayo de esperanza en el tratamiento que el general me daba, en términos que no dudé de que en París se me tenía por el cardenal. Resolví, por tanto, no desdecir mi papel, y respondí con ánimo sereno y tono humilde: «Hijos míos, no hay que suspirar, sino conformarnos a la voluntad de Dios y a las órdenes del soberano». Al oír esto se pusieron a llorar todos los que se encontraban presentes, y reparé que decían que mi resignación era la de un santo.

Salióse luego toda la gente del cuarto; me vestí a toda prisa, preparé mi maleta, y era muy poco entrado el día que me hallé en disposición de salir de la villa. No sé cómo ponderar el despido de las monjas; todas llorando me pidieron cien veces la bendición, me rogaron que no las olvidase y se lo prometí de veras: la monjita pidió permiso de acompañarme hasta la primera población donde fuésemos a pernoctar, y yo le respondí que el de la superiora debía solicitar, porque el mío siempre lo

tenía concedido. No le costó mucho alcanzarlo, pues mis insinuaciones eran preceptos para aquellas buenas mujeres, y así fué que tuve compañía hasta la villa de Messieres para donde salí en un carruaje escoltado por ocho coraceros y cuatro gendarmes, habiéndome acompañado el general y otras personas muy cerca de media hora de camino.

Como la referida villa era depósito de soldados españoles prisioneros, y se había esparcido la voz de mi llegada, encontramos a una porción de ellos que había salido a recibirme y me saludaron con repetidos vivas al cardenal de Borbón. Esto pasó, entramos en la villa, y llegué a la posada que de antemano se me preparó. No había aún pasado media hora, que vino a cumplimentarme el capellán del depósito. Éste, después de un ratito de conversación general, la hizo recaer sobre su persona y se me quejó agriamente del cura de dicho pueblo porque desde algún tiempo no le permitía confesar a los prisioneros españoles ni suministrarles los otros sacramentos. Le pregunté si había dado algún motivo para ello, y habiendo contestado que su conducta era irreprochable, como resultaría de los informes que yo tuviese a bien tomar, le dije que hiciese saber al cura que yo tenía deseos de hablarle, y se marchó.

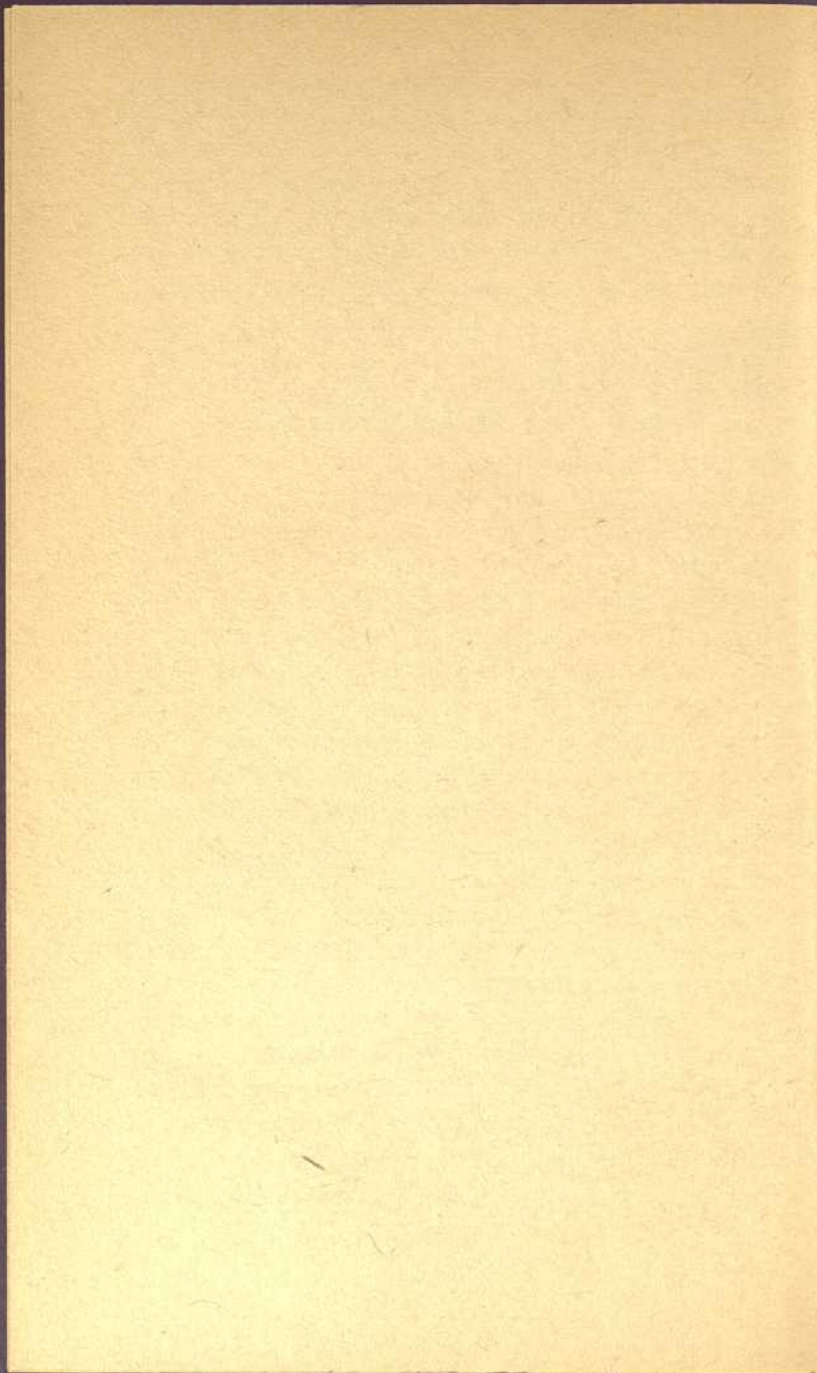
No tardó mucho tiempo a venir, me cumplimentó como mejor supo, me ofreció cuanto tenía, y me preguntó cuál era el objeto por que le había llamado. Traté de averiguar los motivos que tuviese para haber suspendido las licencias al cura español, y habiendo conocido que eran simples rivalidades, le reconvine con majestad, le hice presente

el cargo de conciencia en que se hallaba porque los españoles no recibían socorros espirituales, y añadí que yo no podía mirar con indiferencia que mis compatriotas muriesen como bestias. Prediqué como un misionista, y el cura me prometió que no le impediría en adelante el ejercicio de su ministerio.

La monjita no gustaba de estas visitas porque le robaban los momentos que había destinado para despedirse de mí. Lloraba de continuo; apenas probamos un bocado de la espléndida cena que nos pusieron; nuestras miradas eran el reflejo de nuestros corazones partidos de dolor. «Mi soberano — me decía ella con amargo llanto —, se acaban las horas de mi felicidad, y llega el momento terrible de perder a un padre y a un amigo...» Me recordó mi promesa de que la permitiría seguirme en Francia, en España, y en todas partes: y se caía cuasi desmayada a mis pies. Yo la quería y no era menos dolorosa la separación: debía, no obstante, guardar circunspección por el traje que vestía; y era forzoso evitar todo motivo de escándalo en la casa.

Procuré consolarla llenándola de esperanzas que desmentía mi corazón: le prometí bajo palabra de príncipe y cardenal que llegando a mi destino practicaría las diligencias convenientes para que me siguiese a dondequiera que yo parase: la hice presente que no debía dudar de mi cariño, pues la separación era hija de una orden soberana, y que si voluntariamente hubiese debido hacerlo jamás me habría movido de su lado; en fin, la dije que poseería mi corazón hasta morir.

TRASLADO A LILLE. PONEN EN DUDA
SU CONDICIÓN DE CARDENAL Y
ESCRIBE A FERNANDO VII



Llegó el momento de partir a las cuatro de la madrugada; y dándome mi amiga el último abrazo, y recordándome que yo había sido su primer amor, puso en mis manos un paquetito que contenía la suma de tres mil francos.

Con éstos y con dos mil más que yo traía de Sedán tuve para regalarme muy lindamente en el viaje para la ciudadela de Lille. Los gendarmes mismos que me conducían iban publicando por todos los pueblos del tránsito que yo era el cardenal de Borbón; y esto era causa de que me viese continuamente obsequiado. Pasé por algunos depósitos de prisioneros españoles, y en todos ellos dejé bastante dinero, pues no estaba en mí dejar de socorrerles viéndolos tan miserables.

Otra de las jornadas fué la de la llegada a Valenciennes, donde, como de costumbre, fuí alojado en la cárcel, aunque en una habitación muy decente. Llegamos muy temprano y tuve deseos de saber si por allí había también compatriotas míos; lo pregunté a la hija del carcelero, que era más hermosa que esquiva, y me respondió que conocía a un sargento llamado Juan Bautista, el cual me daría razón de todo. La encargué que lo enviase a buscar, bien distante de sospechar que su visita tuviese los resultados que luego se verán.

Vino al momento el buen hombre, y como iba enterado de que le llamaba el cardenal de Borbón entró haciendo los honores debidos a una real per-

sona. Me dijo que en aquel hospital había seis oficiales enfermos y que en un pueblo distante cosa de unas dos horas había un depósito de individuos de dicha clase y un general. Dije que hubiera sido gustoso de verlos; y al oír esto el sargento se fué él mismo a participarles aquella novedad.

Algunos de dichos oficiales, como verdaderos patriotas y leales vasallos de su soberano, se presentaron sin pérdida de tiempo, siendo otro de ellos el coronel don Juan Sandoval, el teniente coronel don Luis Chaparro, otro llamado Iselme y otro Losada, con sus señoras esposas. Confuso me hallé al recibir el recado de tantas personas que querían besarme la mano: mi temor era grande de que hubiera quien conociese al cardenal de Borbón.

Entraron en ocasión que me hallaba conversando con la hija del carcelero, habiendo servido de introductor el sargento Bautista. Al acercármese doblaron todos sus rodillas; y yo, lastimándome y haciendo como quien se afligía, les eché la bendición y diles a besar la mano: a las señoras se la di también para ayudarlas a levantarse.

Hice que se sentasen y principió una larga conversación. Unos me decían: «¡Cuántas guardias he hecho en el palacio de V. Ema!» Otro añadía: «Luego que vi a V. A. le he conocido». Otros manifestaban haberme visto en Toledo paseando con mi hermanita: y otro, en prueba de que me conocía, dijo haber servido en el cuerpo de reales guardias de Corps. Yo, viéndoles tan ciegos y preocupados, creí que la Providencia quería que siguiese mi papel; y no temiendo ser descubierto quise que se quedaran a comer conmigo.

Había de hacer descanso el día siguiente; y con este motivo, o en vista de la relación que hicieron aquellos oficiales a sus compañeros, se me presentó el brigadier don Joaquín Navarro y otro jefe con el comandante del depósito y un capellán. Me dieron el tratamiento y honores correspondientes; y ya nadie dudaba en la población ni entre los oficiales del depósito de Condé de que yo era el arzobispo de Toledo.

El general francés mandó llamar al brigadier Navarro y otros oficiales; e informado y asegurado por ellos y por los papeles relativos a mi traslación a Lille, de quién era yo, vino inmediatamente a tributarme sus obsequios, abrazándome y pidiéndome perdón de no haberlo hecho antes por parecerle imposible que yo hubiese padecido tan grande descuido como era menester para caer en la desgracia de ser hecho prisionero: me ofreció su casa y cuanto necesitase, y que pidiese cualquier favor que dependiese de él.

El buen éxito de los lances expresados hízome muy atrevido; quise parecer un héroe de romance; y así como cualquiera otro en mi puesto habría tratado de alargarse y buscar aventuras en otro paraje, yo, por el contrario, desafié a mi destino.

Dije, pues, al general que únicamente le pedía la gracia de permanecer descansando ocho o diez días entre mis paisanos. Por supuesto que se me concedió, y los pasé grandemente en compañía de varios oficiales que tuve siempre a comer, gastando en esto y en obsequiar a las patronas el dinero que bañado en lágrimas me entregó la monjita al tiempo de nuestro despido.

Durante estos días sucedió que dos oficiales me presentaron sus solicitudes pidiendo licencia para contraer matrimonio, creídos de que mi permiso les serviría a su tiempo para el goce de viudedad; pero no quise exponerles a una desgracia que recaería sobre víctimas inocentes, y bajo pretexto de odio a todo lo que fuese francés puse el decreto: «No ha lugar a lo que se pide».

En dichos diez días hice un gasto de mil francos, y era preciso reponer este déficit. Yo había prometido a Navarro el grado de mariscal de campo, y al capellán nombrarle primer tesorero de mi palacio. Dije, pues, a este último que se habían agotado mis caudales: que de un momento a otro los esperaba de España: que con este objeto había pedido permanecer unos días allí; que ya no tenía más remedio que marchar; y que viese de manera de arreglar con el brigadier que se me entregasen mil francos.

Yo no sé cómo se lo gobernó: lo cierto es que vino esta cantidad, y salí para mi destino acompañado de otro capellán y del coronel Sandoval. Llegamos a la famosa villa de Lille; nos apeamos en la mejor fonda; y como en Valenciennes me había visitado la marquesa de Coupigni, le envié un recado participándole mi llegada.

Si nos contasen mi historia como cosa sucedida tres siglos atrás, apenas habría quien no la tuviese por un cuento de viejas: nadie querría creer que por tantos pueblos y tantas gentes se me tuviese por el cardenal de Borbón a pesar de no llevar la más mal forjada credencial. Parece que Dios se complacía en tener ciegos a españoles y franceses. Esa mis-

ma marquesa de Coupigni, que había sido camarista de la princesa de Asturias, afirmaba que yo era el verdadero cardenal y lo mismo decía un francés que acompañaba a la marquesa y había servido en España.

Dicha marquesa se nos llevó a su casa, donde fui tratado como convenía a la alta persona que representaba; y aquella noche vinieron a complimentarme el vicario general y otras personas distinguidas.

Retirámonos bastante tarde a la posada; y serían sobre las diez de la mañana del día siguiente que pidieron hablarme dos gendarmes y me dijeron: «Venimos, monseñor, de parte del general de la plaza a saber si V. Ema. se halla dispuesto a recibir sus obsequios». Yo les contesté que le dijese que siempre que fuese de su gusto; y se retiraron.

A cosa de media hora después se me presentaron el general, el gobernador y el mayor de plaza; y el primero de ellos, luego de haberme complimentado, dijo: «Hace seis días que S. Ema. tiene preparado el alojamiento, y cuando guste marcharemos». Quise antes servirles un refresco de licores y bizcochos que aceptaron; y concluído que fué me llevaron a la ciudadela.

Todo el depósito de prisioneros, que era muy numeroso, me estaba aguardando formado, y al avisarme prorrumpió en vivas al cardenal de Borbón: yo les eché la bendición y les exhorté a tener constancia y fidelidad al soberano, pues la Providencia no nos abandonaría. En seguida me llevaron a la casa del gobernador, donde fui muy bien recibido, e inmediatamente mandé llamar al que servía de intérprete: quise saber de éste cuáles eran los pri-

sioneros que se encontraban más necesitados; y habiendo respondido que eran los de la Casamata, le di quinientos francos delante del gobernador para que se los repartiese.

Después de haber descansado fui conducido al alojamiento preparado, donde encontré a un religioso franciscano destinado para acompañarme, y dos prisioneros para asistirme. Esto y el tratamiento que recibía de aquellos familiares me dió a conocer que todavía duraba el engaño; y me lo acabó de persuadir el haber recibido el día siguiente el aviso de que al otro inmediato vendría a visitarme el general con toda la plana mayor.

Aunque debía haberme acostumbrado ya a semejantes visitas, me causó sorpresa y confusión aquel anuncio, por si acaso en la comitiva hubiese alguno que promoviese cuestiones a que yo no supiese responder. Esto me tenía en bastante cuidado; pero había resuelto seguir el papel por más que me costase la vida.

Llega el momento temido, y recibo con majestad a aquellos caballeros: dispuse que se sentasen; y la primera cosa que me dijo el general fué que no sabía cómo yo podía haber sido hecho prisionero, pues tenían cartas de España en que se anunciaba que yo era el presidente de la Junta de regencia; y otro sujeto, que era un comisario ordenador, me preguntó si yo sabía que algún tiempo atrás un español se fingió cardenal en una villa llamada Brives y que con los gastos que hizo causó la ruina de una señorita.

Vime cogido y perdido: es imposible que no se me conociese la agitación que esto me causó; no su-

pe qué responder y preferí adoptar el silencio, en el cual a lo menos no encontrarían confesión ni contradicción, y seguirían en la misma duda. Respondí que por entonces no podía contestar a aquellas preguntas, pero lo haría dentro de tres o cuatro días.

Se excusó el general de haberme molestado; y pidiéndome permiso para retirarse lo verificaron todos. Me quedé solo considerando la importancia y malicia de los interrogatorios, y no creí salir bien del lance, pensando tan sólo en morir de un día al otro.

El general mandó al gobernador que tuviese siempre un sargento a mi vista para presenciar todos cuantos pasos diese, y ordenó además recibir declaraciones a varios oficiales prisioneros hijos de Toledo y de las ciudades vecinas. Entre éstos los hubo que dijeron que yo era el cardenal, y otros que no; de suerte que el gobernador se halló en el mayor conflicto, tanto más en cuanto el número de los que afirmaban excedía al de los que negaban.

Sucedió en esto que un caballero oficial de Toledo dijo al gobernador que estaba allí un capellán hijo de la misma ciudad, el cual por fuerza debía conocerme con motivo de haber sido ordenado por el cardenal de Borbón. Fué consecuente a esto que le enviasen a llamar, y a los siete días de la arriba dicha visita del general volvió otra vez éste con el gobernador, otras personas y el referido capellán español.

Al entrar el general, y después del saludo estilado, me dijo estas palabras, que fueron una saeta que me traspasó:

«Aquí tiene V. Ema. a un eclesiástico español, y creo que le ordenó V. Ema., pues ha hecho sus estudios en Toledo y es hijo de la misma población». Y dirigiéndose luego al eclesiástico le dijo: «—Dígame usted, padre capellán, ¿conoce usted al señor por el cardenal de Borbón?»

Vime perdido, y mucho más todavía al oír la respuesta del capellán, quien, después de haberme estado mirando un largo rato, dirigió la voz al general diciendo que su carácter no le permitía faltar a la verdad y que no podía menos de manifestar que yo no era el verdadero arzobispo de Toledo, pues conocía muy bien a S. Ema., de quien había recibido órdenes mayores. Añadió que ésta era su declaración; pero que también debía decir que tenía oído que yo era un alto personaje de España disfrazado de cardenal para mis fines particulares.

Acabado esto, volvió el general la vista hacia mí, y dijo: «Y usted, ¿qué responde a lo que acaba de oír de este eclesiástico?» Ya perdí toda esperanza de sostener por más tiempo la farsa, tan sólo me consolaba la idea de que iba a representar a otro personaje, según la indicación del capellán, y que con motivo de esto no sería tan malo el tratamiento que recibiría en adelante como debía esperarlo. Siguiendo, no obstante, mi sistema de buscar treguas y dar tiempo al tiempo, respondí al general que supuesto que las personas reales de España se encontraban todas en Francia, se me permitiese presentarme a mi primo el rey Fernando, en cuya ocasión verían cuán injustamente habían desconfiado de mi palabra.

El tono resuelto y aire de verdad con que me pro-

duje conocí que hacía impresión; y las miradas que se dieron el general y demás circunstantes entre sí me convencieron de que entraban otra vez en duda y fueron un rayo de esperanza para mí. En efecto, usó ya distinto lenguaje el general y dijo: «En vista de vuestra relación, puede V. Ema. escribir una carta al príncipe de Asturias, y su respuesta nos sacará de dudas para hacer a V. Ema. los honores que le pertenecen». Y con esto se retiraron.

A pesar de que estaba resuelto a todo y que habiendo escrito tiempo atrás a la Emperatriz de Francia no debía parecerme tan nuevo hacer otro tanto con el rey de España, no sabía cómo tomar la ocasión, porque esto no era ya hacerse burlas con el enemigo. Se pasaron así dos días, durante los cuales vinieron a visitarme una porción de personas con el objeto de averiguar la identidad de la que representaba yo; y habiendo cuasi todas declarado que no era el verdadero cardenal, se irritaron más las autoridades y vino el gobernador a comunicarme de parte del general que si no escribía pronto la carta a mi rey tomaría una seria determinación.

Estrechado en estos términos, tomé la pluma y puse substancialmente una carta en la forma siguiente:

«Ciudadela de Lille, 21 setiembre 1813.

»Querido Fernando: no creo ignores que me hallo en esta fortaleza, y pongo en noticia tuya que ha habido en ésta un eclesiástico español que ha declarado que no soy el cardenal de Borbón: no dudo

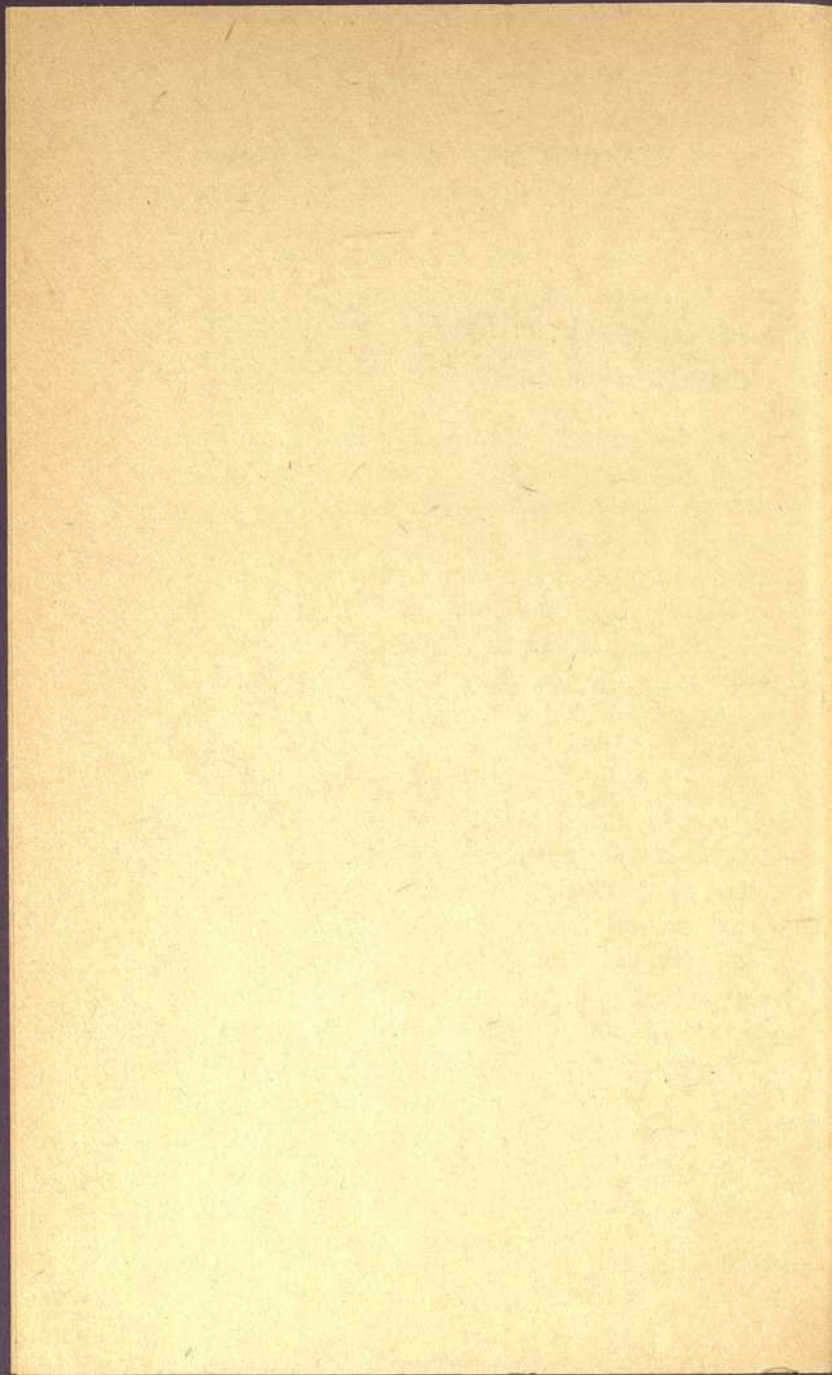
de que conocerás mi letra, a menos que el tiempo y las desgracias te hayan hecho trascordar de ella, y te encargo por lo mismo que sin detención saques de duda a este Gobierno. Te ruego pidas que se me destine a otra parte que corresponda mejor a mi persona. No quiero ser más molesto, y quedo con el deseo de que llegue el día feliz de abrazarte. Tu primo,

Luis María de Borbón»

Conocí muy bien hasta dónde llegaba mi criminal atrevimiento, pero no le hice para ultrajar a mi soberano, sino para continuar un engaño a una nación enemiga: siempre he sido un soldado fiel a mi rey y a mis banderas, como informarán mis jefes, y debe constar en la hoja de servicios; ya que no podía vengar con las armas a mi patria, me complacía en hacer burla de los usurpadores, y en socorrer a costa suya mis necesidades y las de mis compatriotas prisioneros.

Concluída la carta, la remití al gobernador, quien, según supe después, le dió, efectivamente, el debido curso. Durante los primeros cuatro días no hicieron más que redoblar la vigilancia para tenerme con seguridad, y al quinto fuí metido en un calabozo y despojado de todo cuanto se había destinado para mi servicio y comodidad. Pedí hablar con el gobernador viéndome tratado de aquella manera: me quejé agriamente y le reconvine por el maltrato que se me daba: le dije que no era aquél el modo de portarse con una persona de mi clase: y le amenacé de dar parte al Gobierno. Me escuchó con sorpresa, y ofreció que daría cuenta al general y me comunicaría su contestación.

TRASLADO AL FUERTE DE LICHTENBERG Y LO QUE EN ÉSTE PASÓ



Seis días se pasaron teniéndome del todo incomunicado, sin que el gobernador me trajese respuesta alguna, y sin ver a nadie más que al carcelero cuando me entraba el alimento. El día sexto, a cosa de las once de la noche, oí abrir la puerta del calabozo, y entraron el mayor de la plaza y un sargento de la gendarmería: éstos me dijeron secamente que me levantase; quise preguntarles qué novedad era aquélla, pues no era hora de marchar ni de presentarse en parte alguna: la contestación fué repetir con tono más fuerte que me levantase porque era preciso.

¡Ay, pobre Mayoral!, dije entre mí. Me levanto; y luego de levantado me trajeron un vaso con licor y bizcochos y me ofrecieron caldo y cuanto quisiese. Creí ver en el vaso una copa de veneno; o a lo menos me pareció que me ponían en capilla, en cuyos casos se es muy generoso y complaciente con los reos. No hacía otra cosa sino pedir perdón a Dios de mis culpas; sentía, no obstante, que hubiese durado tan poco tiempo el engaño que hice a los franceses; y sobre todo tenía un vivo pesar de morir sin haber podido escribir esta mi historia para que mi amada patria pudiese tener noticia exacta de lo que seguramente trataría de ocultar la Francia, llena de vergüenza por haber sido la irrisión de un miserable sargento español.

Para dar a los que creí mis verdugos un testimonio de mi serenidad, tomé dós bizcochos y bebí el

licor. A la media hora, esto es, a las once y media poco más o menos, llegó el gobernador y me dijo que me previniese y tomase mi capa y el sombrero. Obedecí sin chistar palabra: fuí siguiendo los pasos de mis conductores, y al salir a la calle me vi entre seis gendarmes y ocho o nueve soldados de la guarnición, llevándome en medio el gobernador y el mayor de la plaza.

Mi corazón estaba contristado: ideas tétricas únicamente acometían mi imaginación: me parecía que iba a pagar en breve los buenos manjares que había comido y los altos honores y obsequios recibidos de personas de todas clases y jerarquías. Me servía de un pequeño consuelo el pensar que supe engañar a una nación que nos tiene por bárbaros e imbéciles y que ella sola se pinta ilustrada y astuta: y tampoco dejaba de aliviarme el recuerdo de los muchos socorros que había prestado a mis compatriotas prisioneros, quienes publicarían mi honradez y buenos sentimientos.

Llegamos al rastrillo del fuerte, donde divisé un carruaje con cuatro caballos, teniendo abierta la portezuela. Respiré, pues no dudé de que estaba destinado para mí y que por mala que fuese mi suerte no le sería tanto como me había figurado. Nos detuvimos al pie del coche, y el gobernador me dijo que subiese, encargándome que no diese que sentir al sargento de la gendarmería que me acompañaba; añadió que nada me faltaría en el viaje, el cual sería precipitado andando de día y de noche; y tomándome de la mano me exigió mi palabra de honor de no comprometer de modo alguno a dicho sargento.

Este entró conmigo en el coche, y echamos a andar a largo trote. Mi turbación duró un buen rato, y quedé alorado por tan inesperado tránsito de muerte a vida. Temí, no obstante, recobrarla para perderla luego después de mayores y más terribles choques. Me acordaba de mi demanda relativa a que me llevasen a la presencia del señor don Fernando VII, y temblaba al pensar que mi viaje podría tener este objeto. Mi sobresalto no era tampoco pequeño para el caso de que me llevasen a París, donde de precisión debía haber personas que conociesen al cardenal de Toledo.

El trato que me daba mi guardián; el haberme metido en un coche de lujo; el modo con que me habló el gobernador en el momento del despido; y el haberme asegurado que nada me faltaría; todo esto me hizo concebir la idea de que aún no quedaba desvanecida la duda acerca de mi persona, y redobló mi temor de ser conducido a París o a la presencia de Fernando VII. No me vi con paciencia para permanecer en tal incertidumbre, y determiné hacer una de las mías.

Reparé que el sargento de gendarmes había metido dos pistolas en las bolsas del coche, y para realizar mi proyecto esperé a ver lo que haría él en la próxima parada para la muda de caballos. Llegado que hubimos a la primera posta, no quise bajar como me ofreció el sargento para satisfacer mis necesidades naturales, pero lo hizo él. Con este motivo u ocasión me apoderé de sus dos pistolas.

Luego que volvimos a andar arremetí con tono fuerte y majestuoso a mi compañero, y le dije: «Señor sargento, ¿me reconoce usted por persona

de honor y de grande dignidad y sangre real? — A lo que contestó: —Sí, monseñor. — Pues bien — repliqué —, es preciso que me diga usted a dónde me conduce, porque pretendo y quiero saber cuál será mi paradero». Al mismo tiempo que le hablé así saqué las pistolas, y entregándole una de ellas añadí que no debían pasar muchos minutos sin que yo lo supiese o sin que uno de los dos hubiese perdido la vida.

Sorprendido el sargento con mi arrojo y decisión, procuró ablandarme manifestando que llevaba órdenes secretas y no podía comunicárselas sin faltar gravemente al cumplimiento de su obligación; pero que no temiese de ningún modo por mi vida ni por malos tratos de ninguna especie. Con esto no cesaban mis zozobras, y no debí desistir de mi empresa; insistí con ardor; pero siempre se resistía el sargento, por no faltar a su deber en nada, no obstante mis repetidas protestas y palabras de honor de no revelarlo.

Tan decidido me vió, por fin, a que uno de los dos muriese, que no le pareció deber exponerse a tanto: creyó quizás que el descubrir un secreto de aquella clase no podía tener resultados de trascendencia, y después de haberse asegurado nuevamente de mi real palabra de no descubrirle, me comunicó que mi destino era el fuerte de Lichtemberg en Alemania, donde había depósitos de caballeros oficiales, y yo estaría a las órdenes del general de Estrasbourg. Añadió que yo permanecería allí sin comunicación, con dos centinelas de vista y con la paga de 37 francos y medio al mes.

Asegurado yo con esta relación de que no iba a

París ni tampoco debía presentarme al rey Fernando, recobré espíritu, metí la pistola en el paraje de donde la había sacado, tomé la mano de mi guardián, y asegurándole nuevamente que nadie sabría esta revelación, le di las más expresivas gracias.

Anduvimos con una celeridad extraordinaria las 190 leguas de posta que hay desde la ciudadela al punto a que nos dirigíamos: hicimos el viaje en tres días y medio tan solamente, regalándome muy bien y teniendo toda la asistencia necesaria. El comandante del fuerte se hallaba con aviso de la llegada de mi persona y la participó a los oficiales; éstos, por consiguiente, aguardaban con impaciencia al cardenal de Borbón que venía prisionero: todos estaban prevenidos y salieron al patio luego que oyeron mi carruaje.

Casualmente había varios entre ellos que conocían perfectamente al cardenal de Borbón, siendo uno de éstos un capitán llamado Palafox, que había frecuentado bastante el palacio de S. Ema. Todos principiaron a murmurar que yo no era el cardenal; unos decían que su estatura no era la mía, y cada cual daba el fundamento de su parecer. Auguré muy mal de este viaje; pero con dificultad esperaba verme en mayores aprietos que los pasados: y cumpliendo el comandante las órdenes que tenía me dejó en mi prisión con dos centinelas de vista.

No sé si sería a consecuencia de instrucciones que tuviese, o por haber llegado a sus oídos las conversaciones de los oficiales, que dicho comandante reunió a algunos y les preguntó si habían visto al ar-

zobispo Borbón. Respondieron unánimes que yo sería tal vez alguna persona distinguida de España, pero no el cardenal de Toledo. Les replicó el comandante que se engañaban, porque, según las comunicaciones que tenía de su Gobierno, yo era el verdadero cardenal, y que como a tal había sido conducido allí en silla de posta conforme habían visto.

No cambiaron por esto de opinión los oficiales; y para convencer al comandante de su error le propusieron, un general y el capitán Palafox, que les permitiese interrogarme. He aquí, pues, que a los cuatro días de mi llegada se me prepara otro careo. Vino por la tarde un sargento con ocho soldados y fuí llevado entre filas a la casa del comandante; y al entrar en el salón me encontré en medio de una grande reunión. Todo el mundo se levantó haciéndome cumplimientos, cual pudieran hacerse a una persona de la más alta consideración; es decir, que los que me negaban la púrpura me tenían por un grande personaje de otra clase, y procuré corresponder a todos el saludo del mismo modo.

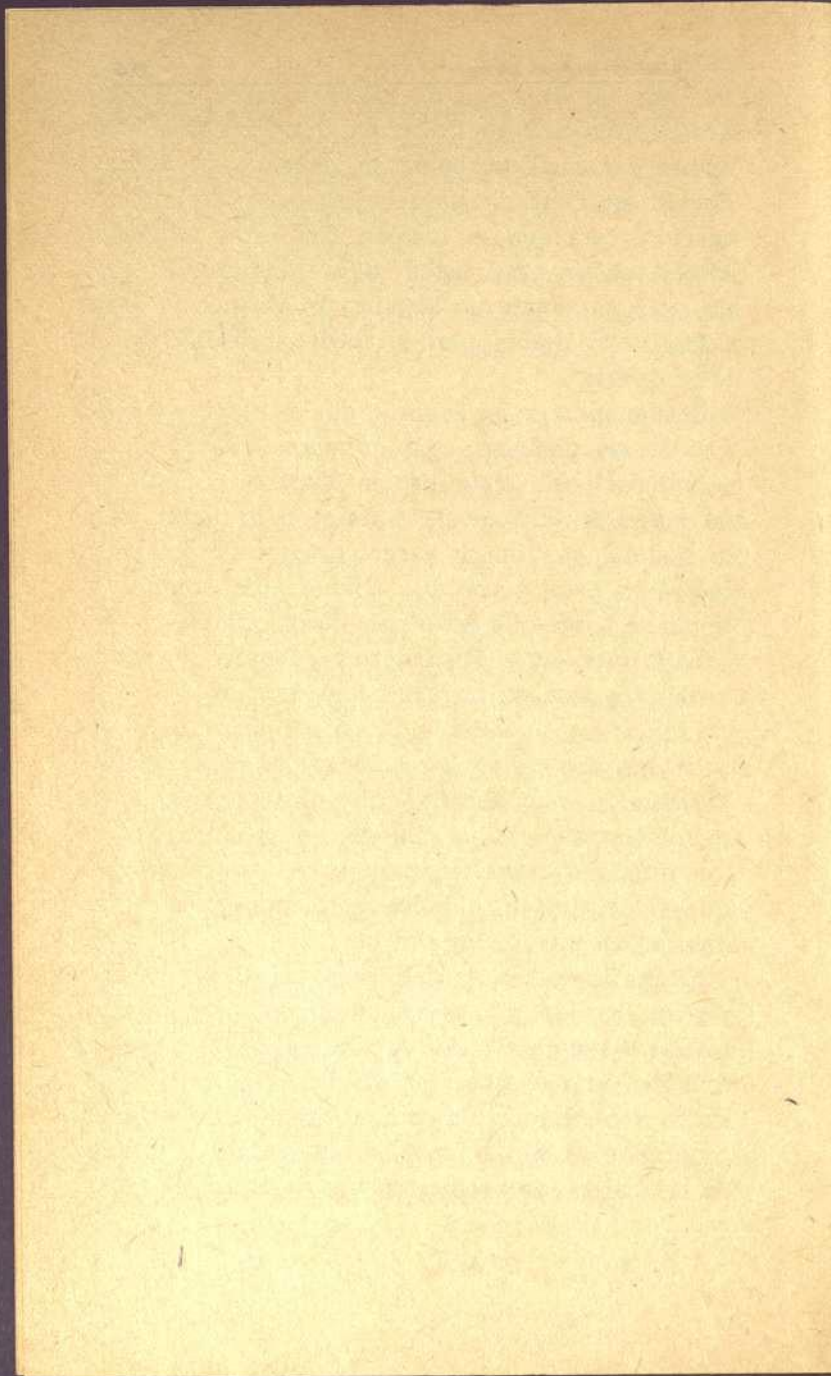
Principió el general preguntándome cómo fué que la Junta de regencia había padecido el descuido de exponerme a la desgracia de caer prisionero. El capitán Palafox me interrogó en seco si le conocía: le miré un rato con atención y respondí que no hacía memoria de él, ni tenía presente haberle visto jamás; y replicó entonces que había estado muchas veces en el palacio de S. Ema. con su director y con el mayordomo. Me preguntó ~~en~~ seguida el mismo Palafox si conocía a don Manuel Samaniego; y continuó haciéndome preguntas que

me dejaban en confusión. Si bien quise contestar a todas, conocí desde luego que desacertaba enteramente y que allí acababan mi capelo y mi cabeza. Por fin de fiesta, y para dejarme completamente corrido, concluyó el capitán con estas palabras: «Pues, señor mío, usted será quienquiera; será un gran personaje de España, un obispo, un arzobispo u otro diablo, pero el cardenal de Borbón no lo es usted».

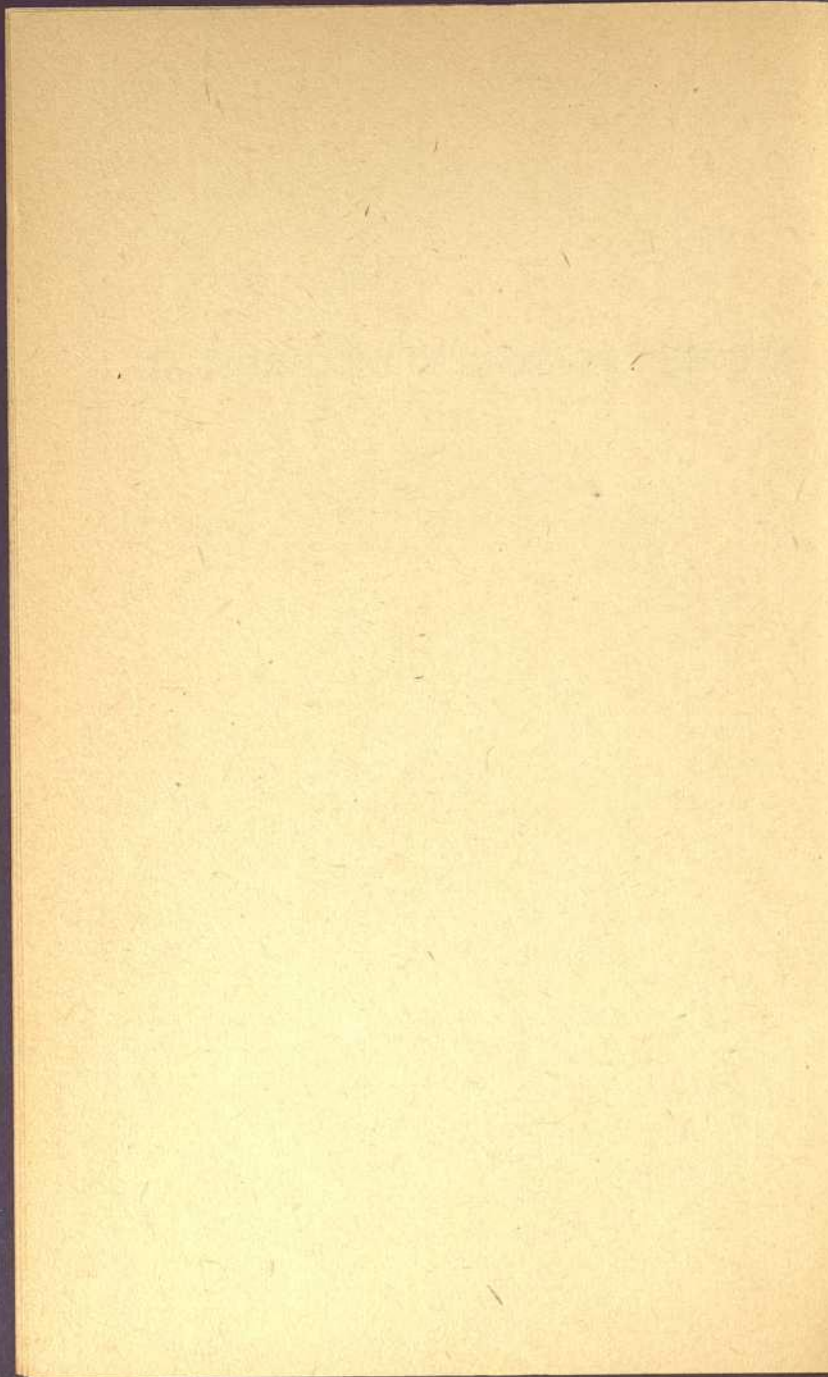
El comandante no sabía lo que le pasaba; y todo su afán era decirme: «¿Qué responde usted a esos caballeros?» Mi amor propio cuasi se resentía de oír aquellas verdades; y puesto en la danza traté de sostener mi fingido carácter. Contesté con resolución en estos términos: «Señor comandante, yo le digo a usted que estos caballeros oficiales se engañan, pues soy el verdadero cardenal y no puedo decir otra cosa sin negarme a mí mismo».

Logré hacer vacilar a dicho comandante, y esto me bastaba por entonces. Me retiré luego por disposición suya, y durante ocho días fui tratado de la misma manera; mas luego, no sé en virtud de qué informes o resolución, no tuve otro tratamiento que el de simple soldado, recibiendo libra y media de pan y un triste rancho.

Se me hacía, en verdad, muy cuesta arriba este género de vida, y lamentándome comparaba la inmensa distancia de uno a otro estado. Se pasaban días sin ver más que a un cabo que me traía la comida, y permanecí de esta suerte cosa de un mes, ignorando absolutamente lo que pasaba y la causa verdadera de verme tratado de aquel modo.



RECOBRA SU CRÉDITO DE CARDENAL



No sé cuánto tiempo esto hubiera durado ni a qué habrían venido a parar estas misas, si no se hubiesen aproximado a Francia los aliados, por cual razón el Gobierno nos mandó salir de aquel punto y pasar a Chateau-Bonillon. En este pueblo disfruté libertad, y aunque estuve metido entre oficiales, el tratamiento era de soldado. Al cabo de un mes recibimos también orden para trasladarnos en depósito a otro paraje, a saber: a la villa de Cambrai.

Yo me consideraba dichoso con haberme librado tan bien por final de mi comedia, pero no podía sufrir la vista de los oficiales de quienes había recibido chasco tan completo como el que arriba dejo notado, ni podía avenirme a aquel género de vida obscuro y miserable. Traté de mejorar mi suerte, y para ello me valí del ardid siguiente:

Procuré quedarme atrás en la marcha, de manera que llegué dos días después que la columna de prisioneros al primer pueblo donde residía el comisario de Guerra. Así me presenté solo a este funcionario, pretextando excusas de mi retraso: dije que era el capellán, y obtuve el pasaporte con el objeto de no ser molestado hasta alcanzar el depósito. Por supuesto que el pasaporte iba con la nota de deber ser socorrido con dos francos y medio diarios, y cágame ahí por lo mismo ascendido, aunque no a cardenal.

Buen cuidado tuve de no alcanzar a mis compañeros; me iban perfectamente visitando curas, y no hice ya en adelante ni una sola jornada a pie. De necesidad debía venir el día en que se acabase esta cucaña, y el modo de hacerla duradera consistió en no llegar jamás al depósito. Hice medios para entrar en el hospital de la villa de Chatur..., fingiéndome enfermo; lo conseguí sin grande dificultad, y me propuse permanecer allí todo el tiempo posible, y hacer otro tanto en los demás hospitales de los pueblos del tránsito. Muy distante estaba de soñar en mi cardenalato.

Quiso la casualidad para mi desgracia que viniese al cabo de dos días al hospital un oficial llamado D. Juan Xipel, de los del depósito de Condé, el cual, viéndome, me dijo admirado: «Yo conozco muy bien a V. Ema., aunque se halle disfrazado». Le contesté con ademán de extrañar su lenguaje, pero replicó que me daba el tratamiento que me correspondía porque me había visitado junto con el brigadier Navarro, y había tenido el honor de comer en mi mesa. En seguida hizo los mayores esfuerzos para saber qué fines me inducían a querer estar incógnito sufriendo penalidades que podía muy bien evitar. Añadió que contase con él en todo cuanto pudiese hasta perder la vida.

No pude negarle la verdad de los hechos que citaba, porque efectivamente hice memoria de él, pero le encomendé el secreto con toda eficacia, diciéndole que así me convenía para poder regresar incógnito a mi patria y hacer evidente el mal estado de los prisioneros a fin de que fuesen socorridos. Parecióme que aquel oficial cumpliría esta

prevención, mas me engañé; y he aquí que comencé mi segunda época de cardenal, o sea el segundo acto de mi comedia.

Apenas D. Juan Xipel se despidió de mí fué a contarle a la superiora de las monjas del hospital, y no pasó media hora que me vi trasladado a una estancia de distinción. Discurrieron tres o cuatro días sin que yo conociese en otra cosa alguna que el secreto estuviera descubierto, pero pasados, hallándome con la superiora y con Xipel, entró en mi habitación el comisario de Guerra, quien, después de habernos saludado y cumplimentado en general, se dirigió particularmente a mí, diciendo que a no engañarse no le era desconocido mi fisonomía y le parecía haberme visto en España. Quise saber en qué paraje; respondió que fué en Madrid y en Toledo, y dije entonces que podía muy bien ser porque yo realmente había estado algún tiempo en ambas poblaciones. Hícele en seguida la pregunta de si me había visto con traje de militar o de paisano, y exabrupto dijo: «No, señor; es otro muy diferente el que llevaba V. Ema.»

Hacia rato que yo aguardaba esta contestación u otra semejante, sin embargo fingí haberme sorprendido que me diera aquel tratamiento, y respondió que era el que me convenía. Adopté entonces el mismo plan que tan buenos resultados me dió en la otra temporada, es decir, metí en el secreto al comisario y a la monja, encargándoles que lo guardasen por su parte, porque mi intención era entrar en España de simple eclesiástico luego de hecha la paz que de próximo se esperaba. No hubo medio de persuadirselo, y salió el comisario diciendo que

no podía permitirse que las autoridades y el pueblo dejasen de tributarme los honores que me eran debidos de justicia.

Yo me fuí a la capilla para estar solo y discutir sobre el papel que de nuevo iba a representar, y una hora después vino una monja a llamarme diciendo que se hallaban en mi cuarto el jefe militar, el comisario y el subprefecto. Salí sin detenerme, y encontré a los expresados sujetos junto con el vicario eclesiástico y una porción de monjas.

Al acercarme a ellos todos doblaron la rodilla, les di la bendición y se levantaron. Luego el comandante me manifestó que no podía permitir que yo permaneciese por más tiempo en el hospital, e iría a ocupar la habitación que había servido para mi príncipe. Fueron muchísimos los esfuerzos que hizo para que pasase a su casa, y al fin no pude menos de condescender, pero con la condición de que viniese conmigo sor Felicité, que era una joven monja destinada por la superiora para servirme; la contestación fué cogermela de la mano, y decir a la monja: «Vámonos, *ma sœur*», precedida venia de la superiora.

Entramos los tres en el coche y habiéndonos apeado en la casa de dicho comandante, que era un general, me condujo al gabinete que mi soberano había ocupado. Estuve asistido como un príncipe, y a los dos días me preguntó el noble patrón si al siguiente querría ir con él a Tours, capital de aquella antigua provincia de Turena, porque el general del departamento, que residía allí, estaría muy gustoso de que pasásemos un par de días en su compañía. Le dije que no tendría inconveniente en

complacerle si me encontrase con capa o manto digno de presentarme, y al momento compareció un sastre, que en diez horas lo confeccionó guarnecido de terciopelo morado con su cuello correspondiente. Este sastre vino acompañado de una señorita llamada Rosière, que me trajo una cruz y un anillo.

No teniendo ya la excusa de falta de traje, fué preciso conformarse a hacer la sobredicha visita. El comandante dió aviso anticipado al general para que todo estuviese prevenido, y salimos con su señora, el subprefecto y la monjita, llevando el acompañamiento de ocho gendarmes y diez coraceros.

Esta es una de las escenas más dignas de escribir en esta historia. A la distancia de hora y cuarto de la villa encontramos una avanzada de gendarmería que, reconociéndonos, despachó dos ordenanzas para que a escape avisasen a las autoridades nuestro arribo, y a poco menos de una hora hallamos al general con sus edecanes y ordenanzas y algunos coches en que iban el vicario general y otros eclesiásticos y personas principales. Se aparearon todas para cumplimentarme, y las recibí con las mayores demostraciones de cariño.

Concluída esta ceremonia, seguimos el camino hacia la villa, yendo el general y otros oficiales de guarnición al lado de las portezuelas de mi coche. A la entrada del puente se hallaban formados dos escuadrones de lanceros y un batallón de Infantería, y al pasar por su frente me presentaron las armas y batieron marcha, haciendo algunas descargas la muralla; hubo también repique de campanas. Todo el pueblo estaba alborotado, y me condujeron

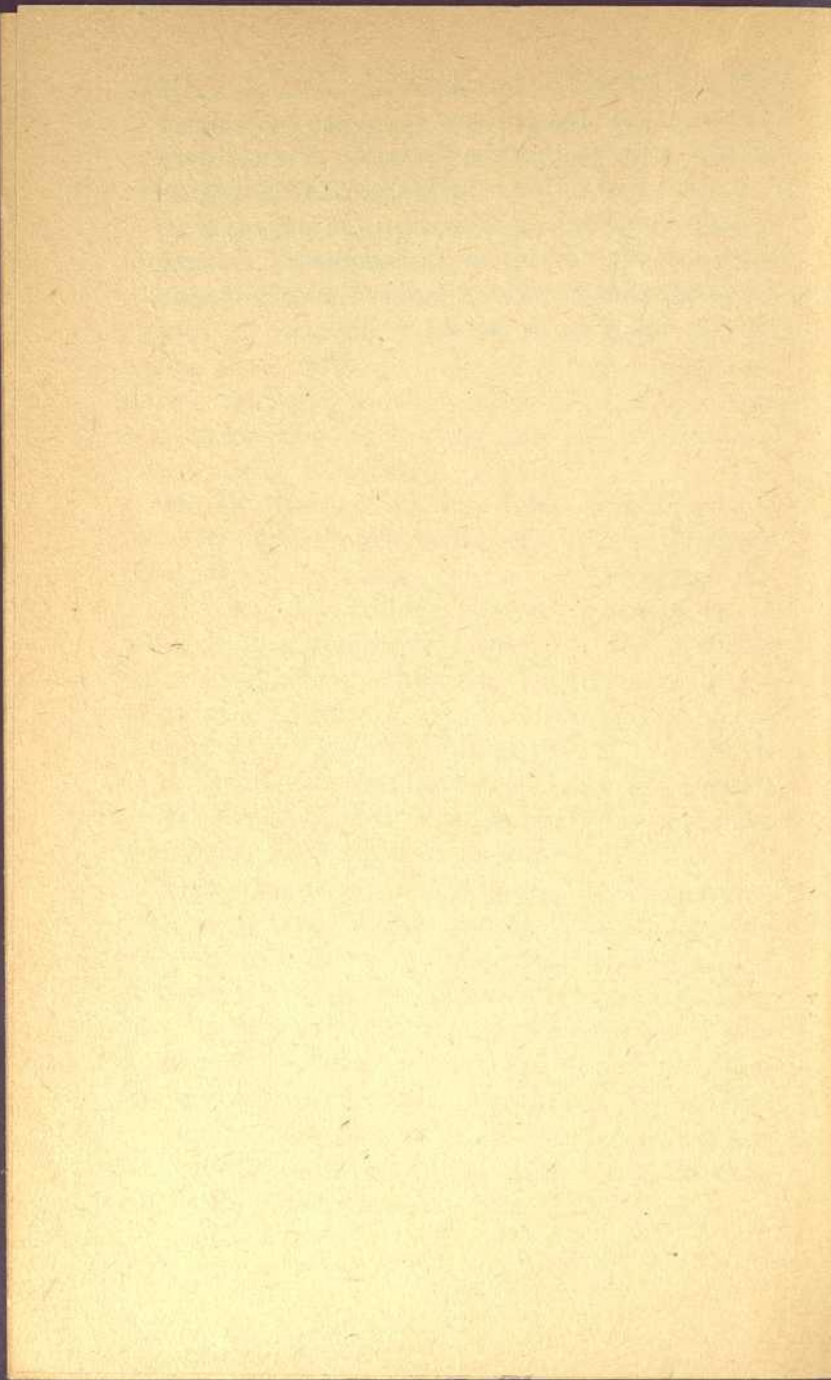
al palacio del arzobispo, donde pocos días antes se había alojado la Emperatriz, y dormí en la misma cama que sirvió para ella.

Tuve guardia de honor, compuesta de granaderos imperiales y de coraceros; vino a cumplimentarme todo lo mejor de la villa, que es una de las principales de Francia, y fué tanta la gente que se agolpó en el salón, y tanto mi sofoco y placer al mismo tiempo por el pastel que estaba pegando a los franceses, que me dió una fuerte congoja y caí en brazos del general.

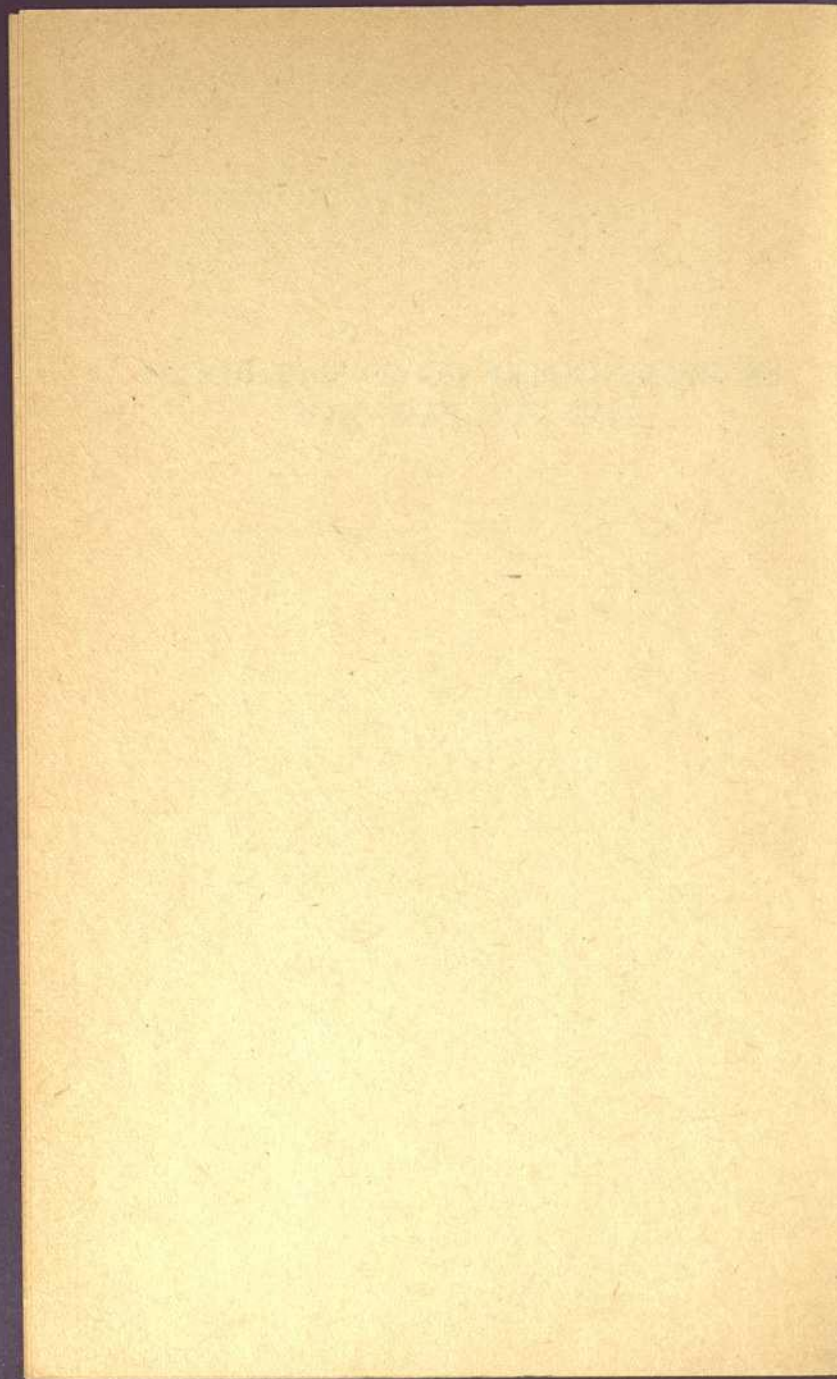
Éste, su señora, la monja y demás personas, asustadas, trataron de darme socorro; fueron llamados facultativos, los cuales dijeron era menester dejarme solo y con sosiego. El general ordenó al capitán de la guardia que pusiese un oficial subalterno en el salón para que no permitiese entrar a nadie más adentro, a excepción de las dos generalas y de sor Felicité, que quedaban encargadas de servirme. Dos facultativos estuvieron perennes toda la noche al lado de mi cama, y las generalas y la monja no durmieron un instante.

El día siguiente lo pasé en gran parte en la cama, obsequiado como se deja pensar, y burlándome yo interiormente de los que merodeaban; al otro día, en que me hallaba enteramente restablecido, el general de la plaza y de Chatur... determinaron que saliésemos a pasear y ver lo mejor de la villa, acompañándome siempre los médicos. Me enseñaron varias preciosidades en que yo no entendía ni mi entendimiento estaba bastante tranquilo para examinar, y determiné regresar a Chatur...

Me despedí de los médicos, dándoles una onza a cada uno, pues la generala me había provisto para éste y otros gastos; las autoridades nos acompañaron hasta fuera de la población a un largo trecho, y el general me abrazó, encargándome así él como su esposa que les escribiese desde mi patria cuando tuviese la felicidad de volver a ella.



ES RECONOCIDO COMO SARGENTO
POR SUS PAISANOS





Regresados a Chatur... como me hallaba con dinero determiné venir a España mediante acercarme a la frontera con un pasaporte que creí fácil conseguir; visité de despido a algunas personas de confianza, y no fué de las últimas la superiora de las monjas del hospital. Ésta me rogó que de tránsito me detuviese en la villa de Bourges, pues se hallaba con carta de la priora en que le pedía que se empeñase conmigo para que yo bendijese el noviciado y asistiese a la profesión de cuatro religiosas.

Por la ambición de recoger algún dinero más a fin de pasarlo bien en España, accedí a lo que me propuso la monja, y me salió la cosa tan al revés, que llevé el terrible chasco de que voy a hablar. Salí, en efecto, acompañado del cura y del caballero oficial D. Juan Xipel, y como se había hecho fama pública de mí en todos los pueblos del contorno, apenas nos apeamos en la fonda del pueblo donde resolvimos hacer alto para comer, que vino el párroco a buscarnos y nos llevó a su casa, donde hice traer la espléndida comida que en dicha fonda teníamos preparada. El cura, antes de marcharnos, quiso que su casa recibiese mi bendición, y se la di; habiendo sido tales sus efectos, que según supe por lo que se verá después, se le hundió la bodega a la media hora de habernos despedido.

Nuestro arribo al punto destinado fué feliz; muy diferente fué la salida. El general quiso llevarme a su casa, pero no lo prometí porque mi dirección era el convento. Recibí todos los honores y obsequios que pueden imaginarse; y el día inmediato siguiente tuvo lugar la ceremonia religiosa de dar el hábito. Los principales convidados para esta función comimos con el general, quien al levantarnos de la mesa me dijo que podíamos ir a paseo y a ver la iglesia; contesté que me parecía muy bien.

En aquel tiempo todos los depósitos de prisioneros puede decirse que eran ambulantes, pasando de continuo de uno a otro departamento, y de una población a otra. Quiso la fatal casualidad que hubiesen llegado allí algunos soldados de la guarnición de Ciudad Rodrigo, y me encontré de improviso en la alameda con el capellán del segundo batallón del regimiento de dicho nombre. Éste me conoció inmediatamente, y para mejor asegurarse fué a encontrar a algunos soldados y les dijo que fuesen en busca del que se decía cardenal de Borbón y vieses si conocían quién era. Dieron conmigo en la iglesia, y acercándose uno de ellos se arrodilló besándome la mano y recibiendo tres duros que le di. Reconociéronme bien y unánimes relacionaron al capellán que yo era el sargento primero que enseñaba el ejercicio al tercer batallón, llamado Mayoral e hijo de Salamanca.

En vista de esto marchóse corriendo el capellán a la casa del general y pidió hablarle sobre un negocio urgente; le refirió lo que acababa de expresarse; el general, fundado en el pasaporte, no qui-

so dar crédito a esta relación, pero viendo las seguridades del capellán, que respondía con su vida de lo que estaba diciendo, y citaba por testigos a los soldados de mi propio regimiento, dudó y se propuso hacer indagaciones. Me dirigió una esquela a fin de que sin tardanza fuese a su casa, conforme lo ejecuté.

Estando en su presencia, y habiendo dispuesto que nos dejasen solos, me exigió que le dijese quién era yo y cuál mi clase. Le manifesté con altivez que extrañaba la pregunta, y sin más palabras llamé al capellán que estaba tras cortina y le dijo: «Vea usted, padre, si reconoce a este caballero por el cardenal de Toledo». Me miró otra vez el capellán, y hablando al general le dijo que no podía faltar a la verdad y que yo le parecía, según mis facciones y estatura, que era un sargento primero del tercer batallón de Ciudad Rodrigo llamado Francisco Mayoral, natural de Salamanca.

El general me dijo entonces que respondiese a lo que acababa de oír, y yo, señalando con el dedo al capellán, contesté: «El señor se engaña y me hace un disfavor, pero la inocencia triunfará en medio de sus enemigos». El capellán sostuvo con firmeza su aserto, citando en apoyo suyo a un cabo de mi compañía y a dos soldados del mismo batallón. Vinieron también éstos a juicio, y bien enterado el general de sus declaraciones, mandó meterme en un calabozo y dijo que al día siguiente me haría fusilar. Me cogieron mis equipajes, un birlocho con dos caballos y la suma de cinco mil francos que había podido reunir; me amarraron de pies y manos, y metido en la cárcel

aguardaba por momentos el último de mi vida.

Doce días permanecí sin saber lo que sería de mí, y cuando menos pensaba, me dijo el alcaide que bajase porque era llegada la hora de partir. Lleno de regocijo, pronto hube cogido mis tristes equipajes, y al llegar a la cocina me encontré con cuatro gendarmes que en tono de mofa me preguntaron si les daba palabra de ser hombre de bien. Contesté que nada les daría que sentir; roguéles que tuviesen la bondad de conducirme según me correspondía y a caballo, porque no podía andar a pie, y con aire no menos socarrón dijeron que no perdiese cuidado, pues iría en posta.

Al llegar a la puerta de la calle encontré un carretón descubierto con un poco de paja encima tirado de dos bueyes, y me vi rodeado de bajo pueblo que hacía burla de mí, y no menos de las autoridades, profiriendo mil expresiones indecentes y clamando: «¡Vengan el general y las monjas a besar la mano al cardenal! ¡Haga salva la artillería en obsequio de este Borbón!»

Yo no me atrevía a levantar la cabeza ni la vista, no esperando sino el instante de echar a andar, pero mis malditos conductores lo retardaban a propósito para que se hiciese escarnio de mí. Marchamos por último, y habiéndose disipado un tanto la primera impresión de este desagradable lance, me lamenté a presencia del público de mi conducción indecente y de haberseme quitado mis equipajes y dinero.

Andando así destronado, hiciéronme pasar por el pueblo en que después de mi bendición se hundió la bodega. Había llegado antes que yo la no-

ticia del chasco. Salió, en consecuencia, a recibirme todo el vecindario, diciéndome a grandes voces que echase otra bendición para ver si salía un nuevo milagro. El cura no cesaba de gritar a los gendarmes que me quitasen de allí, no fuera que se cayese la iglesia y yo estaba corrido de vergüenza, deseando salir cuanto antes de aquel lugar, muy distante de pensar que me llevaban en derechura a Chatur...

Buen trecho antes de llegar a las paredes de esta villa, encontré todo el camino lleno de gente, no sólo del pueblo bajo, sino también de los principales que me habían prestado homenaje. Todos hacían burla de mí y decían con mofa a los gendarmes que me llevasen a la casa del general, donde tenía preparada una buena comida y la habitación y cama del príncipe de Asturias. Una nube de muchachos iba detrás de la carreta voceando y haciéndome gestos, y los pícaros gendarmes me pasearon por todo el pueblo antes de entrar en la cárcel.

El alcaide me metió en una de las peores estancias y me entró un poco de paja para acostarme. En estas tribulaciones deseaba mil veces que me quitasen la vida; crecía por momentos mi desesperación, y el mejor consuelo habría sido la más pequeña esperanza que perdí de poder otra vez engañar a los franceses por el mismo estilo u otro semejante.

Después de media hora de estar en la cárcel abrió el alcaide la puerta de mi calabozo y dijo que me traía una muy buena comida con su botella de vino, y que luego me pondría una de-

cente cama. Quise averiguar quién era el bienhechor y me contestó: «Usted coma y calle, que nada se le pide. —Adelante — dije —, pues», y comí un bocado pensando siempre cuál podía ser aquella alma caritativa.

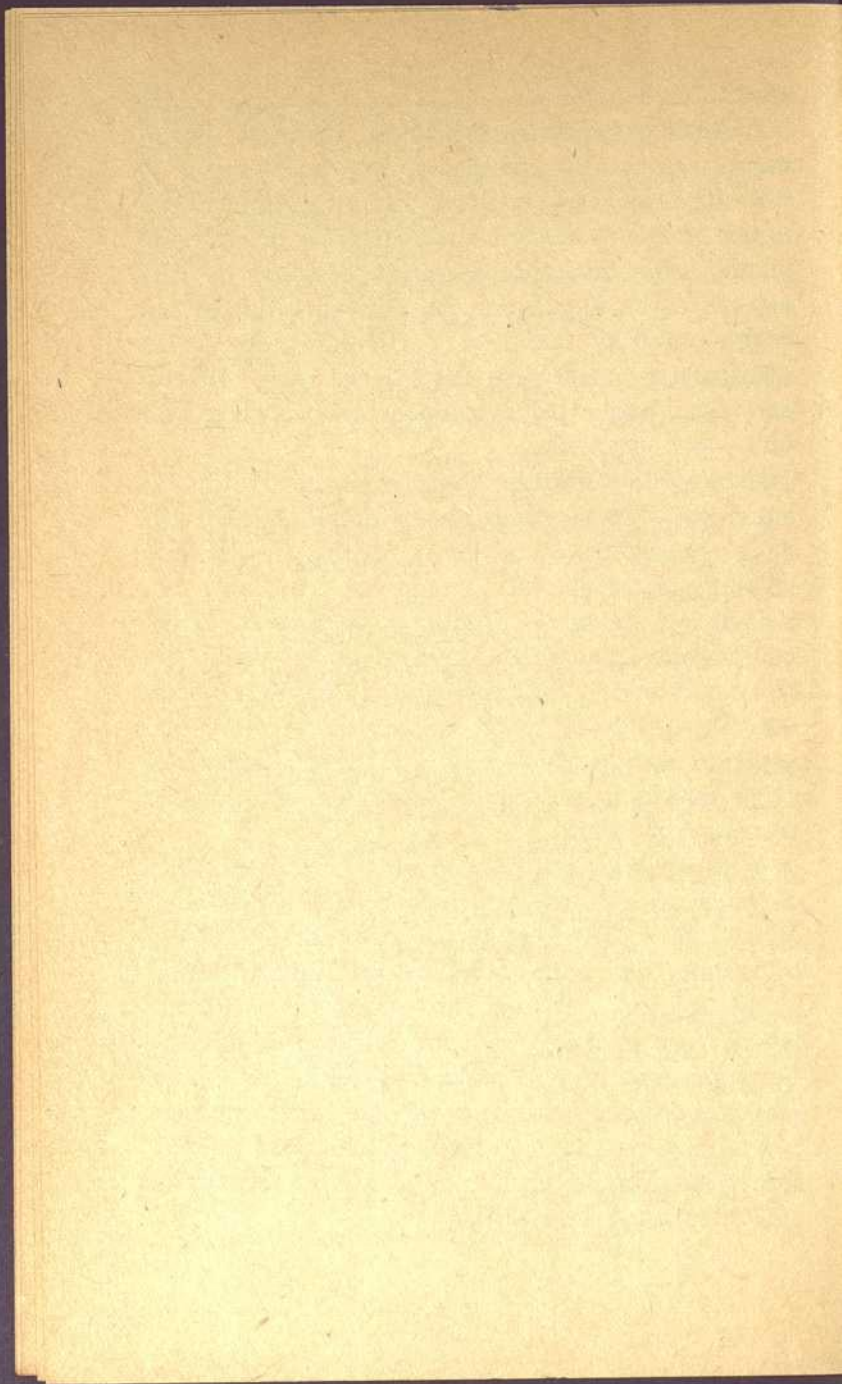
Descansé por la noche mejor de lo que pensaba, y a las diez de la mañana del día siguiente vino el carcelero a decirme que bajase hasta la puerta de la calle, donde me aguardaban dos sujetos. Cumplí, y me encontré con dos gendarmes, que me llevaron a las casas consistoriales. Entré en un salón donde estaban el general y las autoridades civiles; aquél me reconvino agriamente por mi valor o atrevimiento de permitir que se me hiciesen los honores debidos a un príncipe, y añadió que hablase sobre la disculpa que pensaba dar a él y a mi soberano cuando me restituyese a mi patria. Prosiguió diciendo que a lo menos le dijese quién era yo, que no tuviese ningún temor, pues no pensaba hacerme el menor daño, mientras estaría en aquella villa, y que deseaba conocerme por mi verdadero nombre y apellido.

No creí demasiado sinceras estas promesas; temí que si a las pruebas se añadía mi confesión me saliese peor la cuenta, y juzgué que era siempre mejor dejar alguna duda. Respondí, por lo tanto, que era el cardenal de Borbón; que la ignorancia de dos o tres soldados me había reducido a tal estado, y que el gobierno francés tenía el poco miramiento de tratarme como un criminal por estos solos dichos. Replicó el general que no le engañaría segunda vez, vinieron en esto los gendarmes, y me volvieron a la cárcel.

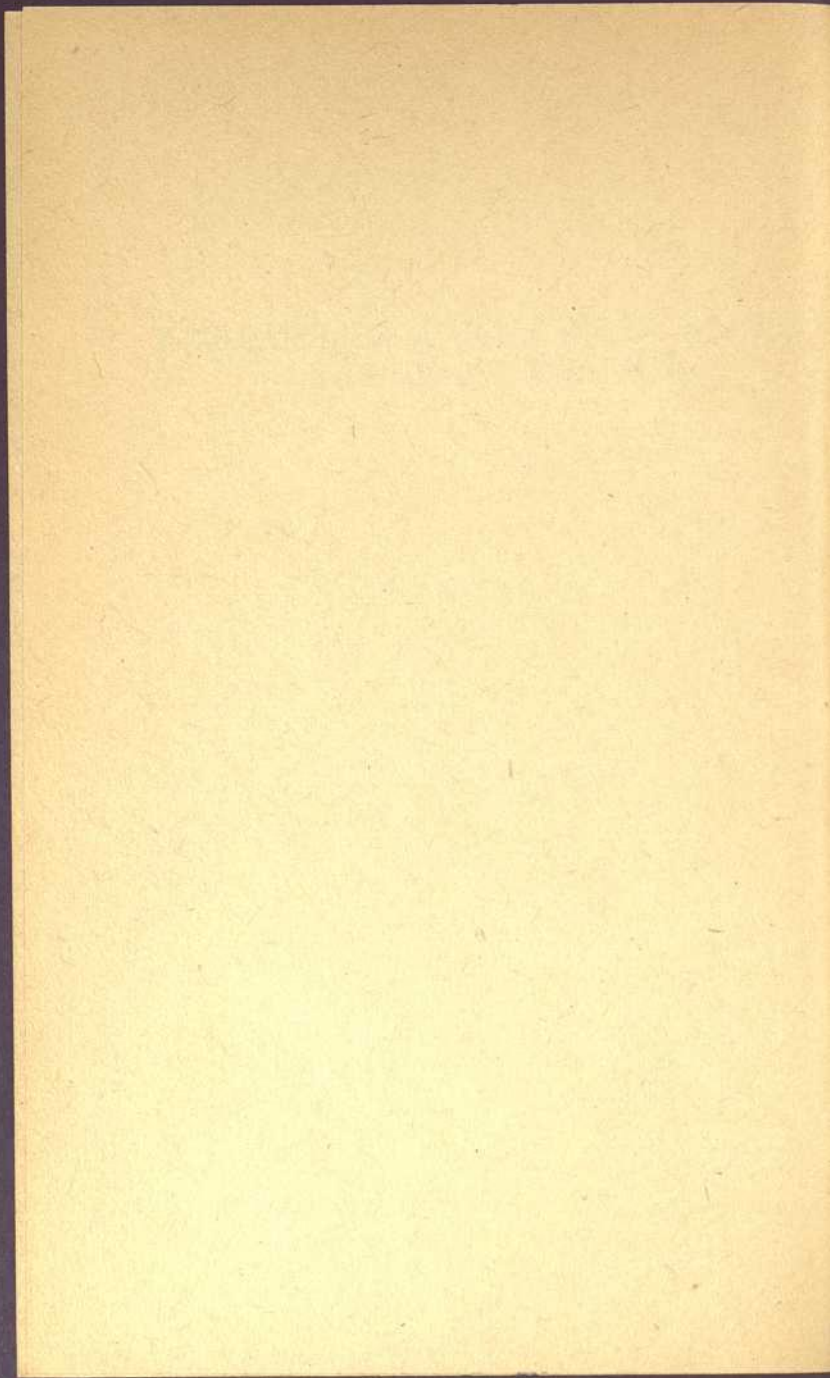
Cuatro días estuve en ella sin faltarme diariamente una buena comida, y me remitieron a la villa de Limoges. Mi miedo era extraordinario por lo que podía sucederme en los pueblos del tránsito donde había hecho de las mías. Siempre de cárcel en cárcel, llegué por fin a dicha villa sin haberme sucedido novedad particular, pero a las veinticuatro horas me despidieron para Brives, donde me había dado a conocer a la señorita Mavil... por cardenal.

Nada podía afligirme tanto como pisar otra vez aquel país. No sé cómo ni por dónde se hizo pública mi llegada, y no fué la última que lo supo mi antigua amiga. Mi entrada fué triunfante, como la de la vuelta a Chatur... y tuve la cárcel por posada. La señorita Mavil... no me visitó, pero su humanidad fué tanta que me envió inmediatamente una buena cena, ordenó al carcelero que pagando ella me diese toda la asistencia necesaria, y me hizo entregar cuatro luses de veinticuatro francos cada uno.

A los dos días salí para la villa de Cahors, donde se acordarán los lectores que eché a perder el órgano. Mi posada fué la de costumbre; y el día inmediato vino a la cárcel un eclesiástico llamado M. Abrand, exclamando: «¿Qué ha hecho usted por esa Francia; ha perdido usted el juicio?» Le rogué que no me hablase más del negocio, pues estaba muerto y lleno de pesar. Me espetó un sermoncillo, y me entregó veinte francos para que me socorriese. Más le agradecí esto que el sermón, el cual hizo muy poco efecto.



REBAJA SU JERARQUÍA ECLESIASTICA
A OBISPO SIN PÚRPURA



Salí de Cahors dando gracias a Dios por haberme librado de tropiezos de consideración en los pueblos que habían sido testigos de mis aventuras, y siempre de cárcel en cárcel llegué por primera jornada a Caussades. Diez días me detuvieron aquí, y acabé de gastar los pocos cuartos que me quedaban. El hambre me apretaba, y es claro que no hacía sino discurrir medios para aliviar mi infeliz suerte.

Entre los presos que estaban conmigo había un francés que me pareció hombre de talento y emprendedor. Trabé alguna amistad con él y le pedí que me extendiese un certificado en los términos que luego explicaré, encabezado a nombre del vicario general de Cahors, a quien conocí y traté según se ha visto en el decurso de esta historia. No puso grandes dificultades a prestarme este servicio, y en efecto, extendió dicho documento en que se certificaba que el portador, cuyas señas eran las mías, era D. Francisco Graviel Negrete, obispo de Plasencia, y presidente de Zamora, a quien las circunstancias de una triste revolución habían causado su desgracia, por lo cual encargaba y pedía a los Ilmos. Señores arzobispos y obispos, vicarios generales y demás eclesiásticos a quienes me presentase que me socorriesen en lo que les fuese posible, pues le constaba lo mucho que mi familia había hecho por los clérigos franceses emigrados en tiempo de la revolución.

Quedé contentísimo con este escrito, en el cual

veía el principio de otra burla no menos pesada que la anterior. Deseaba vengarme de las mofas últimamente recibidas. Mi impaciencia era grande por ver que no me sacaban de aquella villa, pero por fin, al cabo de tres o cuatro días, salí para la de Montauban.

Sin embargo de la poca probabilidad del buen resultado de mi proyecto, quise probarlo, porque nada iba a perder; no lo hubiera, no obstante, tal vez arriesgado, si hubiese sabido que mi pasaporte u orden de conducción hablase de mis hazañas, o si no hubiese debido creer que en los continuos cambios de gendarmes, se había perdido enteramente la memoria de ellas. Colocado, pues, en la cárcel de Montauban, llamé al alcalde, y con aire misterioso le dije me convenía que llevase inmediatamente un papel al vicario general. Le pedí oblea para cerrar una carpeta en que envolví mis credenciales, y lo hice en su presencia para más moverle la curiosidad de leer el pliego.

Así se verificó al parecer, pues apenas tuvo tiempo de haber andado cien pasos se vino corriendo, me sacó de entre los demás presos, me llevó a un cuarto separado, y me dijo que no tuviese cuidado que nada me faltaría, porque el vicario general y algún otro eclesiástico se habían refugiado en España en tiempo de la persecución.

Estuve esperando con temor el resultado de este primer paso, pues saliendo mal por conocerse la firma del certificado, o por tenerse noticias de mí, o por otra causa imprevista, iba a ser apaleado por el carcelero y perdía enteramente toda esperanza de burlarme otra vez de los franceses. Muy lar-

ga se me hizo la hora que se pasó en estas reflexiones, que fueron interrumpidas con la llegada del vicario general y otros dos curas.

Yo admiré y admiro más ahora la facilidad con que se dejaban llevar aquellas gentes de impresiones semejantes, pero ya conté con la ligereza que tanto me valió en otras ocasiones. Entró el vicario general, dándome el tratamiento de Ilma., exclamándose de mi desgracia, y exhortándome a la paciencia de los mártires. Luego dijo: «Vamos a otra cosa», y me preguntó qué era lo que necesitaba, porque venían dispuestos a socorrerme.

Viéndoles yo en aquel estado, traté de aprovecharlo para meterlos en mayor confusión; tan embaucados estaban, que juzgué que todo se les podía hacer creer. Les dije que la desgracia me había perseguido de todas maneras, pues me hallaba bastante bien equipado y tenía algún dinero, pero que en la casa donde nos detuvimos a comer un poco a la salida de Cahors desapareció mi maleta con todo lo que había en ella, siéndome lo más sensible la pérdida de todos los papeles, habiendo salvado casualmente la certificación que habían visto por llevarla en la faltriquera de mi levita.

Hice en seguida un poco el hipocritón, excitándome yo mismo a la paciencia en todos los trabajos, por ser la voluntad de Dios, y entonces el vicario general, con las lágrimas en los ojos y agarrándome las manos, dijo que mi conformidad era la de un santo, y que pronto se aliviarían mis penas. Encargó al carcelero que nada me faltase, y se marchó con sus compañeros, prometiendo volver más tarde.

Poco antes de anochecer cumplió su palabra, yendo acompañado de dos señoras. Éstas, al verme, se pusieron de rodillas, y les di la bendición que solicitaron. Lloraban, y yo las consolaba diciéndoles que no debíamos afligirnos por muchos trabajos que el Señor nos enviase, pues quería probar nuestra paciencia y resignación, que Él padeció en una cruz hasta perder la vida, y que nos dió una escuela de virtud que debíamos seguir. Viendo dichas señoras mi serenidad, cobraron valor; preguntaron qué era lo que me faltaba, y el vicario general, sin darme lugar a responder, les dijo que todo. Echaron entonces mano al bolsillo: me dieron cuatrocientos francos, a los cuales el vicario general juntó ciento por su parte, y añadieron que el día siguiente me traerían alguna ropa.

Con mi aumento de fortuna, bien cenado y buena cama, pasé una noche feliz y tranquila. Aguardé con ansia la venida del equipaje porque debía marchar al otro día; y en efecto, por la tarde se presentaron las mismas señoras y el vicario general trayéndome una levita nueva, unos pantalones, un chaleco, tres pañuelos, dos pares de medias, un corbatín y cuatro camisas. Yo no cabía en mí de gozo, y les di las más expresivas gracias; hubiese quedado ya contento con esto, pero mis bobos bienhechores dijeron que todavía querían hacer más. Pusieron las señoras en mis manos dos cartas de recomendación para unas amigas suyas, y el vicario general tres, la una para el de igual clase de Tolosa, y las dos para otros tantos canónigos.

Este presente fué apreciado de mí mucho más de lo que ellos creyeron, y salí de Montauban

hacia Tolosa con un buen carruaje; no descuidé gratificar a los gendarmes que me custodiaban, a fin de estar mejor servido. Llegué muy descansado a dicha villa, y fuí recibido por su alcalde mucho mejor de lo que lo había sido por los de las otras cárceles; un pequeño gesto de los gendarmes le dió a conocer que yo tenía que gastar.

Cuando hube reconocido y encontrado a mi gusto la habitación independiente que me dió el carcelero, pedí un criado para llevar unas cartas, y al momento llegó una mujer a recibir mis órdenes. Le encargué la entrega en manos propias de las personas a quienes iban dirigidas. Así lo cumplió, diciéndome que una de las señoras era baronesa, y la otra de las principales de la villa.

No dudé de que no tardaría mucho en tener visitas, y las primeras fueron de las dos damas que vinieron muy cerca la una de la otra. Ambas me obsequiaron muchísimo, preguntándome por sus amigas de Montauban, y rogándome les dijese con franqueza si había de menester alguna cosa; les respondí que por entonces nada me hacía falta, sino la libertad. Estuvieron un pequeño rato pensativas; hablaron entre sí alguna cosa a medias palabras, y en seguida me dijeron que tal vez respondiendo ellas de mí podrían lograr tenerme en una de sus casas. Les manifesté cuán agradecido debería quedar a tan singular fineza, y se marcharon.

No sé de qué resortes se valieron, ni cómo se trampeó la cosa, pero lo cierto es que al anochecer el carcelero mismo me acompañó a la casa de la baronesa de Cambr..., principiando de esta suerte un nuevo enredo, del cual salí más bien de lo

que debiera esperar. Dicha señora me aguardaba; la doncella abrió la puerta, y una señorita me condujo al gabinete donde estaba su mamá, la cual por sí misma acercó una silla a la suya para que me sentase.

Yo estaba loco de contento, porque en mi vida aventurera no podía apetecer sino lances de esta especie; pero de otra parte me hallaba confuso y sin tranquilidad. Teníamos con madre e hija una conversación indiferente, cuando entró el vicario a quien dijo el carcelero que me encontraría en casa de la baronesa, según así se lo dejamos advertido.

Aquel eclesiástico me llenó de obsequios; manifestó desear le indicase en qué podría serme útil, aunque consideraba que hallándome en compañía de la señora baronesa nada necesitaría, pero, no obstante, cumpliría en ponerse a mi disposición como a superior suyo y por el encargo que le habían hecho sus compañeros. Me pidió por último que le dijese si tenía algún inconveniente en que participase secretamente mi llegada al arzobispo.

Todo lo maravilloso y extraordinario me agradaba, y deseaba escenas peligrosas: era sumo el placer que me daba el salir bien de un terrible aprieto. Respondí en consecuencia que tenía mi beneplácito para manifestar a aquel prelado que yo disfrutaba por unos días la amable compañía de la señora baronesa. Se despidió con esto el vicario general.

Llegó muy pronto la hora de cenar, y después de haber concluido, siendo para mí los mejores bocados, que a porfía se disputaban poder darme madre e hija, dijo aquélla a ésta que junto con la donce-

lla, que tomó una luz, me acompañase a mi cuarto. La señorita, al dejarme, me tomó la mano para besarla y pidió que le diese mi bendición. Esto me costaba muy poco trabajo, y no me hice rogar segunda vez.

Pasé la noche cavilando, no tanto sobre el berenjenal en que me había metido, como en las gracias de la hija de la baronesa; sabía por experiencia que los grandes personajes tienen mucho adelantado para enamorar, y no desconfié por lo mismo de hacerme querer por ella. Madrugué bastante, y cuando, con motivo de haberme oído, llamó la doncella preguntando si se me ofrecía alguna cosa, supe que la señorita estaba levantada ya y que la madre no acostumbraba hacerlo hasta las diez.

Entró luego aquélla a darme los buenos días, y sus labios angelicales tocaron otra vez mi mano. Me contó con la mayor inocencia que había pasado una gran parte de la noche pensando en los trabajos que yo había padecido, y que se hubiese tenido por muy dichosa de aliviarlos, y aun de compartírselos conmigo. Contesté elogiando su buen corazón y su virtud, manifestándole mis esperanzas de que la Providencia permitiera que yo pudiese corresponder a tantos beneficios que estaba recibiendo de ella y de su mamá. Yo había salido maestro en el arte de amar místicamente, y supe conducirme tan bien, que la señorita dió muestras de estar místico-prendada de mí hasta el punto de desear venir una temporada a España conmigo si su madre le diera licencia.

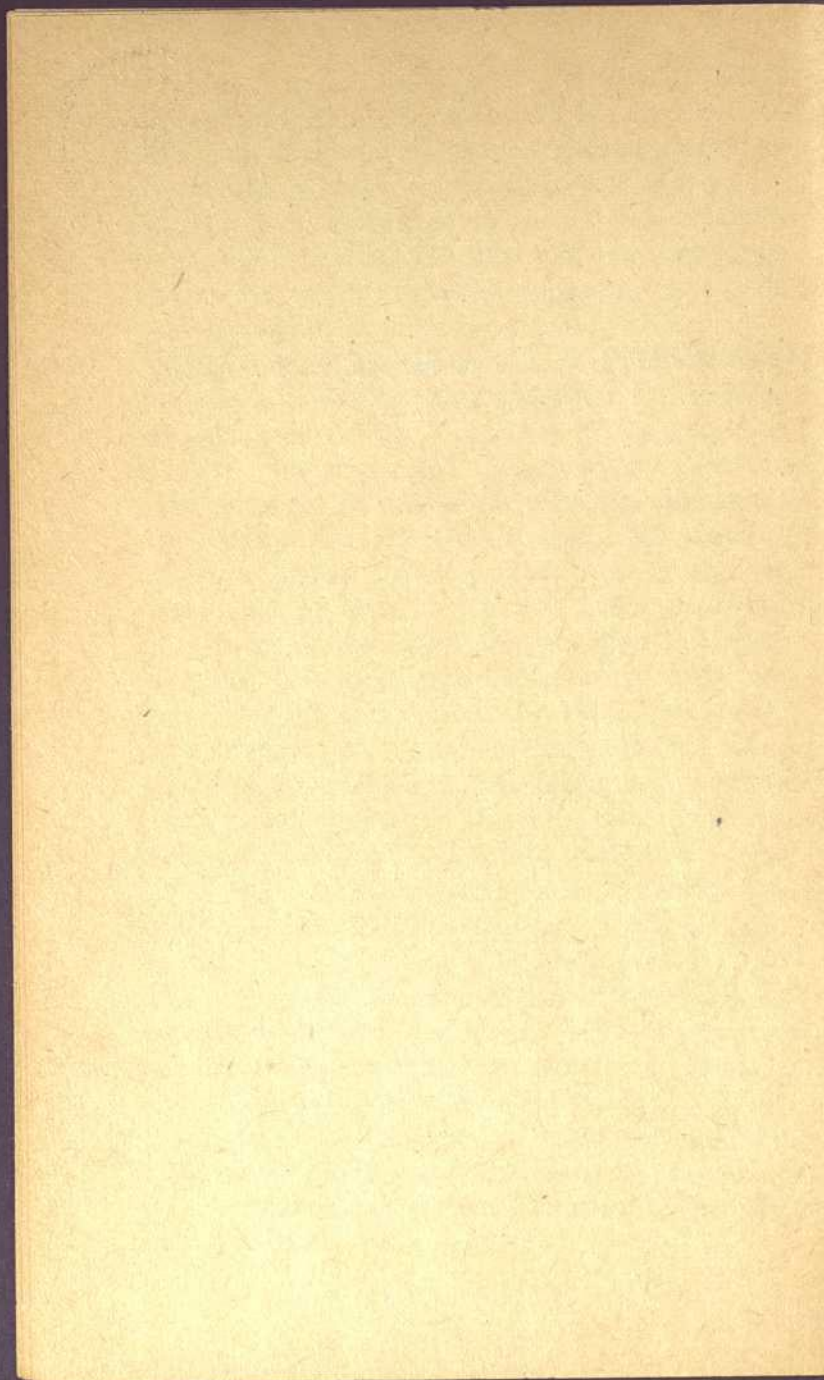
En el entretanto llegó la hora de levantarse la baronesa, la que por primera visita se vino a mí

apuesto, donde me encontró solo. Hízome una cortesía muy amable y majestuosa; preguntó si había descansado, y luego, sonriéndose, dijo que yo habría, sin duda, extrañado que no me besase la mano ni pidiese la bendición, pero que debía saber que ella no era católica. Añadió que no por esto creía estar faltada de humanidad y demás virtudes.

Como no iba preparado para un lance de esta naturaleza, quedé sin saber qué decir. La baronesa conoció mi turbación, y prosiguió diciendo que no admiraba mi suspensión porque seguramente yo hasta entonces no me habría visto tan obsequiado por personas de diferente religión. Me manifestó que no tuviese ningún cuidado, pues en su compañía nada me faltaría, y estaría quizá mejor que en la de un católico. Contesté que no me había sorprendido el decirme que su religión no era la mía, sino el que tampoco fuese la de su hija. Se enterneció la baronesa al oír estas palabras, e íbamos a proseguir nuestra conversación sobre esta materia, pero nos interrumpió la doncella avisando que el coche del arzobispo había parado en nuestra puerta.

Nos preparamos para recibir a S. Ilustrísima, que venía acompañado del vicario general, y aquél, después de hecho el saludo a la dueña de la casa, se vino a mí, y abrazándome y llamándome hermano me compadeció por los trabajos que el Señor se había dignado enviarme. Me ofreció su persona y palacio, sin entender agraviar a la señora baronesa, de quien estaba seguro recibía yo más obsequios de los que él podía dispensarme, y dijo que el día siguiente me esperaba a comer con dicha señora y su hija.

CONVIERTE A UNA HEREJE Y PARTE
PARA ESPAÑA





Para poder aceptar este convite se ofreció la dificultad de que yo no podía ser visto para no comprometer a las personas que consentían mi permanencia en aquella casa, pues mi posada debía ser la cárcel pública. Se discutió cuál sería el mejor medio, y por último se adoptó el de no valernos del coche del arzobispo ni del de la baronesa, y sí del de una hermana de ésta que tapaba perfectamente, de suerte que no seríamos conocidos. Y abrazándome otra vez el prelado, puso en mi mano dos mil francos en oro y se retiró.

La fortuna volvía a presentarse muy propicia y apenas me acordaba de los disgustos pasados. Mi tendencia a lo maravilloso o extraordinario me hacía olvidar con facilidad los peligros; y aquel día me ocupó exclusivamente la última conversación tenida con la baronesa. Busqué ocasión de proseguirla, y puesto en el empeño de emprender cosas grandes, formé el proyecto de convertir a dicha señora a la religión católica.

Nos hallábamos solos en un salón después de haber comido, e hice de manera que se volviese a hablar de la diferencia de religión entre ella y su hija. Manifestó entonces otra vez enternecida que ésta seguía la de su padre, y ella la del suyo también; que esta diversidad de opiniones le había ocasionado ciertos disgustillos domésticos, y que tampo-

co al presente gozaba la tranquilidad que su corazón apetecía.

Demosté que tomaba una gran parte en sus penas; hice ver que estaba lleno de sentimiento; añadí que un corazón como el suyo merecía poder abrazar a su hija sin el más leve motivo que acibarase aquel placer; entré luego en reflexiones que no sé de dónde ni cómo salieron, ni si eran buenas o malas; le rogué que abrazase la ley de su hija, y dije que si el lograrlo no dependiese más que de mi vida, la sacrificaría gustoso por su tranquilidad y en recompensa de los favores de que le era deudor.

A modo de aletargada quedó la baronesa. Le pregunté si le incomodaba mi conversación. Respondió que no; y en tono resuelto dijo haber determinado hacerse católica, y que daba gracias al Señor por haberle proporcionado esta ocasión para romper sobre un negocio que la ocupaba desde algunos años. Me encargó que lo participase al arzobispo, dejando a la dirección de los dos el disponer lo conveniente para su bautismo.

Fué una escena muy tierna la que luego siguió entre madre e hija, y ésta, creyéndome autor de su dicha, me mostraba de mil maneras su gratitud. Se pasó aquel día con una alegría inexplicable, y al siguiente fuimos a comer con el arzobispo según se lo teníamos prometido. Al levantarnos de la mesa llamé aparte al arzobispo y le participé la conversión de la baronesa; lo celebró muchísimo, se dirigió a ella dándole el parabién y exhortándola a que no se apartase de su propósito y se preparara para recibir el bautismo cuando gusta-

se. La baronesa respondió que se le diese tan pronto como fuese posible, y entonces, tomándola de la mano, el arzobispo la llevó a otro aposento, donde la instruyó en los misterios y preceptos de nuestra religión, que no eran desconocidos a dicha señora. Fué, no obstante, muy larga la conferencia, durante la cual permanecí cuasi siempre solo con la señorita, que me cobraba cada momento mucho más afecto. Conquistada para Dios el alma de su madre, no me hubiera disgustado conquistar a la hija para mí, y resolví trabajar para conseguirlo.

Volvieron al salón el arzobispo y la baronesa, y aquél dijo haber quedado acordés en que mañana recibiría el bautismo secretamente, a fin de que yo pudiese asistir a tan augusta ceremonia, pues, según ambos añadieron, a mí me correspondía servir de ministro. Me excusé diciendo al arzobispo que él era el pastor, y que yo me contentaba con asistir simplemente, pues así convenía, y respondió que se hiciese mi voluntad.

Regresamos a casa siendo hora de cenar, y después de haberlo hecho, las buenas noches de la baronesa fueron más expresivas, pues besó mi mano y me abrazó. La señorita, como de costumbre, vino a acompañarme hasta la puerta de mi gabinete, y se me mostró también más obsequiosa. Con este motivo entablamos formal conversación y nos declaramos mutuamente que el uno no se hallaba bien sino en compañía del otro. Hubo suspiros y desmayos, y una verdadera declaración de amor.

Se retiró la niña a su gabinete, y yo entré en el mío; no pude dormir en toda la noche, y a ella le sucedió otro tanto. Aquella misma mañana, des-

pués del desayuno, me regaló un anillo de diamantes: nuestra mayor pena era la de pensar en separarnos, y formábamos proyectos para evitarlo, otro de los cuales fué el que se realizó como se verá más adelante.

Se acercó la hora de ir al palacio del arzobispo para el bautismo de la baronesa. Salió el vicario general a recibirnos en la primera pieza, y después de haber estado un rato sola dicha señora con su prelado, se celebró la ceremonia sin más concurrentes. Habiéndose todos empeñado en que yo a lo menos designase el nombre, dije que le pusiesen el de María Luisa Francisca, esto es, el último por ser el mío propio, y los primeros los que había tomado fingiéndome cardenal. Concluída la función, me abrazó y besó la baronesa, diciéndome que dispusiese de cuanto ella poseía.

Se celebró la fiesta, quedándonos también a comer con Su Ilma., y nos retiramos bastante entrada la noche. Nos volvimos muy contentos a casa, y era tan extraordinario el gozo de la baronesa, que un rato que estuvimos solos en el salón se echó a mis brazos, expresando que no sabía cómo recompensarme el favor que le había hecho, me besó, e hizo demostraciones tales de cariño, que no me dejó cuasi dudar de que tenía dos queridas en una misma casa.

La orden que traían los gendarmes acerca de mi persona era la de conducirme de cárcel en cárcel hacia la frontera de España para dejarme en este territorio luego de concluída la paz que se tenía por hecha, y decía que se ignoraba quién era yo. Así fué que pudo, sin dificultad, alcanzarse que yo

permaneciese semioculto por una temporada en casa de la baronesa, y que tal vez hubiese podido durar más tiempo. Al cabo, empero, de un mes que estaba disfrutando con el mayor regalo de tan buena compañía, determiné salir con fin de hacerme en contradicho con el Rey Fernando, que supe se dirigía a España por Perpiñán, y pedirle perdón y obtener su indulto.

Con esta idea que yo llevé oculta dije a la baronesa que me convenía presentarme luego a mi soberano; ella prometió auxiliarme en todo cuanto pudiese, y en su consecuencia, después de bien tramado el plan, se hizo entender a la autoridad a quien correspondía, que me llevase a donde debiera.

El día antes de mi partida, la señorita marchó por disposición de su madre al pueblecito de Felc..., donde yo debía pernoctar, para tener prevenido un carruaje y buenos caballos. La baronesa se preparó para venir conmigo en el coche que alquilé, de suerte que parecía ir también custodiada por gendarmes, y llegados al citado lugarcillo, con dinero se logró que éstos nos permitiesen quedar en el mesón bajo la vigilancia de ellos mismos.

Todo lo había perfectamente ejecutado la señorita, acompañada de una mujer de confianza, con arreglo a las instrucciones de su madre. A medianoche, cuando todo el mundo descansaba y a la señal convenida, se me avisó por un criado del mesón metido en la trama que me dejase caer por la ventana con una cuerda que trajo preparada, y que a muy pocos pasos de distancia hallaría un carruaje que me aguardaba.

Nada se descubrió; subí en el coche, y sentado al lado de mi querida señorita se hizo muy corto el largo trecho que hubimos de andar hasta un pueblo llamado Salces. Aquí era donde pensó la baronesa que permaneciésemos escondidos en la casa de unos parientes suyos para realizar mi proyecto cuando llegase la ocasión. Fuimos recibidos con mucho agasajo por aquella honrada y virtuosa familia, y sin pérdida de tiempo se reunió con nosotros dicha señora baronesa.

Así que aquellas buenas gentes supieron por boca propia de ésta su conversión a la fe católica, no sabían qué hacer en obsequio mío, y la circunstancia de haber sabido que el Rey Fernando había ya entrado en España, por cual motivo no podía realizarse el proyecto que tanto nos dió que pensar y trabajar, hizo que no me negase a las reiteradas súplicas para que me detuviese una larga temporada en aquella casa. Permanecí más de un mes sin salir, y creyendo que después de tanto tiempo no corría ningún peligro, determiné dar un paseo por el pueblo. Reparé que mi persona había llamado mucho la atención de unos gendarmes y que no me perdieron de vista hasta verme entrar en casa, temí luego; y en efecto, no tardaron mucho en presentarse diciendo que tenían orden de llevarme a Perpiñán.

A ruegos de la baronesa, de su hija y de sus amigos, se pudo conseguir el retardo de mi marcha por quince días, bajo pretexto de hallarme enfermo; finido, empero, este plazo, fué preciso obedecer, y vinieron acompañándome hasta Perpiñán mis dos amigos. Yo fuí conducido al castillo o fuerte,

y la baronesa practicó diligencias en favor mío, para lo cual le sirvió mucho su parentesco con el prefecto.

Once días estuve en dicha ciudad, y aunque mi calidad era la de preso, tuve proporción de salir por las noches. Se acercaba el momento de entrar en mi amada patria; un sargento de la gendarmería me notificó con un día de anticipación que debíamos dirigirnos a la frontera; lo supieron la baronesa y su hija, y era mucho su dolor, solicitaron mi consentimiento, que les otorgué, para hacer diligencia a fin de poder disfrutar algunos días más de mi compañía, pero yo, que no deseaba sino salir cuanto antes de estos enredos, convine con el gendarme que marcharíamos aquella misma noche, y dejé una carta escrita para la baronesa, asegurándola de mi eterna estimación y agradecimiento. La fecha era de 21 de julio de 1814: y la firma, *Negrete*.

Dejé Perpiñán, despidiéndome de Francia y de todas mis glorias y reveses, conservando únicamente de aquéllas 400 francos, un buen equipaje y la satisfacción de haberme burlado completamente de mis enemigos. Me acompañaban diez gendarmes, dos de los cuales se adelantaron para dar aviso a Bellagarda de mi llegada, a fin de disponer la entrega de mi persona en La Junquera. Al pasar por frente de aquel fuerte se nos reunió un oficial con una partida de tropa francesa, quien notificó inmediatamente al comandante español de La Junquera que iba a entrar un personaje de su nación.

Dicho comandante, un regidor y el cura párroco

se adelantaron para saber quién era yo, habiendo dejado a la tropa formada para lo que fuese menester. Se hizo mi entrega con una solemnidad que admiraba; el oficial francés puso en manos del español varios papeles que hacían referencia a mí, y anduve muy agasajado hasta la casa consistorial. Aquí el comandante principió a examinar dichos papeles, y confuso por lo que de ellos resultaba, pues en los unos se me tenía por el cardenal de Borbón, en otros por un obispo, en otros por un sargento, y según otros era un enigma mi persona, mandó que nos dejasen solos. Me manifestó hallarse admirado de lo que estaba leyendo, y que quería le declarase quién era yo para tomar las ulteriores providencias convenientes. No vacilé en decirle quién era y en qué términos había engañado a los franceses, y la respuesta fué que el día inmediato saldría escoltado para presentarme al general de aquel cantón.

Así se verificó, y en el camino, sin que pudiese saber por quién ni cómo, me quitaron mi maleta, en que existía el corto patrimonio ahorrado en mis aventuras, y habiendo sido remitido al capitán general, entré en la ciudad de Barcelona, desde donde fuí conducido a la Ciudadela y colocado en un obscuro calabozo. Caí enfermo de resultas de esto al cabo de cuatro meses, y me hallo desde entonces en el hospital algo mejorado, pero con la salud perdida, aguardando el resultado de la causa principiada y deseando echarme a los pies del soberano para darle mis disculpas y obtener su perdón.

E P Í L O G O

De esta manera concluyó la relación de su historia aquel hombre singular, habiéndola escrito en los calabozos de la Ciudadela y de la Inquisición, y en las salas del hospital donde por fin murió bajo la misma calidad de preso. Durante los pocos meses que vivió después de su regreso a España, se manifestó extraordinariamente afligido por el modo con que fué tratado. Entre sus manuscritos dejó una tosca poesía titulada *Mis reflexiones*, en que dice no esperaba que al llegar a su amada patria se le privase de respirar su aire libre, por que tanto había suspirado, metiéndole en lóbregos y hediondos calabozos; muestra vivos deseos de que lo llevasen a presencia del soberano, pues creía dejarlo absorto si le escuchaba, no dudando obtener su perdón; demuestra no haber incurrido en ninguno de los varios delitos de que hace sucesivamente mención, y que se hubiera puesto en salvo si se hubiese creído culpable o podido pensar que recibiría el tratamiento que estaba experimentando; añade que el hecho de fingirse cardenal de Borbón, engañando a Napoleón y a la Francia, era una acción grande, por sola la cual merecía indulgencia de los excesos que hubiese en las circunstancias que le acompañaron; ruega a sus compatriotas que vivan seguros de que en su vida ningún otro crimen cometió, y concluye diciendo ser hi-

jo de un caballero cuyo corazón sensible sufriría mucho al saber sus padecimientos, los cuales debían acabar muy pronto con él.

También el sargento Francisco Mayoral ensayó en su encierro la formación de un drama en que hacía representar a varios personajes de que habla en su historia; su imaginación viva le inspiraba mil proyectos para que su nombre y hazañas se transmitiesen a la posteridad, y estos trabajos fueron interrumpidos demasiado pronto con la realización de sus tristes presentimientos. Es sensible, conforme él se exclamaba de ello, que con motivo de los varios saqueos que sufrieron sus equipajes se perdiesen unos papeles o notas que hubieran servido para formar su historia más circunstanciada en lugar y tiempo, y es todavía más sensible la temprana muerte de un hombre de cuyo talento y amor al país que le vió nacer podía esperar la patria eminentes servicios.

FIN

ÍNDICE DE AUTORES DE LA COLECCIÓN AUSTRAL

De los 900 Primeros Volúmenes

- ABOUT, EDMOND**
723-El rey de las montañas. *
- ABRANTES, DUQUESA DE**
495-Portugal a principios del siglo XIX.
- ADLER, ALFREDO**
775-Conocimiento del hombre. *
- AFANASIEV**
659-Cuentos populares rusos.
- AGUIRRE, JUAN FRANCISCO**
709-Discursos históricos. *
- AIMARD, G.**
276-Los tramperos del Arkansas. *
- AKSAKOV, S. T.**
849-Recuerdos de la vida de estudiante.
- ALARCÓN, PEDRO A. DE**
37-El capitán Veneno. - El sombrero de tres picos.
428-El escándalo. *
473-El final de Norma.
- ALIGHIERI, DANTE**
875-El convívio. *
- ALONSO, DÁMASO**
595-Hijos de la ira.
- ALTAMIRANO, IGNACIO M.**
108-El Zarco.
- ÁLVAREZ QUINTERO, S. y J.**
124-Puebla de las mujeres. - El genio alegre.
321-Malvaloca. - Doña Clarines.
- ALLISON PEERS, E.**
671-El misticismo español. *
- ANÓNIMO**
5-Poema del Cid. *
59-Cuentos y leyendas de la vieja Rusia.
156-Lazarillo de Tormes.
337-La historia de los nobles caballeros Oliveros de Castilla y Artus Dalgarbe.
359-Libro del esforzado caballero Don Tristán de Leonís. *
374-La historia del rey Canamor y del infante Turían, su hijo. - La destrucción de Jerusalem.
396-La vida de Estebanillo González. *
416-El conde Partinuplés. - Roberto el Diablo. - Clamades y Clarmonda.
622-Cuentos populares y leyendas de Irlanda.
668-Viaje a través de los mitos irlandeses.
712-Nala y Damayanti.
892-Cuentos del Cáucaso.
- ARAGO, F.**
426-Grandes astrónomos anteriores a Newton.
543-Grandes astrónomos. (De Newton a Laplace.)
556-Historia de mi Juventud.
- ARCIPRESTE DE HITA**
98-Libro de buen amor.
- ARÉNE, PAUL**
205-La Cebra de Oro.
- ARISTÓTELES**
239-La Política. *
296-Moral. (La gran moral. Moral a Eudemo.) *
318-Moral, a Nicómaco. *
- 399-Metafísica. *
803-El arte poético.
- ARRIETA, RAFAEL ALBERTO**
291-Antología.
406-Centuria porteña.
- ASSOLLANT, ALFREDO**
386-Aventuras del capitán Cercorán. *
- AUNÓS, EDUARDO**
275-Estampas de ciudades. *
- AUSTEN, JANE**
823-Persuasión. *
- AVELLANEDA FERNÁNDEZ DE, ALONSO**
603-El Quijote. *
- AZORÍN**
36-Lecturas españolas.
47-Trasuntos de España.
67-Españoles en París.
153-Don Juan.
164-El paisaje de España visto por los españoles.
226-Visión de España.
248-Tomás Rueda.
261-El escritor.
380-Capricho.
420-Los dos Luises y otros ensayos.
461-Blanco en azul.
475-De Granada a Castelar.
491-Las confesiones de un pequeño filósofo.
525-María Fontán.
551-Los clásicos redivivos. Los clásicos futuros.
568-El político.
611-Un pueblecito.
674-Rivas y Larra.
747-Con Cervantes. *
801-Una hora de España.
830-El caballero inactual.
871-Pueblo.
- BABINI, JOSÉ**
847-Arquimedes.
- BALMES, J.**
35-Cartas a un escéptico en materia de religión. *
71-El criterio. *
- BALZAC, H. DE**
77-Los pequeños burgueses.
793-Eugenia Grandet. *
- BALLANTYNE, ROBERTO M.**
259-La isla de coral.
517-Los mercaderes de pieles. *
- BALLESTEROS BERETTA, A.**
677-Figuras imperiales.
- BAROJA, PÍO**
177-La leyenda de Jaun de Alzate.
206-Las inquietudes de Shanti Andía. *
230-Fantasías vascas.
256-El gran torbellino del mundo. *
288-Las veleidades de la fortuna.
320-Los amores tardíos.
331-El mundo es así.
346-Zalacaín el aventurero.
365-La casa de Alzgorri.
377-El mayorazgo de Labraz.
398-La feria de los discretos. *

COLECCIÓN AUSTRAL

- 445-Los últimos románticos.
471-Las tragedias grotescas.
605-El laberinto de las sirenas.*
620-Paradox, rey.*
720-Aviraneta o La vida de un conspírador.*
- BASHKIRTSEFF, MARÍA**
165-Diario de mi vida.
- BAUDELAIRE, C.**
885-Pequeños poemas en prosa. - Crítica de arte.
- BAYO CIRO**
544-Lazarillo español.*
- BEAUMARCHAIS, P. A. CARON DE**
728-El casamiento de Figaro.
- BÉCQUER, GUSTAVO A.**
3-Rimas y leyendas.
788-Desde mi celda.
- BENAVENTE, JACINTO**
34-Los intereses creados.-Señora ama.
84-La Malquerida. - La noche del sábado.
94-Cartas de mujeres.
305-La fuerza bruta. - Lo cursi.
387-Al fin, mujer. - La honradez de la cerradura.
450-La comida de las fieras.-Al natural.
550-Rosas de otoño. - Pepa Doncel.
701-Titanía. - La Infanzona.
- BERCEO, GONZALO DE**
344-Vida de Sancto Domingo de Silos. Vida de Sancta Orla, virgen.
716-Milagros de Nuestra Señora.
- BERDIAEFF, N.**
26-El cristianismo y el problema del comunismo.
61-El cristianismo y la lucha de clases.
- BERGERAC, CYRANO DE**
287-Viaje a la Luna. - Historia cómica de los Estados e Imperios del Sol.*
- BERNÁRDEZ, FRANCISCO LUIS**
610-Antología poética.*
- BJOERNSON, BJOERNSTJERNE**
796-Synnöve Solbakken.
- BLASCO IBÁÑEZ, VICENTE**
341-Sangre y arena.*
351-La barraca.
361-Arroz y tartana.*
390-Cuentos valencianos.
410-Cañas y barro.*
508-Entre naranjos.*
581-La condenada. - Otros cuentos.
- BOECIO, SEVERINO**
394-La consolación de la filosofía.
- BORDEAUX, HENRI**
809-Yamilié.
- BOSSUET**
564-Oraciones fúnebres.*
- BOSWELL, JAMES**
899-La vida del Dr. Samuel Johnson.*
- BOUGAINVILLE, L. A. DE**
349-Viaje alrededor del mundo.*
- BREWSTER, RALPH H.**
690-Las seis mil barbas de Athos.
- BRUNETIERE, FERNANDO**
783-El carácter esencial de la literatura francesa.
- BURTON, ROBERT**
669-Anatomía de la melancolía.
- BUTLER, SAMUEL**
285-Erewhon.*
- BYRON, LORD**
111-El Corsario. - Lara. - El sitio de Corinto. - Mazorca.
- CALDERÓN DE LA BARCA**
39-El alcalde de Zalamea. - La vida es sueño.*
289-Casa con dos puertas mala es de guardar. - El mágico prodigioso.
384-La devoción de la cruz. - El gran teatro del mundo.
496-El mayor monstruo del mundo. - El príncipe constante.
593-No hay burlas con el amor. - El médico de su honra.*
659-A secreto agravio secreta venganza. - La dama duende.
- CAMBA, JULIO**
22-Londres.
269-La ciudad automática.
295-Aventuras de una peseta.
343-La casa de Lóculo.
654-Sobre casi todo.
687-Sobre casi nada.
714-Un año en el otro mundo.
740-Plays, ciudades y montañas.
754-La rana viajera.
791-Alemania.*
- CAMPOAMOR, R. DE**
238-Doloras. - Cantares. - Los pequeños poemas.
- CANCELA, ARTURO**
423-Tres relatos porteños y Tres cuentos de la ciudad.
- CANÉ, MIGUEL**
255-Juvenilia y otras páginas argentinas.
- CAPDEVILA, ARTURO**
97-Córdoba del recuerdo.
222-Las invasiones inglesas.
352-Primera antología de mis versos.*
506-Tierra mía.
607-Rubén Darío.
810-El Padre Castañeda.*
- CAPUA, SAN FRANCISCO DE**
678-Vida de Santa Catalina de Siena.*
- CARLYLE, TOMAS**
472-Los primitivos reyes de Noruega.
- CARRERE, EMILIO**
891-Antología poética.
- CASARES, JULIO**
469-Crítica profana.*
- CASTELAR, EMILIO**
794-Ernesto.*
- CASTELO BRANCO, CAMILO**
582-Amor de perdición.*
- CASTIGLIONE, BALTASAR**
549-El cortesano.*
- CASTRO, GUILLÉN DE**
583-Las mocedades del Cid.*
- CASTRO, ROSALÍA**
243-Obra poética.
- CEBES**
733-La tabla de Cebes.
- CERVANTES, M. DE**
29-Novelas ejemplares.*
150-Don Quijote de la Mancha.*
567-Novelas ejemplares.*

INDICE DE AUTORES

- 686-Entremeses.
774-El cerco de Numancia y El gallardo español.
- CÉSAR, JULIO**
121-Comentarios de la Guerra de las Galias. *
- CICERÓN**
339-Los oficios.
- CIEZA DE LEÓN, P. DE**
507-La crónica del Perú. *
- CLARÍN (LEOPOLDO ALAS)**
444-¡Adiós, «Cordera!» y otros cuentos.
- CLERMONT, EMILIO**
816-Laura. *
- COLOMA, P. LUIS**
413-Pequeñeces. *
421-Jeremín. *
435-La reina mártir. *
- COLÓN, CRISTÓBAL**
633-Los cuatro viajes del Almirante y su Testamento. *
- CONCOLORCORVO**
609-El lazarrillo de ciegos caminantes. *
- CONDAMINE, C. MARIA DE LA**
268-Viaje a la América meridional.
- CORNÉILLE, PEDRO**
813-El Oíd. - Nicomedes.
- CORTÉS HERNÁN**
547-Cartas de relación de la conquista de Méjico. *
- COSSIO, JOSÉ MARIA DE**
490-Los toros en la poesía.
762-Romances de tradición oral.
- COSSIO, MANUEL B.**
508-El Greco. *
- COUSIN, VICTOR**
696-Necesidad de la filosofía.
- CROCE, B.**
41-Breviario de estética.
- CROWTHER, J. G.**
497-Humphry Davy. - Michael Faraday (hombres de ciencia británicos del siglo XIX).
509-J. Prescott Joule. W. Thomson. J. Clerk Maxwell (hombres de ciencia británicos del siglo XIX). *
518-T. Aiva Edison. J. Henry (hombres de ciencia norteamericanos del siglo XIX).
540-Benjamin Franklin. J. Willard Gibbs (hombres de ciencia norteamericanos). *
- CRUZ, SOR JUANA INÉS DE LA**
12-Obras escogidas.
- CUEVA, JUAN DE LA**
895-El infamador. - Los siete infantes de Lara.
- CUI, CÉSAR**
758-La música en Rusia.
- CURIE, EVA**
453-La vida heroica de María Curie. *
- CHAMISSO, ALBERT DE**
652-El hombre que vendió su sombra.
- CHATEAUBRIAND, F.**
50-Atala - René. - El último Abencerraje.
- CHEJOV, ANTÓN P.**
245-El jardín de los cerezos.
- 279-La cerilla sueca.
348-Historia de mi vida.
418-Historia de una anguila.
753-Los campesinos.
838-La señora del perro y otros cuentos.
- CHESTERTON, GILBERT K.**
20-Santo Tomás de Aquino.
125-La Esfera y la Cruz. *
170-Las paradojas de Mr. Pond.
523-Charlas. *
535-El hombre que fué Jueves. *
546-Ortodoxia. *
580-El candor del padre Brown. *
598-Pequeña historia de Inglaterra. *
625-Armas y digresiones.
637-Enormes minucias. *
- CHO'ANO, JOSÉ SANTOS**
751-Antología poética. *
- CHMELEV, IVAN**
95-El camarero.
- DANA, R. E.**
429-Dos años al pie del mástil.
- DARÍO, RUBÉN**
19-Azul.
118-Ortos de vida y esperanza.
282-Poema del cefeo.
404-Prosas profanas.
516-El canto errante.
860-Poemas en prosa.
871-Canto a la Argentina. - Oda a Mitre - Canto épico a las glorias de Chile.
880-Cuantos.
- DAUDET, ALFONSO**
738-Cartas desde mi molino.
755-Tartarín de Tarascón.
- DÁVALOS, JUAN CARLOS**
617-Cuentos y relatos del Norte argentino.
- DELEDDA, GRAZIA**
571-Cósima.
- DELFINO, AUGUSTO MARIO**
463-Fin de siglo.
- DELGADO, JOSÉ MARIA**
563-Ivan María. *
- DEMAISON, ANDRÉ**
262-El libro de los animales llamados salvajes.
- DESCARTES**
6-Discursos del método.
- DÍAZ CARABATE, ANTONIO**
711-Historia de una taberna. *
- DÍAZ DE GUZMÁN, RUY**
519-La Argentina. *
- DÍAZ-PLAJA, GUILLERMO**
297-Hacia un concepto de la literatura española.
- DICKENS, C.**
13-El grillo del hogar.
658-El reloj del señor Humphrey.
717-Cuentos de Navidad.
772-Cuentos de Boc.
- DICKSON, C.**
757-Murió como una dama. *
- DIEGO, GERARDO**
219-Primera antología de sus versos.
- DINIZ, JULIO**
732-La mayorazguita de los cañaverales. *

- DONOSO, ARMANDO**
376-Algunos cuentos chilenos. (Antología de cuentistas chilenos.)
- DONOSO CORTÉS, JUAN**
864-Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo. *
- D'ORS, EUGENIO**
465-El valle de Josafat.
- DOSTOYEVSKI, F.**
167-Stepántchikovo.
267-El jugador.
322-Noches blancas. - El diario de Raskólnikov.
- DUMAS, ALEJANDRO**
882-Tres maestros (Miguel Angel, Ticiano, Rafael).
- DUNCAN, DAVID**
687-La hora en la sombra.
- ECHAGUE, JUAN PABLO**
453-Tradiciones, leyendas y cuentos argentinos.
- EPICTETO**
733-Enquiridión o Máximas.
- ERASMO**
682-Coloquios. *
- ERCILLA, ALONSO DE**
722-La Araucana.
- ERCKMANN-CHATRIAN**
486-Cuentos de orillas del Rhin.
- ESPINA, A.**
174-Luis Candelas, el bandido de Madrid.
290-Ganivet. El hombre y la obra.
- ESPINOSA, AURELIO M.**
585-Cuentos populares de España. *
- ESPINOSA, AURELIO M. (h)**
645-Cuentos populares de Castilla.
- ESQUILO**
224-La Orestíada. - Prometeo encadenado.
- ESTÉBANEZ CALDERÓN, S.**
188-Escenas andaluzas.
- EURÍPIDES**
432-Alceste. - Las Bacantes. El cíclope.
623-Electra, Hígenia en Táuride. - Los Troianos.
653-Orestes. - Medea. - Andrómaca.
- EYZAGUIRRE, JAIME**
641-Ventura de Pedro de Valdivia.
- FAULKNER, W.**
493-Santuario. *
- FERNÁN CABALLERO**
56-La familia de Alvareda.
364-La Gaviota. *
- FERNÁNDEZ DE VELASCO Y PIMENTEL, B.**
662-Deleite de la discreción. - Fácil escuela de la agudeza.
- FERNÁNDEZ-FLOREZ**
145-Las gafas del diablo.
225-La novela número 13. *
263-Las siete columnas.
284-El secreto de Barba Azul. *
325-El hombre que compró un automóvil.
- FERNÁNDEZ MORENO, B.**
204-Antología 1915-1947. *
- FIGUEIREDO, FIDELINO DE**
692-La lucha por la expresión.
741-Bajo las cenizas del tedio.
850-Historia literaria de Portugal. (Introducción histórica. - La lengua y literatura portuguesas. - Era medieval: De los orígenes a 1502.)
861-Historia literaria de Portugal. (Era clásica: 1502-1825.) *
878-Historia literaria de Portugal. (Era romántica: 1825-Actualidad.)
- FÓSCOLO, HUGO**
898-Últimas cartas de Jacobo Ortiz.
- FOUILLÉE, ALFREDO**
846-Aristóteles y su polémica contra Platón.
- FOURNIER D'ALBE**
663-Efestos. Quo vadimus.
- FRANKLIN, B.**
171-El libro del hombre de bien.
- FULOP MILLER, RENÉ**
548-Tres episodios de una vida.
840-Teresa de Avila, la Santa del éxtasis.
- GABRIEL Y GALÁN**
808-Castellanas. - Nuevas castellanas. - Extremeñas. *
- GÁLVEZ, MANUEL**
355-El gaucha de Los Cerrillos.
433-El mal metafísico. *
- GALLEGOS, RÓMULO**
168-Doña Bárbara. *
192-Canteciaro. *
213-Canaima. *
244-Reinaldo Solar. *
307-Pobre negro. *
338-La trepadora. *
425-Sobre la misma tierra. *
851-La rebelión y otros cuentos.
- GANIVET, A.**
126-Cartas finlandesas. - Hombres del Norte.
139-Idearium español. - El porvenir de España.
- GARCÍA DE LA HUERTA, VICENTE**
684-Raquel. - Agamenón vengado.
- GARCÍA GÓMEZ, E.**
162-Poemas arábigoandaluces.
513-Cinco poetas musulmanes. *
- GARCÍA Y BELLIDO, A.**
515-España y los españoles hace dos mil años, según la geografía de Strábon. *
744-La España del siglo I de nuestra era. *
- GARIN, NICOLÁS**
708-La primavera de la vida.
719-Los colegiales.
749-Los estudiantes.
883-Los Inmigrantes. *
- GÉRARD, JULIO**
367-El matador de leones.
- GIL, MARTÍN**
447-Una novena en la sierra.
- GOBINEAU, CONDE DE**
893-La danzarina de Shamaka y otras novelas asiáticas.
- GOETHE, J. W.**
60-Las afinidades electivas. *



- 449-Las cuitas de Werther.
608-Fausto.
752-Egmont.
- GOGOL, N. V.**
173-Tarás Bulba. - Nochebuena.
746-Cuentos ucranios.
- GOLDSMITH, OLIVERIO**
869-El vicario de Wakefield. *
- GOMES DE BRITO, BERNARDO**
825-Historia trágico-marítima. *
- GÓMEZ DE AVELLANEDA, G.**
498-Antología (poesías y cartas amorosas).
- GÓMEZ DE LA SERNA, R.**
14-La mujer de ámbar.
143-Greguerías 1940-45.
308-Los muertos, las muertas y otras fantasmagorías.
427-Don Ramón María del Valle-Inclán. *
- GOMPERTZ, MAURICE**
529-La panera de Egipto.
- GONCOURT, EDMUNDO**
873-Los hermanos Zemganno. *
- GONCOURT, E. Y J. DE**
853-Renata Mauparin. *
- GÓNGORA, L. DE**
75-Antología.
- GONZÁLEZ DE MENDOZA, PEDRO**
689-El concilio de Trento.
- GONZÁLEZ MARTÍNEZ, E.**
333-Antología poética.
- GONZÁLEZ OBREGÓN, L.**
494-México viejo y anecdótico.
- GOSS, MADELEINE**
587-Sinfonía inconclusa. *
670-Brahms. *
- GOSSE, PHILIP**
795-Los corsarios berberiscos. - Los piratas del Norte. (Historia de la piratería.)
814-Los piratas del Oeste. - Los piratas de Oriente. (Historia de la piratería.) *
- GRACIÁN, BALTASAR**
49-El héroe. - El discreto.
258-Agudeza y arte de ingenio. *
400-El crítico. *
- GRANADA, FRAY LUIS DE**
642-Introducción del símbolo de la fe. *
- GUEVARA, ANTONIO DE**
242-Epístolas familiares.
759-Menosprecio de corte y Alabanza de aldea.
- GUICCIARDINI, FRANCESCO**
786-De la vida política y civil.
- GUINNARD, A.**
191-Tres años de esclavitud entre los patagones.
- HARDY, T.**
25-La bien amada.
- HAWTHORNE, NATHANIEL**
819-Cuentos de la Nueva Holanda.
- HAVEN SCHAUFFLER, R.**
670-Brahms. *
- HEARN, LAFCADIO**
217-Kwaidan.
- HEBBEL, C. F.**
569-Los Nibelungos.
- HEBREO, LEÓN**
704-Diálogos de amor. *
- HEGEL, G. F.**
594-De lo bello y sus formas. *
726-Sistema de las artes.
773-Poética. *
- HEINE, E.**
184-Noches florentinas.
- HENNINGSEN, C. F.**
750-Zumalacárregui. *
- HERCZEG, F.**
66-La familia Gyurkovics. *
- HERNÁNDEZ, J.**
8-Martín Fierro.
- HESSEN, J.**
107-Teoría del conocimiento.
- HOFFMANN**
863-Cuentos. *
- HORACIO**
643-Odas.
- HUARTE, JUAN**
539-Examen de Ingenios. *
- HUDSON, G. E.**
182-El Ombú y otros cuentos rioplatenses.
- HUGO, VICTOR**
619-Hernani. - El rey se divierte.
652-Literatura y filosofía.
673-Cromwell. *
- IBARBOUROU, JUANA DE**
265-Poemas.
- IBSEN, H.**
193-Casa de muñecas. - Juan Gabriel Borkman.
- INFANTE, DON JUAN MANUEL**
676-El conde Lucanor.
- INSÚA, A.**
82-Un corazón burlado.
316-El negro que tenía el alma blanca. *
328-La sombra de Peter Wald. *
- IRVING, WASHINGTON**
186-Cuentos de la Alhambra.
476-La vida de Mahoma. *
765-Cuentos del antiguo Nueva York.
- ISÓCRATES**
412-Discursos histórico-políticos.
- JAMESON, EGON**
93-De la nada a millonarios.
- JAMMES, FRANCIS**
9-Rosario al Sol.
894-Los Robinsones vascos.
- JANINA, CONDESA OLGA**
(«Robert Franze»)
782-Los recuerdos de una cosaca.
- JENOFONTE**
79-La expedición de los diez mil (Anábasis).
- JOLY, HENRY**
812-Obras clásicas de la filosofía. *
- JONES, T. W.**
663-Hermes.
- JUNCO, A.**
159-Sangre de Hispania.
- KANT**
612-Lo bello y lo sublime. - La paz perpetua.
648-Fundamentación de la metafísica de las costumbres.

- KELLER, GOTTFRIED**
323-Los tres horrados peláeros y otras novelas.
- KEYSERLING, CONDE DE**
92-La vida íntima.
- KIERKEGAARD, SØREN**
158-El concepto de la angustia.
- KINGSTON, W. H. G.**
375-A lo largo del Amazonas. *
474-Salvado del mar. *
- KIPLING, RUDYARD**
821-Capitanes valientes. *
- KIRKPATRICK, F. A.**
130-Los conquistadores españoles. *
- KITCHEN, FRED**
831-A la par de nuestro hermano el bucy. *
- KLEIST, HEINRICH VON**
865-Michael Kohlhaas.
- KOTZEBUE, AUGUSTO DE**
572-De Berlín a París en 1804. *
- KSCHEMISVARA**
215-La ira de Caúsica.
- LABIN, EDUARDO**
575-La liberación de la energía atómica.
- LAERCIO, DIGGENES**
879-Vida de los filósofos más ilustres.
- LAIN ENTRALGO, PEDRO**
784-La generación del noventa y ocho. *
- LAMARTINE, ALFONSO DE**
858-Graziella.
- LAMS, CARLOS**
675-Cuentos basados en el teatro de Shakespeare. *
- LAPLACE, P. S.**
688-Breve historia de la astronomía.
- LARBAUD, VALÉRY**
40-Fermina Márquez.
- LARRA, MARIANO JOSÉ DE**
306-Artículos de costumbres.
- LARRETA, ENRIQUE**
74-La gloria de don Ramiro. *
85-«Zogolbi».
247-Santa Marfa del Buen Aire. Tiempos iluminados.
382-La calle de la vida y de la muerte.
411-Tenía que suceder. - Los dos fundaciones de Buenos Aires.
438-El hinyera. - Pasión de Roma.
510-La que buscaba Don Juan. - Artermis. - Discursos.
560-Jerónimo y su almohada. - Notas diversas.
700-La naranja.
- LATORRE, MARIANO**
680-Chile, país de rincones. *
- LEÓN, FRAY LUIS DE**
51-La perfecta casada.
522-De los nombres de Cristo. *
- LEÓN, RICARDO**
370-Jauja.
391-Desperta ferro!
481-Casta de hidalgos. *
521-El amor de los amores. *
561-Las siete vidas de Tomás Portolés.
590-El hombre nuevo. *
- LEOPARDI**
81-Diálogos.
- LERMONTOF, M. I.**
148-Un héroe de nuestro tiempo.
- LEROUX, GASTÓN**
293-La esposa del Sol. *
378-La muñeca saltapuerta.
392-La máquina de asesinar.
- LEUMANN, C. A.**
72-La vida victoriosa.
- LEVENE, RICARDO**
303-La cultura histórica y el sentimiento de la nacionalidad. *
702-Historia de las ideas sociales argentinas. *
- LEVILLIER, R.**
91-Estampas virreinales americanas.
419-Nuevas estampas virreinales: Amor con dolor se paga.
- LI HSING-TAO**
215-El círculo de tiza.
- LINKLATER, ERIC**
631-María Estuardo.
- LISZT, FRANZ**
576-Chopin.
763-Correspondencia.
- LONDON, JACK**
766-Colmillo blanco. *
- LOPE DE RUEDA**
479-Eufemia. - Armelina. - El delitoso.
- LOPE DE VEGA**
43-Peribáñez y el Comendador de Ocaña. - La Estrella de Sevilla. *
274-Poesías líricas.
294-El mejor alcalde, el Rey. - Fuenteovejuna.
354-El perro del hortelano. - El arrenal de Sevilla.
422-La Dorotea. *
574-La dama boba. - La niña de plata. *
638-El amor enamorado. - El caballero de Olmedo.
842-Arte nuevo de hacer comedias. - La discreta enamorada.
- LO TA KANG**
787-Antología de cuentistas chinos.
- LOWES DICKINSON, G.**
685-Un «banquete» moderno.
- LUGONES, LEOPOLDO**
200-Antología poética. *
232-Romancero.
- LUIS XIV**
705-Memorias sobre el arte de gobernar.
- LULIO, RAIMUNDO**
889-Libro del Orden de Caballería. - Príncipe y juglares.
- LUMMIS, C. F.**
514-Los exploradores españoles del siglo XVI. *
- LYTTON, B.**
136-Los últimos días de Pompeya. *
- MA C' HWANG**
805-Cuentos chinos de tradición antigua.
- MACHADO, ANTONIO**
149-Poesías completas. *
- MACHADO, MANUEL**
131-Antología.
- MACHADO, MANUEL Y ANTONIO**
260-La duquesa de Benamejí. - La prima Fernanda. - Juan de Mañara. *

- 706-Las Adefas. - El hombre que murió en la guerra.
- MACHADO Y ALVAREZ, ANTONIO**
745-Cantos flamencos.
- MAETERLINCK, MAURICIO**
385-La vida de los términos.
557-La vida de las hormigas.
606-La vida de las abejas.*
- MAEZTU, MARIA DE**
330-Antología-Siglo XX. Prosistas españoles.*
- MAEZTU, RAMIRO DE**
31-Don Quijote. Don Juan y La Celestina.
777-España y Europa.
- MAGDALENO, MAURICIO**
844-La tierra grande.*
- MAISTRE, JOSÉ DE**
345-Las veladas de San Petersburgo.*
- MALLEA, EDUARDO**
102-Historia de una pasión argentina.
202-Cuentos para una inglesa desespe-rada.
402-Rodeada está de sueño.
502-Todo verdor perecerá.
602-El retorno.
- MANACORDA, TELMO**
613-Fructuoso Rivera.
- MANRIQUE, GÓMEZ**
665-Regimiento de príncipes y otras obras.
- MANRIQUE, JORGE**
135-Obra completa.
- MANSILLA, LUCIO V.**
113-Una excursión a los indios ranqueles.*
- MAÑACH, JORGE**
252-Martí, el apóstol.*
- MAQUIAVELO**
69-El Príncipe (comentado por Napoleón Bonaparte).
- MARARÓN, G.**
62-El Conde-Duque de Olivares.*
129-Don Juan.
140-Tiempo viejo y tiempo nuevo.
185-Vida e historia.
196-Ensayo biológico sobre Enrique IV de Castilla y su tiempo.
360-El «Empeinado» visto por un inglés.
408-Amiel.*
600-Ensayos liberales.
661-Vocación y ética y otros ensayos.
710-Españoles fuera de España.
- MARCO AURELIO**
756-Sofismas o Reflexiones morales.*
- MARCOY, PAUL**
163-Viaje por los valles de la quina.*
- MARCU, VALERIU**
530-Maquavelo.*
- MARIAS, JULIÁN**
804-La filosofía española actual.
- MARICHALAR, A.**
78-Riesgo y aventura del Duque de Osuna.
- MARNIER, JAVIER**
592-A través de los trópicos.*
- MASSINGHAM, H. J.**
529-La Edad de Oro.
- MAURA, ANTONIO**
231-Discursos conmemorativos.
- MAURA GAMAZO, GABRIEL**
240-Rincones de la historia.
- MAUROIS, ANDRÉ**
2-Dísraeli.*
660-Lord Byron.*
731-Turgueniev.
750-Diario. (Estados Unidos, 1946.)
- MAYORAL, FRANCISCO**
697-Historia del sargento Mayoral.
- MÉNDEZ PEREIRA, O.**
166-Núñez de Balboa.
- MENÉNDEZ PIDAL, R.**
28-Estudios literarios.*
55-Los romances de América y otros estudios.
100-Flor nueva de romances viejos.*
110-Antología de prosistas españoles.*
120-De Cervantes y Lope de Vega.
172-Idea Imperial de Carlos V.
190-Poesía árabe y poesía europea.
250-El idioma español en sus primeros tiempos.
280-La lengua de Cristóbal Colón.
300-Poesía juglaresca y juglares.*
501-Castilla, la tradición, el idioma.*
600-Tres poetas primitivos.
- MENÉNDEZ Y PELAYO, MARCELINO**
251-San Isidoro, Cervantes y otros estudios.
350-Poetas de la Corte de Don Juan II.*
597-El abate Marchena.
691-La Celestina.*
715-Historia de la poesía argentina.
620-Las cien mejores poesías líricas de la lengua castellana.*
- MEREJKOVSKY, D.**
30-Vida de Napoleón.*
737-El misterio de Alejandro I.*
764-El fin de Alejandro I.*
884-Compañeros eternos.*
- MERIMÉ, PROSPERO**
152-Mateo Falcone y otros cuentos.
- MESA, E. DE**
223-Poesías completas.
- MESONERO ROMANOS, R. DE**
283-Escenas matritenses.
- MEUMANN, E.**
578-Introducción a la estética actual.
778-Sistema de estética.
- MIELI, ALDO**
431-Lavoisier y la formación de la teoría química moderna.
485-Volta y el desarrollo de la electricidad.
- MILL, STUART**
63-Autobiografía.
- MILLAU, FRANCISCO**
707-Descripción de la provincia del Río de la Plata (1772).
- MIQUELARENA, JACINTO**
854-Dan Adolfo, el libertino.
- MISTRAL, FEDERICO**
805-Mirra.
- MISTRAL GABRIELA**
503-Ternura.
- MOLIÈRE**
106-El ricachón en la corte. - El enfermo de aprensión.

- MOLINA, TIRSO DE**
 73-El vergonzoso en Palacio. - El Burlador de Sevilla. *
 369-La prudencia en la mujer. - El condenado por desconfiado.
 442-La gallega Mari-Hernández. - La firmeza en la hermosura.
- MONCADA, FRANCISCO DE**
 405-Expedición de los catalanes y aragoneses contra turcos y griegos.
- MONTERDE, FRANCISCO**
 670-Moctezuma II, Señor del Anahuac.
- MONTESQUIEU**
 253-Grandeza y decadencia de los romanos.
 862-Ensayo sobre el gusto.
- MORAND, PAUL**
 16-Nueva York.
- MORATIN, L. FERNÁNDEZ DE**
 335-La comedia nueva. - El sí de las niñas.
- MORETO, AGUSTIN**
 119 El lindo don Diego. - No puede ser el guardar una mujer.
- MUÑOZ, RAFAEL F.**
 178-Se llevaron el cañón para Bachimba.
 896-¡Vámonos con Pancho Villa! *
- MUSSET, ALFREDO DE**
 492-Cuentos.
- NAPOLEÓN III**
 798-Ideas napoleónicas.
- NAVARRO Y LEDESMA, F.**
 401-El ingenioso hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra. *
- NERUDA, JUAN**
 397-Cuentos de la Malá Strana.
NERVO, AMADO
 32-La amada inmóvil.
 175-Plenitud.
 211-Serenidad.
 311-Elevación.
 373-Poemas.
 434-El arquero divino.
 458-Perlas negras. - Místicas.
- NEWTON, ISAAC**
 334-Selección.
- NIETZSCHE, FEDERICO**
 356-El origen de la tragedia.
- NOVÁS CALVO, L.**
 194-El Negroero. *
 573-Cayo Canas.
- NOVO, SALVADOR**
 797-Nueva grandeza mexicana.
- NÚÑEZ CABEZA DE VACA, ALVAR**
 304-Naufragios y Comentarios. *
- OBLIGADO, CARLOS**
 257-Los poemas de Edgar Poe.
 848-Patria. - Ausencia.
- OBLIGADO, RAFAEL**
 197-Poesías. *
- ORDÓÑEZ DE CEBALLOS, P.**
 695-Viaje del mundo. *
- ORTEGA Y GASSET, J.**
 1-La rebelión de las masas. *
 11-El tema de nuestro tiempo.
 45-Notas.
 101-El libro de las misiones.
 151-Ideas y creencias.
- 181-Triptico: Mirabeau o el pofílico - Kant. - Goethe.
 201-Mocedades.
- OZANAM, ANTONIO F.**
 888-Poetas franciscanos en Italia en el siglo XIII.
- PALACIO VALDÉS, A.**
 76-La Hermana San Sulpicio. *
 133-Marta y María. *
 155-Los majos de Cádiz.
 189-Riverita. *
 218-Maximina. *
 266-La novela de un novelista. *
 277-José.
 298-La alegría del capitán Ribot.
 368-La aldea perdida. *
 588-Años de juventud del doctor Angélico. *
- PALMA, RICARDO**
 52-Tradiciones peruanas (1ª selec.).
 132-Tradiciones peruanas (2ª selec.).
 309-Tradiciones peruanas (3ª selec.).
- PAPP, DESIDERIO**
 443-Más allá del Sol... (La estructura del Universo.)
- PARDO BAZÁN, CONDESA DE**
 760-La sirena negra.
- PARRY WILLIAM, E.**
 537-Tercer viaje para el descubrimiento de un paso por el Noroeste.
- PASCAL, BLAS**
 96-Pensamientos.
- PELLICO, SILVIO**
 144-Mis prisiones.
- PEMAN, JOSE MARÍA**
 234-Noche de levante en calma - Julieta y Romeo.
- PEREDA, J. M. DE**
 58-Don Gonzalo González de la Gonzalera. *
 414-Peñas arriba. *
 436-Solileza. *
 454-El sabor de la tierra. *
 487-De tal palo, tal astilla. *
 528-Pedro Sánchez. *
 558-El bucy suelto... *
- PEREYRA, CARLOS**
 236-Hernán Cortés. *
- PÉREZ DE AYALA, MARTIN**
 689-El concilio de Trento.
- PÉREZ DE AYALA, R.**
 147-Las Máscaras. *
 183-La pata de la raposa. *
 198-Tigre Juan.
 210-El curandero de su honra.
 249-Poesías completas. *
- PÉREZ DE GUZMÁN, FERNÁN**
 725-Generaciones y semblanzas.
- PÉREZ GALDÓS, B.**
 15-Marianela.
- PÉREZ LUGIN, ALEJANDRO**
 357-La casa de la Troya. *
- PÉREZ MARTINEZ, HÉCTOR**
 531-Juárez, el impenable.
 807-Cuauhtémoc (Vida y muerte de una cultura). *
- PFANDL, LUDWIG**
 17-Juana la Loca.
- PIGAFETTA, ANTONIO**
 207-Primer viaje en torno del Globo.

INDICE DE AUTORES

- PLA, CORTÉS
315-Galileo Galilei.
533-Isaac Newton. *
- PLATÓN
44-Diálogos. *
220-La República o el Estado. *
639-Apología de Sócrates. - Critón o El deber del ciudadano.
- PLUTARCO
228-Vidas paralelas: Alejandro - Julio César.
459-Vidas paralelas: Demóstenes-Cicerón. Demetrio-Antonio.
818-Vidas paralelas: Teseo-Rómulo. Licurgo-Numa.
843-Vidas paralelas: Solón - Publícola. Temístocles - Camilo.
868-Vidas paralelas: Pericles - Fabio Máximo. Alcibíades - Coriolano.
- POE, E. ALLAN
735-Aventuras de Arturo Gordon Pym. *
- POINCARÉ, HENRI
379-La ciencia y la hipótesis. *
409-Ciencia y método. *
579-Ultimos pensamientos.
628-El valor de la ciencia.
- PORTNER KOEHLER, R.
734-Gadáver en el viento. *
- PRAVIEL, A.
21-La vida trágica de la emperatriz Carlota.
- PRÉVOST, ABATE
89-Manon Lescaut.
- PRÉVOST, MARCEL
761-El arte de aprender.
- PRIETO, JENARO
137-El socio.
- PUIG, IGNACIO
456-¿Qué es la física cósmica? *
- PULGAR, FERNANDO DEL
832-Ciarras varones de Castilla.
- PUSHKIN
123-La hija del Capitán. - La nevasca.
- QUEIZOZ, EÇA DE
209-La ilustre casa de Ramires. *
524-La ciudad y las sierras. *
799-La correspondencia de Fadrique Mendes. *
- QUEVEDO, FRANCISCO DE
24-Historia de la vida del Buscón.
362-Antología poética.
536-Los sueños *
626-Política de Dios y gobierno de Cristo. *
- QUILES, ISMAEL
467-Aristóteles.
527-San Isidoro de Sevilla.
874-Filosofía de la religión.
- QUINTANA, M. J.
388-Vida de Francisco Pizarro.
826-Vida de los españoles célebres: El Cid. Guzmán el Bueno. Roger de Lauria.
- RACINE, JUAN
839-Athalía. - Andrómaca.
- RADA Y DELGADO, JUAN DE DIOS DE LA
281-Mujeres célebres de España y Portugal (1ª selec.).
- 292-Mujeres célebres de España y Portugal (2ª selec.).
- RAINIER, P. W.
724-África del recuerdo. *
- RAMÍREZ CABAÑAS, J.
358-Antología de cuentos mexicanos.
- RAMÓN Y CAJAL, S.
90-Mi infancia y juventud. *
187-Charlas de café. *
214-El mundo visto a los ochenta años. *
227-Los tónicos de la voluntad. *
241-Cuentos de vacaciones. *
- RANDOLPH, MARION
817-La mujer que amaba las lilas.
837-El buscador de su muerte. *
- RAVAGE, M. E.
489-Cinco hombres de Francfort. *
- REID, MAYNE
317-Los tiradores de rifle. *
- REISNER, MARY
664-La casa de telarañas. *
- REY PASTOR, JULIO
301-La ciencia y la técnica en el descubrimiento de América.
- REYLES, CARLOS
88-El gaucho Florida.
208-El embrujo de Sevilla.
- REYNOLDS LONG, A.
718-La sinfonía del crimen.
- RICKERT, H.
347-Ciencia cultural y ciencia natural. *
- RIOS, J. AMADOR DE LOS
693-Vida del marqués de Santillana.
- RIVADENEIRA, PEDRO DE
634-Vida de Ignacio de Loyola. *
- RIVAS, DUQUE DE
46-Romances. *
656-Sublevación de Nápoles capitaneada por Masaniello. *
- RODENBACH, JORGE
829-Brujas, la muerte.
- RODEZNO, CONDE DE
841-Carles VII, Duque de Madrid.
- RODÓ, JOSÉ ENRIQUE
866-Ariel.
- ROJAS, FERNANDO DE
195-La Celestina.
- ROJAS, FRANCISCO DE
104-Del Rey abajo, ninguno. - Entre bobos anda el juego.
- ROMANONES, CONDE DE
770-Doña María Cristina de Habsburgo y Lorena.
- ROSENKRANTZ, PALLE
534-Los gentileshombres de Lindenborg. *
- ROUSSELET, LUIS
327-Viaje a la India de los Maharajahs.
- RUIZ DE ALARCÓN, JUAN
68-La verdad sospechosa. - Los pechos privilegiados.
- RUSSELL, B.
23-La conquista de la felicidad.
- RUSSELL WALLACE, A. DE
313-Viajes al archipiélago malayo.
- SAENZ HAYES, R.
329-De la amistad en la vida y en los libros.
- SAID ARMESTO, VÍCTOR
562-La leyenda de Don Juan. *

- SAINT-PIERRE, BERNARDINO DE**
393-Pablo y Virginia.
- SAINTE ROUBLES, F.**
114-El «otro» Lope de Vega.
- SALOMÓN**
464-El cantar de los cantares. (Versión de Fray Luis de León.)
- SALTEN, FÉLIX**
363-Los hijos de Bambi.
371-Bambi.
395-Renni «El Salvador». *
- SALUSTIO, CAYO**
366-La conjuración de Catilina. - La guerra de Jugurta.
- SAMANIEGO, FÉLIX MARÍA**
632-Fábulas.
- SAN AGUSTÍN**
55-Idiario. *
- SÁNCHEZ-SAEZ, BRAULIO**
596-Primera antología de cuentos brasileños. *
- SANDERS, GEORGE**
657-Crimes en mis manos. *
- SAN FRANCISCO DE ASÍS**
468-Las florecillas. - El cántico del Sol. *
- SAN JUAN DE LA CRUZ**
326-Obras escogidas.
- SANTA CRUZ DE BUENAS, MELCHOR DE**
62-Floresta española.
- SANTA MARINA, L.**
157-Cisneros.
- SANTA TERESA DE JESÚS**
86-Las Moradas.
•372-Su vida. *
- 636-Camino de perfección.
- SANTILLANA, EL MARQUÉS DE**
552-Coral.
- SANTO TOMÁS**
310-Suma Teológica. (Selección.)
- SCOTT, WALTER**
466-El pirata. *
- 877-El anticuario. *
- SCHIAPARELLI, JUAN V.**
526-La astronomía en el Antiguo Testamento.
- SCHILLER, F.**
237-La educación estética del hombre.
- SCHMIDL, ULRICO**
424-Derechero y viaje a España y las Indias.
- SENECA**
38-Tratados morales.
- SHAKESPEARE, W.**
27-Hamlet.
54-El rey Lear. - Pequeños poemas.
87-Otelo, el moro de Venecia. - La tragedia de Romeo y Julieta.
109-El mercader de Venecia. La tragedia de Mácbeth.
116-La tempestad. - La dama de la brava.
127-Antonio y Cleopatra.
452-Las alegres comadres de Windsor - La comedia de las equivocaciones.
468-Los dos hidalgos de Verona. - Sueño de una noche de San Juan.
- 635-A buen fin no hay mal principio - Trabajos de amor perdidos.
736-Coriolano.
769-El cuento de invierno.
792-Cimbelino.
828-Julio César - Pequeños poemas.
872-A vuestro gusto.
- SHAW, BERNARD**
115-Pigmalión. - La cosa sucede.
615-El carro de las manzanas.
630-Héroes. - Cándida.
640-Matrimonio desigual. *
- SIBIRIAK, MAMIN**
739-Los millones. *
- SIENKIEWICZ, ENRIQUE**
767-Narraciones. *
- 845-En vano.
886-Mania. - Orso. - El manantial.
- SILIÓ CÉSAR**
64-Don Álvaro de Luna. *
- SILVA, JOSÉ ASUNCIÓN**
827-Poesías.
- SILVA VALDÉS, FERNÁN**
538-Cuentos del Uruguay. *
- SIMMEL, GEORG**
38-Cultura femenina y otros ensayos.
- SLOCUM, JOSHUA**
532-A bordo del «Spray». *
- SÓFOCLES**
835-Ayante. - Electra. - Las Traquinianas.
- SOLALINDE, A. G.**
154-Cien romances escogidos.
169-Antología de Alfonso X el Sabio. *
- SOLÍS, ANTONIO**
699-Historia de la conquista de Méjico. *
- SOUBRIER, JACQUES**
867-Monjes y bandidos. *
- SPENGLER, O.**
721-El hombre y la técnica y Otros ensayos.
- SPINELLI, MARCOS**
834-Misión sin gloria. *
- SPRANGER, EDUARDO**
824-★ Cultura y educación. (Parte histórica.)
876-★★ Cultura y educación. (Parte temática.)
- STAEL, MADAME DE**
616-Reflexiones sobre la paz.
655-Alemania.
742-Diez años de destierro. *
- STENDHAL**
10-Armancia.
789-Victoria Accoramboni.
815-★ Historia de la pintura en Italia. (Escuela Florentina - Renacimiento - De Giotto a Leonardo - Vida de Leonardo de Vinci.)
855-★★ Historia de la pintura en Italia. (De la belleza ideal en la antigüedad. Del bello ideal moderno. Vida de Miguel Ángel.) *
- STERNE, LAURENCE**
322-Viaje sentimental.

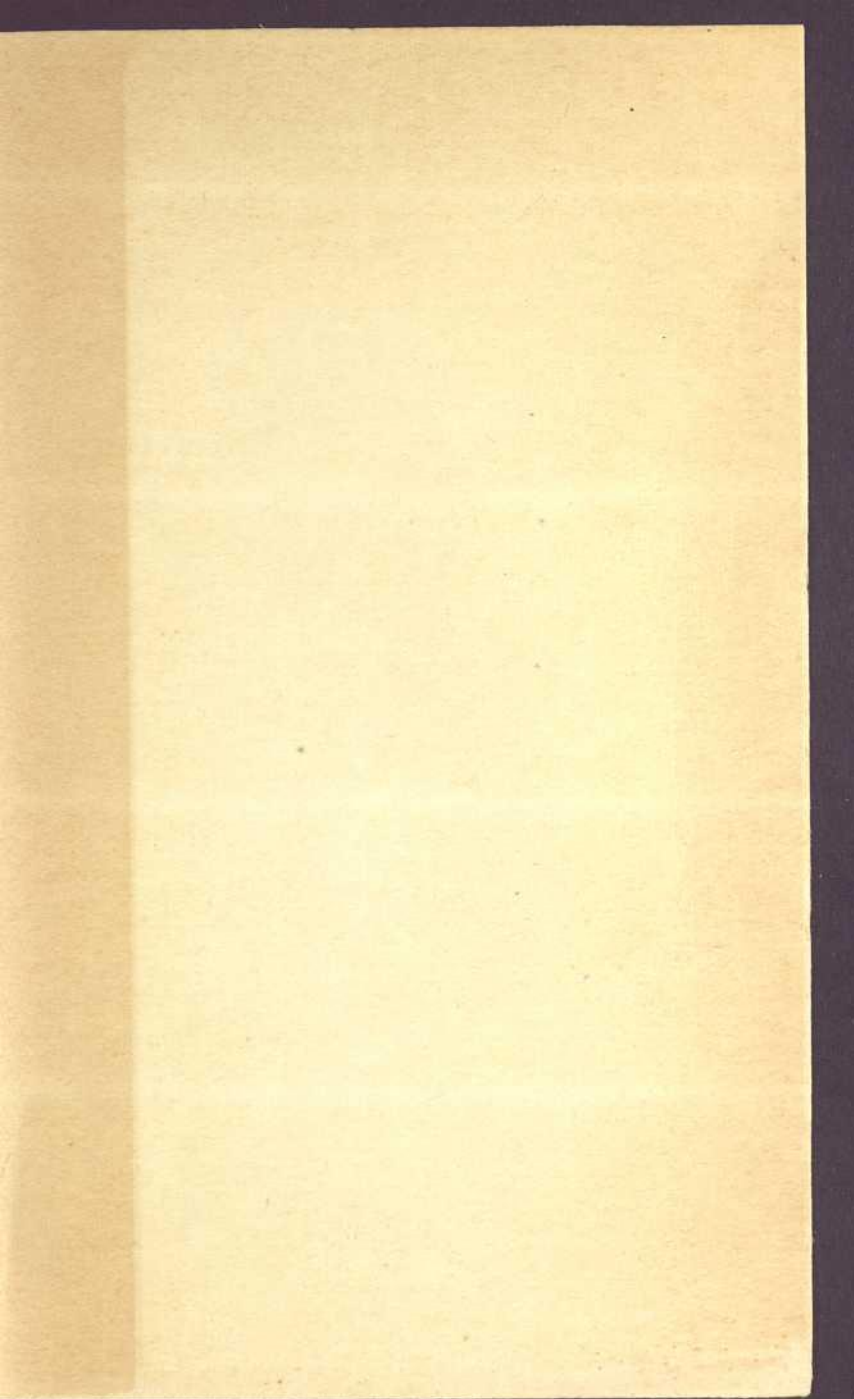
INDICE DE AUTORES

- STEVENSON, R. L.**
 7-La isla del Tesoro.
 342-Aventura de David Balfour.
 566-La flecha negra. *
 627-Cuentos de los mares del Sur.
 666-A través de las praderas.
 776-El extraño caso del doctor Jekyll y Mr. Hyde-Olalla.
- STOKOWSKI LEOPOLDO**
 591-Música para todos nosotros. *
- STORM, THEODOR**
 856-El león del Inmen.
- STORNI, ALFONSINA**
 142-Antología poética.
- STRINDBERG, A.**
 161-El viaje de Pedro el Afortunado.
- SUÁREZ, FRANCISCO**
 381-Introducción a la metafísica. *
- SWIFT, JONATÁN**
 235-Viajes de Gulliver. *
- SYLVESTER, E.**
 401-Sobre la índole del hombre.
- TÁCITO**
 446-Los anales. *
 462-Historias. *
- TAINÉ, HIPÓLITO A.**
 448-Viaje a los Pirineos. *
 505-Filosofía del arte. *
- TALBOT, HAKE**
 690-Al borde del abismo. *
- TAMAYO y BAUS, MANUEL**
 545-La locura de amor. - Un drama nuevo. *
- TEJA, ZABRE A.**
 553-Morelos. *
- TEOFRASTO**
 733-Caracteres morales.
- TERTULIANO, C. S.**
 768-Apoloía contra los gentiles.
- TERENCIO, PUBLIO**
 729-La Andriana. - La suegra. - El atormentador de sí mismo.
 743-Los hermanos. - El eunuco. - Formación.
- THACKERAY, W. M.**
 542-Catalina.
- THIERRY, AGUSTIN**
 589-Relato de los tiempos merovingios. *
- TOEPFFER, R.**
 779-La biblioteca de mi tío.
- TOLSTOI, LEÓN**
 554-Los cosacos.
 586-Sebastopol.
- TORRES VILLARROEL,**
 822-Vida. *
- TURGUENEFF, I.**
 117-Relatos de un cazador.
 134-Anuchka. - Fausto.
 462-Lluvia de primavera. - Remanso de paz. *
- TWAIN, MARK**
 212-Las aventuras de Tom Sawyer.
 649-El hombre que corrompió a una ciudad.
 679-Fragmento del diario de Adán y Diario de Eva.
 698-Un reportaje sensacional y otros cuentos.
 713-Nuevos cuentos.
- UNAMUNO, M. DE**
 4-Del sentimiento trágico de la vida. *
 33-Vida de Don Quijote y Sancho. *
 70-Tres novelas ejemplares y un prólogo.
 99-Niebla.
 112- Abel Sánchez.
 122-La tía Tula.
 141-Amor y pedagogía.
 160-Andanzas y visiones españolas.
 179-Paz en la guerra. *
 199-El espejo de la muerte.
 221-Por tierras de Portugal y de España.
 233-Contra esto y aquello.
 254-San Manuel Bueno, mártir, y tres historias más.
 286-Soliloquios y conversaciones.
 299-Mi religión y otros ensayos breves.
 312-La agonía del cristianismo.
 323-Recuerdos de niñez y de mocedad.
 336-De mi país.
 403-En torno al casticismo.
 417-El Caballero de la Triste Figura.
 440-La dignidad humana.
 478-Viejos y jóvenes.
 499-Almas de jóvenes.
 570-Soledad.
 601-Antología poética.
 647-El otro. - El hermano Juan.
 703-Algunas consideraciones sobre la literatura hispanoamericana.
 781-El Cristo de Velázquez.
 900-Visiones y comentarios.
- UP DE GRAFF, F. W.**
 146-Cazadores de cabezas del Amazonas. *
- URIBE PIEDRAHITA, CÉSAR**
 314-Toá.
- VALDÉS, JUAN DE**
 216-Diálogo de la lengua.
- VALERA, JUAN**
 48-Juanita la Larga.
- VALLE, R. H.**
 477-Imaginación de México.
- VALLE-ARIZPE, ARTEMIO DE**
 53-Cuentos del México antiguo.
 340-Leyendas mexicanas.
 881-En México y en otros siglos.
- VALLE-INCLÁN, R. DEL**
 105-Tirano Banderas.
 271-Corte de amor.
 302-Flor de santidad. - Coloquios románticos.
 415-Voces de gesta. - Cuento de Abril.
 430-Sonata de primavera. - Sonata de estío.
 441-Sonata de otoño. - Sonata de invierno.
 460-Los Cruzados de la Causa.
 460-El resplandor de la hoguera.
 520-Gerifaltes de antaño.
 555-Jardín umbrío.
 621-Claves líricas.
 651-Carga de Plata.
 667-Aguila de blasón.

- 681-Romance de lobos.
811-La lámpara maravillosa.
- VALLERY-RADOT, RENÉ
470-Madame Pasteur.
- VAN DINE, S. S.
176-La serie sangrienta.
- VARIOS
319-Frases.
- VASCONCELOS, J.
802-La raza cósmica. *
- VÁZQUEZ, FRANCISCO
512-Jornada de Omagua y Dorado.
(Historia de Lope de Aguirre, sus crímenes y locuras.)
- VEGA, EL INCA GARCILASO DE LA
324-Comentarios reales. (Selección.)
- VEGA, GARCILASO DE LA
63-Obras.
- VEGA, VENTURA DE LA
404-El hombre de mundo. - La muerte de César. *
- VICO, GIAMBATTISTA
836-Autobiografía.
- VIGNY, ALFREDO DE
278-Servidumbre y grandeza militar.
748-Cinq-Mars. *
- VILLA-URRUTIA, MARQUÉS DE
57-Cristina de Suecia.
- VILLALÓN, CRISTÓBAL DE
246-Viaje de Turquía. *
264-El Crótalon. *
- VILLIERS DE L'ISLE-ADAM, CONDE DE
833-Cuentos crueles. *
- VINCI, LEONARDO DE
353-Aforismos.
650-Tratado de la pintura. *
- VIRGILIO
203-Eglogas. - Geórgicas.
- VITORIA, FRANCISCO DE
618-Relecciones sobre los indios.
- VIVES, JUAN LUIS
128-Diálogos.
138-Instrucción de la mujer cristiana.
272-Tratado del alma. *
- VOSSLER, CARLOS
270-Algunos caracteres de la cultura española.
455-Formas literarias en los pueblos románticos.
511-Introducción a la literatura española del Siglo de Oro.
565-Fray Luis de León.
624-Estampas del mundo románico.
644-Racine.
694-La Fontaine y sus fábulas.
771-Escritores y poetas de España.
- WAGNER, RICARDO
785-Epistolario a Matilde Wesendonk.
- WAGNER-LISZT
763-Correspondencia.
- WAKATSUKI, FUKUYIRO
103-Tradiciones japonesas.
- WALSH, W. T.
504-Isabel la Cruzada. *
- WALLON, H.
539-Juana de Arco. *
- WASSILIEW, A. T.
229-Ochraana. *
- WAST, HUGO
60-El camino de las llamas.
- WATSON WATT, R. A.
857-A través de la casa del tiempo o El viento, la lluvia y seiscientas millas más arriba.
- WECHSBERG, JOSEPH
697-Buscando un pájaro azul. *
- WELLS, H. G.
407-La lucha por la vida. *
- WHITNEY PHYLLIS, A.
584-El rojo es para el asesinato. *
- WILDE, JOSE ANTONIO
457-Buenos Aires desde setenta años atrás.
- WILDE, OSCAR
18-El ruiseñor y la rosa.
65-El abanico de Lady Windermere. - La importancia de llamarse Ernesto.
604-Una mujer sin importancia. - Un marido ideal. *
628-El crítico como artista. *
646-Balada de la cárcel de Reading. - Poemas.
683-El fantasma de Canterville. - El crimen de Lord Arturo Savile.
- WILSON, MONA
790-La reina Isabel.
- WILSON, SLOAN
780-Viaje a alguna parte. *
- WYNDHAM LEWIS, D. B.
42-Carlos de Europa, emperador de Occidente. *
- WYSS, JUAN RODOLFO
437-El Robinson suizo. *
- YÁREZ, AGUSTÍN
577-Melibeá, Isolda y Afida en tierras cálidas.
- YEBES, CONDESA DE
727-Spínola, el de las Lanzas y Otros retratos históricos.
- ZORRILLA, JOSÉ
180-Don Juan Tenorio. - El puñal del godo.
439-Leyendas y tradiciones.
614-Antología de poesías líricas. *
- ZWEIG, STEFAN
273-Brasil. *
541-Una partida de ajedrez. - Una carta.

* Volumen extra.

FACILIDADES DE PAGO PARA LA ADQUISICIÓN DE ESTA COLECCIÓN COMPLETA, O LOS VOLUMENES QUE LE INTERESEN. SOLICITE CONDICIONES Y FOLLETOS EN COLORES





25
577

MANCISCO MAYORAL: HISTORIA DEL SARGENTO MAYORAL